ANIMALES INVISIBLES

GABI MARTÍNEZ

Capitán Swing | Nørdicalibros

ANIMALES INVISIBLES

GABI MARTÍNEZ

Gabi Martínez

ANIMALES INVISIBLES

Dibujos de
Ester García

Capitán Swing | Nørdicalibros

© Gabriel Martínez Cendrero
Publicado de acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency
Edición en ebook: marzo de 2019

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-17651-29-9

Maquetación: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La visión más peligrosa del mundo es la de aquellos que no han visto el mundo.

ALEXANDER VON HUMBOLDT

INTRODUCCIÓN

ANIMALES POR BANDERA

Lo invisible suele asociarse al misterio o la derrota, a lo feo o débil, a lo malo, rebelde o astuto, aunque al tratarse de animales también es posible pensar en lo salvaje; en animales que eluden nuestra presencia más que nada para sobrevivir, y, zafándose del tumulto de este siglo, todavía pertenecen al ámbito del silencio. Por eso, hablar de animales invisibles implica asomarse a una forma de pureza.

En ocasiones, este tipo de animales puede intuirse muy cerca, en las ciudades también —si son pequeños—, pero sus espacios atañen sobre todo a las vastedades despobladas, de la estepa a los glaciares, pasando por la jungla o los desiertos. Lugares que a menudo asociamos a algún tipo de temor.

Este libro, esta idea, empezó a cocerse en uno de esos lugares estigmatizados por quienes pretenden decidir qué vemos y qué no. Fue a pocos kilómetros de la frontera entre Uganda y Sudán. Cuatro meses después de los atentados contra las Torres Gemelas de Nueva York y el Pentágono, cuando Sudán se había incluido entre los países del denominado Eje del Mal. Una de esas etiquetas occidentales capaces de volatilizar lugares reduciéndolos a un par de palabras, que en el caso sudanés serían *Hambre* y *Mal*. De modo que podríamos decir que esta historia empieza en un país invisible, aunque por entonces fuera el más grande de África (luego, Sudán del Sur se independizó); el país por donde a principios de 2002 yo planeaba viajar siguiendo el cauce del Nilo en una expedición que iría desde el lago Victoria hasta la desembocadura, en Alejandría.

Afortunadamente, a esas alturas ya tenía alguna experiencia sobre la capacidad de los medios de comunicación para sentenciar a poblaciones enteras, a la vez que confiaba en la calidad de los individuos particulares, así que cumplí con el plan previsto y en enero de 2002 aterricé en Uganda. Es muy posible que el contexto resultara decisivo para que afinara el oído cuando alguien habló del picozapato, un animal muy desconocido y en peligro de extinción, difícil de ver pero muy presente en el imaginario de los nativos. Un pájaro que,

aunque nadie lo viera, todos sabían que estaba, y no solo respetaban su ausentismo, sino que era motivo de admiración. El enigma que representaba les hacía pensar, estimulaba su deseo de saber más, y escudriñaban la tierra, el pantano y el cielo con una curiosidad distinta gracias a aquel ave al filo de la leyenda.

Años más tarde, recorriendo la costa este australiana me di cuenta de que no sabía que la Gran Barrera de Coral era el organismo vivo más grande en la Tierra, el único visible desde el espacio exterior. Más de dos mil kilómetros de ignorancia sobre uno de los tesoros naturales del planeta.

Y cuando viajé a Pakistán siguiendo los pasos de un hombre que buscó a ese mito llamado yeti, comprendí hasta qué punto vale todavía la pena contar el mundo a partir de lo que casi nadie ve y, sin embargo, tanto nos determina.

Fue cuando surgió la idea de un proyecto de apariencia tan extemporánea que a alguno le resultó hasta idiota, basado en viajar para probablemente no ver. Bueno. El poeta ya dijo que se hace camino al andar, y lo que encuentras en el tránsito suele importar más que cualquier destino de ensueño. El destino resulta de cómo y por dónde hayas caminado. En este libro, ningún animal aparece como objetivo, como destino. Su papel es siempre el de motor y su runrún me ha llevado a descubrir realidades insólitas, a vivencias que considero lecciones.

Los animales invisibles se dividen en tres categorías que se explican más adelante, y todos proponen una aventura por los territorios donde se les intuye o se les ha visto —porque algunos aparecen de vez en cuando—, introduciendo tanto los paisajes donde habitan como a las personas que los cuidan, los cazan, los imaginan. Algunos han desaparecido o están a punto de hacerlo, por muy hermosos o útiles que fueran en algún momento. Y el peligro de su extinción invita a preguntarse qué estamos dispuestos a perder, pero también qué asuntos, personas, animales, lugares deseamos visibilizar, si es que ese es el modo de defenderlos.

Si aceptamos que lo visible forma parte del ruido y lo invisible se relaciona con el silencio, podríamos convenir en que nunca ha habido más ruido que ahora. Vemos cosas distintas sin parar, muchas nos llegan por vías artificiales y a espasmos, desligadas unas de otras o desmintiéndose mutuamente, pero son cosas que en cualquier caso están ahí y, para millones de personas, eso significa que existen. Si quieres demostrar que algo existe, grábalo. Muéstralo. Ver es la nueva frontera entre lo que existe y lo que no.

Al intentar discernir cuándo se desencadenó definitivamente este jaleo, resulta casi fácil señalar el asentamiento de internet y la proliferación de canales televisivos y soportes tecnológicos con

pantalla. El *megaboom* audiovisual coincidió, precisamente, con los atentados del 11 de septiembre, saturando el globo de banderas, aún más de las ya muchas que había.

En España, esta fiebre «visual» se ha reactivado en los últimos años, y *patria* ha vuelto a ser una palabra estruendosamente popular. Cuando escribo estas líneas, acaba de divulgarse que el 84 por ciento de las razas autóctonas españolas está en peligro de extinción. Ochenta y cuatro. Así que, mientras las banderas ondean por todas partes, se deja que los animales del país, una de las marcas de identidad más naturales e indiscutibles que hay, se extingan. Miles de animales que pronto no se verán.

A escala mundial, en los últimos cuarenta años la Tierra ha perdido el 60 por ciento de las poblaciones animales. Pero las reacciones son pocas. Será que el ruido de las imágenes presuntamente patrióticas oculta las noticias de esta aniquilación. Si vendados por las banderas olvidamos nuestras naturalezas, no llegaremos muy lejos.

En las páginas a continuación también se muestra al moa, el tigre blanco o la danta en realidades poco abordadas aunque llenas de posibilidades constatando, creo, que lo invisible abunda, vive —aunque a veces sea en forma de relato, pero sin duda vive— y está cargado de futuro. Afirmarse como nativo de un lugar gracias a un pájaro extinguido, que un carnívoro ayude a pacificar países, o que un tapir en peligro de extinción estimule a regenerar una comarca son opciones aún factibles, por muy raras que parezcan. Sus asombrosas historias reales son alicientes para seguir *bicheando*, como dicen los naturalistas, con la idea de ofrecer nuevos ejemplos de hasta dónde puede llevarnos, cambiarnos, el creer que, a fuerza de escrutar el polvo, las nubes o el mar en ese lugar donde jamás hay nada, aparecerá algo: la forma de un animal…

Picozapato

—¡Monooooooos! —gritaron Yolanda y John. No hacía mucho que habíamos dejado atrás las cuarenta y dos especies de mariposas que revolotean por Murchison Falls, incluida la mariposa cola de golondrina. Algunas se habían estampado contra el parabrisas del *matatu* hasta formar un colorido mosaico de cadáveres que completaban unas cuantas avispas y abejas mientras recordábamos las imágenes aún frescas de los hipopótamos observando desde el agua, del guardaparques masticando una hormiga.

Hasta el lago Kyoga, los animales de Uganda se habían ido manifestando con relativa espectacularidad, más o menos constreñidos por unos núcleos urbanos que, sin ser grandes, persuadían a muchas bestias de emprender aventuras arriesgadas. Hasta entonces, me había impresionado el tamaño de los marabúes que sobrevuelan Kampala, y su inquietante concentración en las inmediaciones de mercados y vertederos; o el colibrí suspendido sobre el agua, quieto aunque aleteando a una velocidad asombrosa. Las noches de Jinja, iluminadas por candiles y hogueras, nos habían dejado la instantánea de un sereno que patrullaba armado con arco y flechas para defenderse de animales que desde nuestra insensibilidad urbanita ni siquiera podíamos intuir.

Éramos cuatro y viajábamos rumbo al norte de África en una expedición que había impulsado yo. En el año 2002, ya hacía varios que usaba gafas y notaba cómo se escurría la juventud sin lograr esa presunta calma que, dicen, se obtiene con el paso de los años. Sudar, caminar, viajar fue desde muy pronto una forma de alcanzar algún sosiego a la vez que servía para reunir detalles sobre universos ajenos. Por eso, y porque había logrado hacer de la escritura y el viaje un modo de vida, y porque el Nilo formaba parte de mis mitos de juventud, durante varios meses ahorré de manera concienzuda y algo insana —la comida de aquella época no fue muy saludable— hasta juntar el dinero necesario para impulsar una expedición por el río desde las fuentes, en el lago Victoria, a la desembocadura, en Alejandría.

Más de seis mil kilómetros por delante recomendaban viajar acompañado, y encontré a un buen amigo que deseaba compartir una experiencia que nos permitiría no solo enfrentar un reto, sino vivir varios meses a un ritmo más acorde con el que se le supone a los seres vivos, en espacios que admitían lanzar la mirada hacia horizontes sin

obstáculos.

Durante los días del Nilo, todo fue tan distinto que incluso el nombre de mi amigo cambió y, adoptando la abreviatura que le había endilgado un recepcionista africano incapaz de pronunciar su apellido, se convirtió en Míster Vil.

En el tramo de Uganda y una parte de Sudán también viajamos con John, un guía de ascendencia inglesa que vivía en Barcelona; y con Yolanda, amiga de John.

Ni el budismo de Míster Vil ni la relativa experiencia que tenía John en Uganda les habían dotado de la intuición necesaria para desenvolverse en aquel territorio aún bastante primitivo, de modo que al abandonar Kampala todos andábamos entre fascinados y alerta ante el despliegue natural. La noche que llegamos a Bujagali y caminamos rumbo a unas presuntas chozas por un sendero de tierra tan solo alumbrado por la luna y las estrellas, a todos nos pasmó el abigarrado rumor que se escuchaba por encima de una imponente serenata batracia. Aquello podía ser el fragor de un colosal avispero. Mil antílopes al galope. Búfalos a la carrera. O lo que en realidad era: cataratas.

Quizás a causa de la abrumadora naturaleza alrededor, el bramido de las cataratas Owen disparó nuestra imaginación hacia ese reino animal que empezábamos a atisbar y, diría, anhelábamos desde el principio. A fin de cuentas, el deseo de ver animales, y de verlos en libertad, es común entre las personas que habitan ciudades. Los científicos lo asocian a una memoria genética empeñada en recordarnos que hubo un tiempo en el que nuestra especie también vivió así. Por eso, parece que contemplar bestias salvajes nos despierta una mezcla de nostalgia y envidia, además de un enquistado miedo hacia esas formas de vida que, por muy bellas que resulten, quedan fuera de nuestro control al formar parte de un universo ya demasiado ignoto.

El mapa no indicaba grandes concentraciones urbanas en la ruta que llevaba desde las Owen hasta la frontera sudanesa. En adelante, habría ciudades significativas como Pakwach o Arua, pero ambas quedaban muy lejos de la envergadura de Kampala. Y fue a partir del lago Kyoga, adonde llegamos la mañana siguiente, cuando África empezó a expresarse con la exuberancia animal que cualquier *mzungo* (hombre blanco) espera de ella.

—¡Monooooooos!

No tan lejos del Kyoga, al sur del lago Alberto, habitan los ambas, a quienes el antropólogo E. H. Winter ha juzgado como el pueblo más agorafóbico del planeta. Los ambas se odian y se temen entre ellos porque creen que el mal habita en sus familias, sus propias familias.

Padres y hermanos se hostigan y debilitan mutuamente, quedando a merced del enemigo. En la cumbre de su paranoia supersticiosa, algunos llegan a no abandonar la choza por temor a maleficios o a ser envenenados. Así son los ambas. Unos seres fascinantes en el peor sentido. Su angustia puede evocar a la de los chicos japoneses que se encierran en sus cuartos para no salir de allí durante meses o años; o a los conflictos domésticos que en otras latitudes provocan desde rupturas a huidas, y algún desenlace terrible también.

Visitar a los ambas pudo ser una opción, aún más teniendo en cuenta que me hallaba en un período de agudas incertidumbres respecto al futuro, empezando por la familia. Tener hijos o no; vivir en mi ciudad o partir; seguir escribiendo sobre viajes u orientarme hacia la novela o hacia a saber qué nueva forma o género literario… si es que de verdad deseaba escribir. El Nilo ofrecía seis mil kilómetros de tiempo para pensar la vida de otro modo, con sus millones de seres vivos dispuestos a mostrar alternativas. La de los ambas no me cautivó. Estaba ahíto de las complejidades humanas y confié en que la inmensidad del territorio y el natural curso del agua atemperarían el desasosiego que me había insuflado la ciudad.

Por eso obvié a los ambas. Y por eso, a la altura del lago Kyoga, recelaba profundamente de John. Él, como los demás del grupo, buscaba en el Nilo un paréntesis para tomar un oxígeno menos civilizado mientras interpretaba un papel que debía reforzar su autoestima: aquel invierno de 2002, John eligió ser un intrépido zapador capaz de cruzar el norte de Uganda pese a las ominosas advertencias que habíamos ido recibiendo. El norte estaba vedado a la población civil desde que los guerrilleros del rebelde Kony protagonizaban escaramuzas contra los soldados del SPLA (Ejército Popular de Liberación de Sudán) comandados por un John Garang muy bien visto en Uganda.

John, nuestro John occidental, estaba convencido de que alcanzaríamos sin problemas las sabanas del sur de Sudán, y ante cualquier atisbo de adversidad pronunciaba una frase que en su cabeza poseía el valor de un sortilegio: «Nada es tan peligroso como te cuentan».

Apuntalado en su condición de guía, supuso que acataríamos la máxima sin protestar. Como si no hubiéramos escuchado las recomendaciones de aquellos oficiales armados —«no vayáis más allá de Pakwach»— ni visto a los soldados forrados con cartucheras que vigilaban puentes de hierro.

En cualquier caso, «Nada es tan peligroso como te cuentan» era su conjuro multiusos, y también lo enunció cuando, superado el Kyoga, un control policial nos detuvo antes de acceder a la carretera de Masindi, el villorrio a las puertas de Murchison Falls, una de las

grandes reservas de animales del mundo.

—¿Van a la reserva en *matatu*? —preguntó el oficial al mando, porque en el reino de los camiones, los *pickups* y los cuatro por cuatro, aquella furgoneta que los nativos empleaban como taxi se antojaba un exotismo.

El oficial y cinco soldados custodiaban una barricada compuesta por seis bidones y una cinta pinchallantas atravesada en la carretera.

—Aguantará —dijo Kisembo golpeando el volante con las manos antes de enseñar la documentación. A pocos metros bajaban las aguas densas y lodosas del río Kafu, un afluente del Nilo. El militar consultó algo por radio.

—Sigan.

Kisembo arrancó, John enunció su sortilegio con una sonrisa radiante y todos cerramos las ventanas porque el asfalto desapareció enseguida y las ruedas comenzaron a levantar polvo. El calor se hizo aún más asfixiante mientras avanzábamos entre palmeras jorobadas por los dátiles. Las cabañas eran rojas y los árboles, chatos. Apareció Masindi. En el pueblo vimos una hilera de personas con las manos esposadas a la espalda y grilletes en los tobillos. Les escoltaban una mujer y dos hombres de uniforme armados con escopetas, calcando escenas propias de la época esclavista que tuvo un detractor capital en el explorador británico Samuel Baker. Baker dio el nombre anglosajón y proyectó internacionalmente a las vecinas cataratas Murchison, y, estando en Gondokoro, bautizó a la región de Ecuatoria. Baker del Nilo, como ha quedado para la historia, era un hombre de club victoriano concentrado sobre todo en disfrutar. Amaba el deporte y liberó a una esclava, Florence, para casarse y viajar con ella.

Poco después llegamos a la oficina de la Uganda Wildlife Authority y ahora que vuelvo la vista atrás puedo decir que, de alguna forma, ahí empezó todo. En el escudo de esta institución aparecen dos elefantes soportando un trono en el que destaca la cabeza supercornuda de un kob. Las paredes estaban forradas de pósteres y carteles sobre el área protegida donde íbamos a entrar. Había fotos de felinos. Paquidermos. Gorilas. Entrenadores de caimanes. Interjecciones del tipo «¡Conserve nuestros bosques!». Y la imagen de un pájaro que se repetía en numerosos pósteres y folletos. Lo reconocí por haber leído sobre él durante los preparativos del viaje. El diámetro del pico lo hacía tan inconfundible que al verlo resultaba sencillo recordar su nombre: picozapato. Al que los árabes denominan *Abou Markhub*, que viene a significar «pico de babucha». Los científicos lo designaron rey cabeza ballena (*Balaeniceps rex*). Un animal tocado por el misterio de la leyenda, presente en las historias locales pero invisible a casi todos. Al preguntar a los *rangers*, dijeron que constaban

avistamientos en el Congo, Uganda y el sur de Sudán. Incluso existían fotos más o menos recientes —señalaron las de los carteles pegados en las paredes—, si bien no conocían a nadie que hubiera visto uno, a excepción de los contados ornitólogos o especialistas que muy de vez en cuando se aventuraban en los pantanos y marjales donde el picozapato solía habitar.

—¿Cuántos quedan? —pregunté.

—Dicen que entre dos mil y cinco mil —respondió el más flaco de los tres hombres que pululaban por la cabaña.

—No son pocos.

—Y, sin embargo, nadie los ve. Les gusta estar solos.

—No estaría tan seguro de que haya tantos —dijo otro *ranger* deteniendo el bolígrafo con el que rellenaba un formulario sobre una mesa de madera—. Y si los hay, pronto quedarán menos.

—¡Eh! —exclamó el flaco.

El otro miró al que había gritado, agachó la cabeza y continuó escribiendo.

El flaco retomó el tono cordial para indicarnos la mejor ruta sobre un mapa. Desaconsejó la carretera de Karuma, al este, sin especificar por qué, y recomendó que, en el caso de salir del *matatu*, nos mantuviéramos siempre cerca del vehículo, «a no mucho más de tres metros. Por las bestias, ya saben».

De nuevo en la carretera, pensé que por esa ruta no atravesaríamos la reserva de Karuma. No veríamos el bosque de Rabongo. Ni el de Pabidi. Ni la zona de Kiryandongo. Al oeste nos perderíamos la reserva de Bugungu. Porque estábamos circulando junto al bosque de Budongo. La tangente más directa hasta el Nilo en aquel parque nacional de 3.860 kilómetros cuadrados que superaríamos dejando tantísimo por ver. ¿Al picozapato también?

El *matatu* se acababa de combar más de quince grados cuando John y yo gritamos al alimón:

—¡Monooooooos!

Habíamos bromeado con Yolanda sobre quién localizaría antes algún animal emboscado en la fronda que nos emparedaba, y distinguir a los simios nos ilusionó. Los primates miraban con indolencia desde ramas situadas por encima de los quince metros. Las capas de vegetación terrestre recibían una luz muy relativa, tendiendo alfombras de hojarasca. Las lianas serpenteaban por la tierra hasta enroscarse entre ellas en las cunetas, vaharadas de calor húmedo filtrándose por la rendija de la ventanilla que había abierto Yolanda.

—¡Ahí, ahí!

Un babuino trepaba por un tronco a dos metros. ¿Cuál de las treinta especies? La Ankole. La naturaleza se manifestaba lujuriosa y

por eso heterogénea. Había caoba. *Mvule. Musizi*. Palmeras. *Climbers*. Enredaderas. Helechos. Cactus como obeliscos. Doseles de hojas superfoliaban el suelo al amparo de troncos que amortiguaban el viento. Raíces como esponjas evitaban inundaciones.

En ese momento, el bombeo vegetal estaba produciendo la evapotranspiración que horas después cuajaría en nubes leves. Las plantas digerían sus raciones de glucosa y oxígeno pertinentes. Alrededor medraban factorías silvestres de miel. Cera. Goma. Setas. Se reproducían los microorganismos unicelulares. Los agentes infecciosos. Y las plantas curativas que los indígenas buscaban para combatir la malaria. La disentería. La leucemia. La sífilis de las espiroquetas.

A un lado de la carretera, tres hombres segaban la inmensidad con finas guadañas que despedían briznas de hierba. Pero, aparte de hombres y monos, no podíamos distinguir otros animales entre el verde, ni siquiera un pájaro. Más de mil especies y, a la vista, a nuestra vista, nada que usara alas. Ni siquiera un loro gris, el perico, tan vulgar. Sabíamos que estaba y que no teme a los humanos. Pero nada. Ni siquiera un loro gris.

«Si los viajeros modernos quieren repetir las emociones que experimentaron los primeros peregrinos, tendrán que afinar sus muy descuidados sentidos del gusto y del olfato», había escrito la antropóloga Margaret Mead en la Papúa de 1925. Y añadió: «Las películas y el fonógrafo han eliminado los otros dos sentidos, y el tacto no parece tener demasiada importancia aquí». El escritor Lawrence Osborne recogió casi cien años más tarde esa reflexión para sugerir que «quizá la gran diáspora del viaje occidental sea una búsqueda a ciegas para redescubrir los sentidos». Mead y Osborne retumban hoy como oráculos ante la imagen de cuatro occidentales urbanos asomados a la selva sin atisbar siquiera un loro gris.

Durante el alto en las cascadas Murchison, el *ranger* Dennis dijo muchas cosas antes de zamparse una hormiga.

—Esto es lo mío. La jungla —había asegurado al principio.

Era bizco. Su forma de mirar las cosas resultaba evidentemente anormal. A la sombra de un arbusto alto que dominaba el caracoleante curso del Nilo habló de los hipopótamos y de los *baboons* (babuinos). De búfalos y de *warthogs* (facóqueros). Era un especialista en árboles y mamíferos. Pero sobre pájaros sabía aún más.

—Los pájaros son mi obsesión. ¿Me das un cigarro? —le dijo a Yolanda, que escuchaba fumando. Le tendió un Embassy. Dennis chupó la boquilla como si pensara en la queratina de las plumas timoneras en los pelícanos. O en Rousseau asegurando que el lenguaje humano provenía de los pájaros. Como si hubiera retrocedido 150 millones de años y asistiera a cómo un pajarillo picoteaba el interior

de su cascarón primordial con su diente embrionario.

—La sabana tropical es un nicho ecológico —dijo—. O sea, que hay muchos pájaros. Pero no son fáciles de ver. Les gusta ocultarse en la fronda. Y, además, a menudo se mueven sin compañía. Estas especies carecen de instinto gregario. Les gusta la dispersión.

De un matojo seco distante se elevó un pájaro que desconocíamos todos menos Dennis. Dio otra calada a su Embassy.

—Dicen que los pájaros aprendieron a volar a base de practicar la huida —dijo avanzando hasta un mirador a ras del río para contemplar la caída del agua en cascada. Caminamos a tientas por el filo de las rocas tersas y húmedas hasta un risco asomado a las cataratas. Acomodado sobre las piedras, contó la historia del matrimonio hindú que acudió a contemplar semejante belleza desde arriba. Por lo visto, el hombre se inclinó demasiado, cayó al abismo. La mujer no lo pudo digerir y saltó detrás. Era 1968. Un año después el hombre pisó la luna.

—Es curioso —dijo John—. El hombre ha pisado la luna, la Antártida y viaja por las galaxias. Pero nunca nadie ha pisado ahí.

Las Murchison bramaban sobre nuestras cabezas y todos enfocamos al espumeante corazón de agua donde empezaba la caída. Dennis guardó el cigarro desmochado en un bolsillo mientras yo pensaba que la asociación de John había sido preciosa, y por algún motivo su recuerdo desencadenó otros al cruzar el bosque. Es común asegurar que ya no quedan lugares no pisados por el ser humano en la Tierra y que todo está lo bastante cuantificado, pero levantando polvo por las entrañas del Budongo emergía cristalina la existencia de un universo vivo que resulta imposible numerar porque permanece escondido.

Según el último censo, y pese a la apariencia de conocimiento y control que insiste en transmitir el ser humano, la ciencia solo ha logrado clasificar el 10 por ciento de especies del planeta. Hay un descomunal universo todavía no contado. Y lugares aún lo bastante solitarios, inexplorados, desconocidos como para sentir el pálpito del 90 por ciento latente.

Hoy, penetrar en un lugar sin números es como acceder al interior de la equis, a la incógnita de la ecuación que da por resultado la Tierra. Esa equis está llena de animales. De *animalex*.

—Me gustaría ver un picozapato —dije sobre el runrún del motor, aunque la arboleda no fuera el hábitat de aquel ave sino un lugar más propicio para detectar a leopardos secuestradores de bebés, cerdos selváticos o antílopes pigmeos de no más de treinta y seis centímetros.

—¡Mira! —gritó Kisembo.

Cinco faisanes cruzaban corriendo frente al *matatu*. Uno emprendió un vuelo corto, el único del que era capaz. Al grupo lo seguía un cortejo de mariposas, muchas de las cuales se hicieron papilla contra el parabrisas.

Al abandonar el bosque, la tierra de la pista empalideció tornándose siena, ocre y blanca. Abrimos un par de ventanas. La hierba alta de los márgenes osciló del verde claro al pajizo adquiriendo un tono mediterráneo sublimado por el puñado de moscas que de algún modo irrumpió en el interior del vehículo, solo que aquellas eran…

—Tse-tse.

Fue lo que dijo Kisembo.

—¿Tse-tse? —respondió Yolanda espantando una a manotazos. Un par se escurrieron al exterior por las ventanillas abiertas.

—No te preocupes —respondió el conductor—, para coger la enfermedad del sueño te tienen que picar muchas veces. Una sola no basta.

Yolanda gritó despavorida, riendo. Manoteó el aire con violencia ayudada por un Míster Vil contagiado de la risa nerviosa. John se sacudió un hombro sin alterarse mientras Kisembo conducía tranquilo.

—¿Cómo reconocéis a una tse-tse? —preguntó Míster Vil apartando moscas con toda la calma que le permitía su religión.

—Es de lo primero que te enseñan en la escuela. Te ponen dibujos de moscas y te dicen cuál es cuál. Solo hay que aprender a evitarlas.

La peor plaga de tse-tse fecha su arranque en 1905, cuando la sabana vivía en un silencio sideral. El alarido de los babuinos traspasaba docenas de kilómetros sin alterar a la cabra ramoneadora que ni tan solo se enteró de que una mosca la mordía. Pero aquella era una mosca distinta, una *Glossina palpalis*. Al cabo de poco, la cabra se sintió mal y murió, igual que otros miles. Las recias trompas de las *palpalis* empezaron a liquidar animales enormes. Los camellos y los caballos desaparecieron del África subsahariana, y los humanos también empezaron a enfermar. Sentían como un gran cansancio que día a día les iba cerrando los ojos, hasta el fin. La llamaron la enfermedad del sueño, y cuando atacaba al ganado, *nagana*.

Hubo seis años al principio del siglo XX en los que nada pudo pararlas. En la narración de su viaje desde Masindi, Winston Churchill explica la devastación causada por las tse-tses. Cuenta Churchill que los seres humanos huyeron de las Murchison y los doctores ordenaron que también se evacuara a los nativos desinformados que se resistían a abandonar sus tierras mientras numerosas grandes bestias sucumbían. Así fue como tuvo su inicio la Edad Dorada de las Moscas.

El Gran Imperio Tse-tse despobló el oeste del Rift de 1900 a 1962,

quince mil kilómetros cuadrados, hasta que el desbroce de los terrenos logró aislar a un buen número de individuos. Luego, se roció la sabana con inconfesables cantidades de sustancias químicas.

Unas cuantas tse-tses sobrevivieron a la ofensiva y volvieron a multiplicarse, aunque a un ritmo más moderado. Y algunas de sus herederas aleteaban esa mañana en el *matatu*, donde Yolanda había empezado a cosechar víctimas, los cadáveres desperdigados por el suelo y los asientos. Cuando Kisembo redujo la velocidad y las tse-tses supervivientes huyeron por las ventanas, nos detuvimos en un altozano para contemplar la sabana que se tendía a nuestros pies. Míster Vil encendió un Safari, otra marca de tabaco de allí. Yolanda atisbó una columna de fuego negro distante, un estrecho hilo de humo en la nada. Kisembo desenganchaba insectos del parabrisas. Míster Vil inspiró hondo antes de susurrar:

—Qué silencio…

Los chillidos que se expandían por el valle formaban parte del mutismo. Así que lo salvaje era aquello. Por primera vez en Uganda tuve un pensamiento nuevo y claro. Vi inmensa una palabra. Tampoco había ruido alrededor. Apareció sola, grande. Pensé: «África».

A doce kilómetros de las cataratas Murchison, Kisembo detuvo el motor para contemplar el anémico incendio que moría en los límites de la carretera de tierra. No había nadie a la vista, pero sin duda se trataba de un fuego controlado, esa técnica masái para regenerar el suelo y regular la población de herbívoros. Decenas de reptiles y pequeños mamíferos acababan de emprender la estampida. Zorros y chacales ejecutaban maniobras de despiste basadas en confusos requiebros al sentirse en peligro sin la capota del ramaje. Algunas águilas planeaban sobre la humareda y otras caminaban a pocos metros del vehículo observadas por el búfalo *caffer* que continuaba sentado en el otro extremo de una gran charca, diluido por la bruma.

De pronto, el viento cambió. La figura del búfalo se aclaró y millares de pavesas se nos empezaron a pegar al cuerpo. La ceniza caía como una lluvia fúnebre. Corrimos al interior del *matatu* y, cuando Kisembo arrancó, un águila acababa de lanzarse en picado con las patas estiradas hacia alguna presa invisible desde nuestra posición. Remontó con las garras vacías.

No muy lejos de las Murchison, vadeamos el río en una barcaza que también cargó el *matatu*. Los únicos *ferries* que transportaban vehículos en el Nilo ugandés eran el de Laropi, cerca de la frontera sudanesa; y aquel, el de Paraa. Tardamos tres minutos en pisar la orilla este, custodiada por dos camiones rebosantes de soldados que se apelotonaban entre los barrotes de un armazón sin lona. Los soldados olían a hierro, grasa y aceite. A estribor emergieron tres hipopótamos.

—Parece que aquí empieza el norte —dije.

Una bandada de garcetas blancas pasó volando en paralelo al cauce del Nilo saludada por el estruendoso croar de centenares de sapos invisibles.

A partir de ahí, los camiones de soldados fueron una constante. John pasó la noche conversando con el oficial responsable del destacamento en Paraa. Al volver con nosotros, dijo que Patrick —John eligió llamar al militar por su nombre— le había asegurado que podíamos continuar sin problemas.

Por la mañana, mientras me afeitaba con una palangana y un espejito colgado en la rama de un árbol, oí ruido de piedras a mi espalda y, de inmediato, el cristal reveló a una fila de militares embutidos en gabardinas oliváceas que llevaban sus fusiles en la mano o en bandolera. No escuché ni una palabra, solo el crujido sordo de las piedras hasta que la sabana se los tragó.

Los animales y los soldados fueron nuestra única compañía en las jornadas que siguieron, al margen del par de *rangers* que nos guiaron por las llanuras. A todos les divirtió lo insólito de que viajáramos en *matatu*, y se reían a gusto cuando Kisembo les enseñaba la boñiga de elefante que había envuelto en papel de periódico para regalar a su esposa, porque Kisembo vivía no muy lejos de allí, pero nunca había estado en la sabana ni visto a elefantes en libertad.

La historia de la boñiga y mis preguntas sobre el picozapato propiciaron que Henry, el *ranger* que más tiempo nos acompañó, recordara al rinoceronte Obongi, toda una leyenda en las Murchison. Los guardas lo adoptaron de cachorro.

—Era un rino raro —dijo Henry—. Tomó una costumbre extraña: al ver un auto de turistas, trotaba hacia él. Y cuando llegaba a su altura se detenía y restregaba la coraza.

Henry lo recordó con nostalgia, porque Obongi ya había muerto y porque la relación del rino con los turistas le hizo pensar en cómo estaba cambiando la fauna local, y en la intervención humana.

—Si un rinoceronte se comporta como un gato, a lo mejor termina siendo un gato —intuyó Henry.

A su manera, vino a coincidir con una inquietud muy en boga que apunta al desajuste entre la velocidad a la que se están produciendo los cambios sociales y culturales (una velocidad lamarckiana, dicen) en comparación con el trote cochinero del cambio biológico o corporal, que sigue fiel a su viejo ritmo darwiniano.

«Evolucionamos para entender cosas que se mueven a un ritmo medio o a una escala media», ha dicho el etólogo y biólogo evolutivo Richard Dawkins, advirtiendo más o menos que la nueva

turbovelocidad de las cosas y los hechos nos impide enterarnos de qué está pasando alrededor, y en el esfuerzo contra natura de entender lo inasequible nos desasosegamos y agotamos, a menudo desde butacas y sofás, porque en este mundo más veloz estamos más quietos que nunca, despegándonos de nuestros cuerpos a toda pastilla.

Como los humanos en general ya no vivimos en contacto con la naturaleza, el cuerpo se adapta como puede al cosmos artificial donde ahora se maneja. Si Mead y Osborne observaron una pérdida de los sentidos, la multiplicación de obesos, ansiosos, bronquíticos o alérgicos por contaminación atmosférica son otros signos externos de una transformación orgánica que no es sino la fachada de la profunda y fulgurante mutación espiritual que estamos protagonizando.

Nuestra especie comenta profusamente cuáles pueden ser las consecuencias de tanto cambio, sumida en un debate ombliguista que como mucho se refiere a la aniquilación de los espacios verdes en el globo o al derretimiento del hielo en los polos, atendiendo poco y mal a los millones de otros animales que pueblan este espacio compartido, o reduciendo esa atención, de nuevo, a una cuestión estadística: las plagas y las especies en extinción. Pero ¿dónde está el animal? El animal como sujeto único, como individuo, como ser vivo que siente y se relaciona, también con humanos. Porque el desajuste físico-espiritual provocado por este trepidante Nuevo Mundo no solo nos altera a nosotros, sino que repercute del mismo modo, emocionalmente también, en las especies de alrededor. Esa nueva relación entre animales y humanos es apasionante aunque reconozco que solo percibí la magnitud de lo que podía ofrecer al imaginar a Obongi restregándose contra el todoterreno.

Hemos visto gaviotas sobrealimentadas a base de montañas de desperdicios acumulados en ciudades portuarias que cruzan un paso de cebra como un peatón cualquiera antes de ir a matar palomas a picotazos, cosa que antes no hacían. Menudean las leyendas e incluso avistamientos de cocodrilos en alcantarillas y de toda una fauna suburbana que está mutando físicamente de acuerdo con su entorno artificialmente tenebroso, además de darse cada vez más casos de comportamientos inusuales, con esos gatos que actúan como perros, serpientes de compañía, simios domésticos que matan ovejas…

Todas estas novedades vienen condicionadas por la acción de los humanos, y atañen a los animales que más o menos han aceptado compartir con nosotros el espacio, animales que se dejan ver e incluso buscan una cercanía que les procura desde alimento más bien fácil hasta protección de sus depredadores. Pero hay otros menos «sociables», los que prefieren el anonimato. Los *animalex*. Su equivalente en el universo humano oscilaría entre el ermitaño y el agorafóbico, pasando por el activista antisistema. Serían los

alternativos radicales, el *underground* de la zoología. Un grupo de resistencia, sin orden ni contacto entre ellos, pero de resistencia. Se ocultan porque han detectado alteraciones desagradables o peligrosas o porque desconfían singularmente de los hombres. Con motivo.

¿Un ejemplo de animales con buenas razones para ocultarse? Los compañeros de Obongi. Los rinocerontes negros eran endémicos en las Murchison, además de únicos. Y luego estaban los rinocerontes blancos, la variante que una vez abundó al oeste del Nilo.

Hace unos años, un grupo de naturalistas durmió a unos cuantos rinos blancos con balas sedantes, los metieron en barcazas y los soltaron en la orilla opuesta para animar su reproducción. El parque disfrutó una época de rinocerontes grandes y hermosos, blancos y negros. Cuando llegó la guerra, hordas descontroladas de rebeldes penetraron la zona franca de Murchison. Buscaron las manadas. Y vaciaron cargadores en sus pechos, sus cabezas, en sus vientres. Ante los animales tendidos, los rebeldes desenvainaron los puñales, los serruchos. A veces emplearon las culatas de las armas. Y las hincaron en la base de los cuernos, que crujieron al partirse disparando chorros de sangre y moco y pus que empaparon un poco la tierra, si bien no tardaron en secar, gracias al sol.

—Hoy, el rinoceronte blanco es una especie a punto de ser extinguida —dijo Henry mientras apuntaba sus prismáticos a las jirafas de Rothschild de motas muy negras y seis metros y pico de altura que ramoneaban en las copas de las acacias. Los impalas, al oírnos, a veces emprendían un galope corto, aunque casi siempre levantaban el cuello y continuaban pastando ajenos al sol, gracias a esa *rete mirabile* que les protege la cabeza manteniendo el cerebro lo bastante frío y que les ha permitido resistir el paso de los siglos sin casi variar su constitución hasta ganarse el título de animal más perfecto de la tierra.

También vimos ñúes, hienas, elefantes, leones, manadas de búfalos, cebras, gacelas…, un enorme lagarto tricolor que pretendió superar a nuestro *matatu* en carrera, además de los sapos, las serpientes de agua o los pequeños cocodrilos que se distribuían por charcas y lagunas. Piezas suculentas para el paladar del picozapato, que, sin embargo, no apareció.

El picozapato, el rinoceronte blanco o el elefante pigmeo se inscribían en la categoría «invisible», cada uno con su leyenda, y a su manera revertían la máxima convertida en sortilegio por John: su destino sí parecía tan peligroso como se contaba, a un paso —o dos— de la extinción. Cazadores y soldados no habían mostrado piedad con ellos, empleando sus armas a menudo por capricho. De ahí que la recién estrenada amistad de John con el oficial Patrick resultara aún más inquietante cuando el militar definió su cargo como el de jefe de

inteligencia en la zona, y nos recibió en Pakwach, el límite que los altos mandos de Kampala nos habían aconsejado no traspasar.

Franqueamos el puente de Pakwach no mucho más aprisa que los soldados que caminaban junto al *matatu*. Uno aguantaba un trípode de ametralladora al hombro. El que transportaba el bazuca nos miró meneando el cinto de balas que arrastraba por el suelo.

El de Pakwach es uno de los tres puentes ugandeses del Nilo. Al sur está el de la presa Owen. Y al este, el de Karuma. Un destacamento militar se acantonaba en las casas destartaladas al final del puente, a la orilla del río. Un sargento demasiado gordo para cualquier cosa revisó nuestra documentación antes de levantar la valla.

Esa noche, Patrick nos invitó a ver la luna llena junto al río, y allí fuimos rodeados de hombres con cartucheras como bufandas. Con fusiles y ametralladoras. Granadas de mano. Navajas. Porras. De los cuatro occidentales, solo John parecía tranquilo. Patrick bromeaba a menudo con Yolanda, que fumó como nunca. A Míster Vil la proximidad de los militares le tensaba de un modo incontrolable. Yo me preguntaba qué querría Patrick de nosotros, quizá solo algún tipo de diversión. Para ahuyentar miedos, revisé en mi libreta algunas notas que Henry me había proporcionado sobre el picozapato.

Según el guía, el picozapato pescaba desplegando una violencia propia de los pelícanos, aunque los chapoteos y la espectacularidad cazadora de ambos quizá guardaran relación con la magnitud de sus respectivos picos. Henry lo había visto en vídeos despedazando anfibios, decapitando percas, peces gato y aves acuáticas con los afilados cantos de su pico propulsado por esa gran mandíbula cuya parte superior acaba en forma de uña para atenazar a la víctima y evitar que se le resbale.

—Es un pico diseñado para extraer presas de la vegetación densa de los marjales y los pantanos donde habita —había dicho Henry escrutando el cielo en dirección a un cañaveral en lontananza, y su recuerdo me impulsó a levantar la vista hacia la luna inmensa. Fue sencillo imaginar el sombrío perfil de un picozapato recortado contra la esfera blanca, batiendo sus tremendas alas de pterodáctila evocación, el cuello encogido para situar el pesado pico más cerca de su centro de gravedad, como hacen las garzas y las cigüeñas, y volar mejor; el picozapato oscuro, como su leyenda de soledad y violencia que le había valido el título de Caín de los pájaros.

—El picozapato pone dos huevos —había explicado Henry—. Cuando nacen los polluelos, los alimenta durante cuarenta días. Tiempo suficiente para que los hermanos cultiven una rivalidad atroz, hasta que un día luchan a muerte entre ellos. El ganador, eso sí, puede vivir hasta cincuenta años.

En las latitudes más salvajes, el picozapato se cernía como paradigma del superviviente nato, autónomo como pocos y pausadamente feroz.

—Es el pájaro que vuela más lento del mundo —había afirmado Henry, a quien impresionaba sobre todo la casi nula carrerilla que necesitaba para emprender el vuelo, impulsado solo por la potencia de unas alas que lo proyectaban hacia arriba con más o menos la verticalidad de un helicóptero.

La voz de Patrick me devolvió a la realidad de una nueva noche en el Nilo, que fluía saturado de papiros, jacintos de agua, maleza y escorias desprendidas de las riberas formando miniislas flotantes distinguibles en la oscuridad.

—Aquí también vigilamos que la vegetación no bloquee el puente —estaba explicando Patrick—. Podría causar inundaciones.

El picozapato empleaba algunas de esas islas flotantes para anidar o pescar, sobre todo las que surcaban el gran pantano del Sudd, en el sur de Sudán. Quizá por eso, los expertos sitúan en esa zona la mayor población de picozapatos del mundo, aunque a saber cómo los habrán contado. ¿Quién investiga al investigador de lo ignoto? El Sudd tiene el tamaño del Reino Unido, y en el laberinto móvil que forman sus islas se han extraviado barcos de pasajeros dando lugar a tragedias míticas, con episodios de canibalismo incluidos… que algún picozapato pudo presenciar atrincherado en ese característico silencio que al parecer solo rompe alguna vez al planear produciendo un ruido que Henry definió como «un tableteo. Lo suelta mientras agita la cabeza, aunque a veces lanza algo así como un mugido que recuerda a una vaca».

Henry había insistido en la soledad del pájaro, y pensar en este a la luz de la luna llena le imprimió un aire romántico. Observé a mis compañeros. John charlaba y reía con el jefe de inteligencia. Yolanda fumaba a su lado. Míster Vil paseaba cerca de la fronda negra. ¿Qué hacían los tres en Uganda? ¿Y yo? Había viajado con el argumento de seguir el curso de un río, guiado básicamente por la expectativa. Así, en crudo: la expectativa como tal, sin un objeto definido. El plan era seguir una línea geográfica y permitir que el viaje fuera rellenando huecos inciertos pero enormes que sin duda existían en mí, con ganas de sopesar mi autonomía mientras me acercaba a la idea de aventura y naturaleza, sobredimensionadas por la juventud. Supuse que mis colegas se encontraban en una situación parecida, porque abandonar tu vida en enero no es común si te sientes más o menos satisfecho con el día a día del hemisferio norte occidental, y por eso —arrebatos juveniles— deseé creer que todos los del grupo compartíamos una pizca la soledad del picozapato, con la diferencia de que la del ave era vocacional, porque le venía heredada. Su soledad no requería

explicación. Se trataba de un ermitaño sedentario, así que no necesitaba viajar. Solo y tranquilo. Simplemente. Hasta cincuenta años en el mismo lugar.

No, quizá no compartiéramos tanto.

Yo viajaba para volver, de modo que cuando al día siguiente Humbert y Steven, periodistas de Radio Gulu, describieron la situación del país en el norte, me puse en guardia.

—Salimos mañana hacia Nimule, después de que un grupo de zapadores haya peinado la pista. Nos escoltará un convoy militar, es una zona difícil —dijo Humbert, el holandés africanizado que se dirigía al norte con permisos especiales para hacer una entrevista a Kony.

—Tenemos contactos —mintió John—, gente que nos va a facilitar el paso.

—¿Pero has hablado con Kony? —preguntó Humbert.

—Bueno, hemos tenido contacto.

—¿Lo habéis visto? ¿Os ha asegurado algo?

—No exactamente, pero…

Humbert hizo una mueca expresiva.

—Yo iría con mucho cuidado —dijo Steven.

—Esa gente es muy peligrosa —subrayó Humbert—. Están desorganizados, en estampida, y nadie sabe lo que pueden hacer.

Cuando nos despedimos de ellos, John dijo que los periodistas estaban exagerando.

Esa misma noche enfermé. Un dolor de cabeza combinado con escalofríos y una debilidad extrema hicieron que la dueña del hotelito donde nos habíamos instalado me llevara un paño y una palangana a la habitación. Después de escuchar los síntomas y echarme un somero vistazo, advirtió que quizás había contraído malaria. Depositó junto a la cama una vela encendida y se fue.

Los médicos dicen que la malaria es una enfermedad relativamente mortal. El fotógrafo Jordi Esteva ha tenido malaria. Samuel Baker. Richard Burton. Ryszard Kapuściński también, y la suya fue cerebral. Podría ser que yo tuviera malaria. Notaba subir la fiebre. Con el paño en la frente, me tumbé en el camastro protegido por una mosquitera, oyendo el gorgoteo de las lechuzas en el exterior. Cuando apagué de un soplo la vela, se hizo toda la oscuridad que permitió la luna espléndida tras las finísimas cortinas. Oí cómo los huéspedes se encerraban en sus cuartos, la llegada del silencio. En algún momento empezaron a sonar tamtams y cantos corales primitivos. Estaban lejos, pero se oían bien en la quietud. La noche traía cantos no tan lejanos y tambores. Aquello era una zona de guerra…, ¿qué significaría el

tamtam? ¿O estaba teniendo una alucinación? ¿Un delirio?

Los cánticos en la madrugada me estimularon arcanas fantasías: imágenes entre infantiles, míticas y ridículas que incluían a hombres desnudos o con los genitales cubiertos por picos de cálao, calabacines o cortezas secas de árbol danzando alrededor de un fuego. Mi nuca chorreaba sudor. Los imaginé bebiendo pociones de hierbas mezcladas con entraña de león, cocodrilo o elefante. Y visualicé al brujo de rigor blandiendo un cuerno de antílope adornado con conchas y metales mientras articulaba su conjuro. Porque todo eso aún era posible en Uganda. Aún. Era. Posible. Y yo estaba oyendo, los estaba oyendo, el tamtam y los cantos tribales, que por algún motivo invocaron la presencia de pájaros, y vi a las garcetas en formación, a una nube de libélulas gigantes. Y a un picozapato, aunque en el ensueño él permaneció emboscado, moviéndose despacio tras un parapeto de papiros con la lenta majestuosidad de las cigüeñas, soportado sobre sus largas y finas patas. Lo vi en blanco y negro, sin distinguir el plumaje gris y azul ni los amarronamientos del pico, pero, sin duda, él.

Afuera, varios perros intercambiaron ladridos. Un gallo cantó a una hora impertinente. En los paréntesis de silencio escuchaba zumbar mosquitos al otro lado de mi red y sonidos extraños en el tejado, que atribuí a animales. Pero ¿qué animales?

Desde el interior de la fiebre, percibí que había encontrado algo.

En su iluminador libro *El pez pulmonado, el dodó y el unicornio*, Willy Ley explica de manera impecable el lugar capital que los animales han ocupado durante siglos en las narraciones de viajes. «Los viajeros que regresan —escribe Ley— tienen cosas que narrar. La nueva tierra no difiere mucho del viejo solar hogareño, a pesar de los mitos que se han desarrollado alrededor de los antiguos tabús. […] Solo existe una diferencia, una diferencia que nadie se había imaginado antes: hay en las nuevas tierras unas bestias extrañas».

La realidad de esos animales desconocidos sugirió la necesidad de buscarles un lugar «lógico» entre las especies ya descubiertas, promoviendo las clasificaciones… arriesgadas. Aristóteles fue un impulsor de la ciencia zoológica, que en su etapa primordial se ciñó a acumular información y a compilar listas o «tesoros».

Cuatro siglos después aparece la primera obra de referencia: la *Historia natural* de Plinio el Viejo, casi cincuenta volúmenes que reúnen un número por entonces insólito de hechos naturales y seres vivos y servirían de base para la renacentista *Historiæ animalium* del médico suizo Konrad Gessner, considerado el padre de la zoología. Gessner fue un gran disipador de tinieblas señalando, por ejemplo, que a los griegos se les había ido la mano narrando más de lo que ellos

mismos sabían; de ahí que presentaran animales más soñados que reales, si bien disculpó estas alegrías descriptivas alegando que no fue por mala fe, sino por la poesía.

A cambio, ofreció una montaña de datos objetivos que permitió atisbar el vasto número de animales que corrían por ahí, una base estupenda para que más adelante Linneo acometiera la tarea de emular nada menos que al Adán del Génesis dando un nombre a todos los animales y plantas, si bien incluyó en su catálogo a especímenes no muy bien identificados a los que denominó fénix, unicornio o sátiro.

Linneo debía ser algo impaciente y por eso, ante la falta de datos, se aventuró a hacer deducciones que el tiempo ha revelado poco afortunadas: «Las especies existentes son ahora como fueron creadas en el comienzo», dijo el sueco, haciéndose el ídem a la hora de contemplar que los griegos ya habían señalado la existencia de fósiles de especies muy ajenas a las que él conocía en el siglo XVIII.

En 1819, Georges Cuvier sí percibió que en el pasado habían existido especies distintas, e introdujo en el mapa a los animales extinguidos. Sin embargo, no estableció una conexión entre los extinguidos y los nuevos. Consideró que unos eran independientes de otros, y por eso, solo y nada menos que por eso, Cuvier no es Darwin. Un error al que sumó el de señalar como altamente improbable que quedaran animales recientes por descubrir.

Y entonces vino Charles Darwin con su teoría de la evolución, advirtiendo sobre la posible existencia de fósiles vivientes e inaugurando así la posibilidad de que en el planeta resistieran animales todavía desconocidos.

Asumir la posibilidad espolea el descubrimiento, y desde entonces han sido muchos los hallazgos.

La última década del siglo XIX fue la primera sin nuevas fronteras por descubrir, inaugurando la idea de que ya no quedan rincones inexplorados en el planeta. Desde entonces, el ser humano ha venido asignándose el papel de sabelotodo, y por eso no se cae muy bien como especie. Ser el listillo de turno en ocasiones puede resultar agradable, pero también cabe que uno termine viéndose como un anormal, aunque sea de élite. Además, se sabe que cuando alguien controla su entorno, el mundo se le hace cansino, reiterativo. La imposibilidad de novedades provoca desilusión y de ahí que cada vez que el planeta nos revela un misterio, sintamos un satisfactorio escalofrío al constatar que aún hay lugar para la sorpresa. Que sabemos menos de lo que parece. En este caso, sentirse ignorante consuela. E invita a preguntarse por qué continuamos considerándonos sabelotodos cuando se siguen descubriendo especies a un ritmo regular.

En el año 0 del siglo que inauguró un «mundo sin nuevas fronteras

por descubrir», con la máquina de vapor en marcha y todos los grandes mamíferos ya presuntamente identificados, se descubrió al rinoceronte blanco en el norte de África. En 1901, al okapi en Uganda. Cada animal desmentía a los abanderados del control y la sobreinformación, sus estadísticas desmontándose con regularidad a fuerza de ornitorrincos, batracios, pavos o gorilas albinos.

De todas formas, la primera mitad del siglo XX no aportó demasiados animales nuevos, ni rescates de otros que se pensaban extinguidos. Las guerras mundiales absorbieron el interés científico hacia asuntos letalmente prácticos. Fue como si la humanidad hubiera extraviado su *fernweh*, esa atracción inexplicable por lo desconocido. La gente «que ya lo conocía todo» estaba ahora centrada en sobrevivir. Eso sí, en cuanto percibieron que lograrían salir adelante, los exploradores reanudaron la búsqueda.

A partir de 1951 hay un promedio de cuatro localizaciones significativas de animales «invisibles» por década, siendo los años noventa una fiesta, sobre todo para los redescubrimientos: el papagayo nocturno australiano reaparece en 1990; el cerdo de Vietnam en 1993; la tortuga gigante de las Seychelles en 1997, el mismo año que «vuelven» el mochuelo de Blewitt, ese antílope llamado dibatag y el tiburón de agua dulce de Borneo. Y en el siglo XXI los hallazgos continúan.

Es decir, un siglo después de que todo se antojara más o menos descubierto, siguen asomándose animales nada diminutos a lo largo de un planeta con más resquicios de los que las tecnologías puntas harían prever. Cada animal descubierto desafía el omnicontrol al que parecen aspirar los superantropocéntricos Gobiernos, molestos por lo que al fin y al cabo no deja de ser una forma de resistencia, tanto de los animales como de las personas que los hallaron o divulgaron su actualidad. La pregunta es: ¿por qué esos exploradores casi siempre forjados en la ciencia, esos exploradores que tienden el hilo entre el corazón de las tinieblas y nosotros, se han alejado de métodos estrictamente científicos y han decidido creer que la inexistencia del dato no elimina al animal? Porque confían en la imaginación.

Desde la primatóloga Jane Goodall al ecólogo Ramon Margalef, numerosos científicos de vanguardia han apelado a la imaginación como guía de sus búsquedas, alcanzando conclusiones que habrían sido inviables obedeciendo a estadísticas y a hechos objetivos.

Atendiendo a lo imaginado, el científico se adentra en una dimensión que acoge igual al tilacino que al ave Roc, al leopardo de las nieves o al yeti, porque indaga en imaginarios colectivos que con frecuencia se nutren de una mezcla de realidad y ficción. La «prueba» es la historia que la comunidad ha construido al pensar en un animal. La leyenda. El relato. Por eso, el rumor sirve. Para este tipo de

buscadores, la expresión «me han dicho que…» en una boca anónima y desconocida puede cobrar valor científico.

Un tal capitán W. Hichens, desplazado a África para cazar leones, publicó un extenso artículo sobre «animales no descubiertos» en el *Chamber's Journal* de noviembre de 1927. Un día vio con sus propios ojos a unos hombres pequeños —de un metro veinte centímetros, más o menos— sobre los que los moradores de las selvas tanzanas de Ussete y Simbiti contaban leyendas, si bien muy pocos habían llegado a verlos. Ese encuentro le animó a confiar ya para siempre en las historias de los nativos, concediendo credibilidad, por ejemplo, a la existencia de una bestia rara grande como una cabra, con dientes tipo perro, piel muy negra y temperamento irascible, que por las descripciones podía tratarse de una suerte de oso, y que llamaban *nunda* o *mngawa*.

«Durante setecientos años —argumentó Hichens— ha persistido la creencia en el *mngawa* o *nunda*. […] Estoy convencido de que ningún africano normal confunde una hiena con algo que no sea una hiena, o a un león con algo que no sea un león, o a un leopardo que no sea un leopardo; si asegura que una bestia no era una bestia familiar para él, yo me complazco en creer que tampoco es una bestia familiar para mí».

Como Hichens, el explorador Frank W. Lane confió en ese relato hasta el punto de emprender una caza literaria de osos Nandi. Y el famoso Stanley, además de localizar al doctor Livingstone, advirtió sobre una cebra de la selva húmeda que los indígenas mencionaban asiduamente y, como más tarde se averiguó, resultó ser el okapi.

Hichens, Lane o Stanley dieron crédito a historias que exigían confiar en sus interlocutores, sin más. Lo mejor es que aún quedan seguidores de esa escuela, capaces de diseñar mapas con los relatos de buscadores de perlas o de algún rey de Ruanda. En un mundo que ha sublimado la hipocresía y la desconfianza, valorar la opinión de un absoluto desconocido resulta un exotismo que, por eso, puede abrir la puerta a otra forma de sentir el entorno, puede conducir a paisajes impensados, puede permitir localizar a otro ser vivo, a un animal. Recuperar a un animal siguiendo indicaciones orales quizá tenga algo que ver con recuperar la confianza en una sensibilidad y unos valores que creíamos perdidos.

Los años noventa fueron todo un subidón localizador, una década para este tipo de esperanza. Desde entonces, Australia se ha ganado la capitalidad de los fósiles vivientes mientras que Vietnam se alza como paraíso de las especies ocultas. Ambos son territorios fértiles para lo invisible. Seguidos de cerca por África.

Mi enfermedad nos obligó a recorrer 147 kilómetros hacia el norte

para que me visitara un doctor en Arua, donde se hallaba el hospital más cercano. Tras recibir un diagnóstico de disentería y permanecer dos jornadas en cama, la tercera noche pude levantarme para debatir con John el futuro de nuestro viaje. Le recordé las advertencias de los militares en Kampala, las de los periodistas de Radio Gulu y las miradas hostiles que seguíamos recibiendo desde que cruzamos el puente de Pakwach. Fue una conversación tensa, abandonada por Míster Vil y Yolanda en cuanto aparecieron las primeras palabras violentas, que pronuncié yo. Al quedarnos solos, John se mostró sorprendido por mi beligerancia y después empezó a llorar mientras hablaba de fracaso, de un nuevo fracaso en su vida. En el mismo instante que se echó a llorar, se apagaron las luces del comedor donde estábamos. Eran las once de la noche, la hora en la que los generadores diésel dejaban de alumbrar Arua. John y yo nos abrazamos sin vernos. Fue extraño, duro y hermoso a la vez.

El día siguiente emprendimos el regreso a Kampala. En el amarradero de Panyimur, veinticuatro personas embarcamos en una nave de doce metros de eslora impulsada por un motor fueraborda para cruzar el lago Alberto. Soplaba viento del nordeste. Como navegamos en perpendicular a la corriente, las olas batían fuerte a babor y enérgicos chaparrones de agua asediaban la cubierta.

—No deberíamos navegar con este tiempo —dijo John.

El Alberto es un lago de aguas muy fluctuantes. En 1961 arreciaron hasta inundar Butiaba, que es uno de los pueblos pescadores vecinos. Como Kibiro. Tonya. Kaiso. Buhuva. Y Ntoroko. Por decir otros. Ni siquiera los reputados pescadores de Bunyoro acceden fácilmente a los bancos de pesca amparados por las escarpaduras del valle del Rift occidental, así de beligerante es el lago. Y, con toda aquella información, que el motor de la barcaza se calara resultó aún más inquietante.

En la cordillera congoleña se recortaban dos jorobas inmensas, que eran colinas. El muelle de Panyimur ya no se vislumbraba en la orilla, y a la tarde se le extinguían los malvas mientras en alguna cala cercana los contrabandistas ultimaban las lanchas donde en unas horas transportarían el pescado, el oro o la tantalita y la columbita básicas para la telefonía móvil, que allí no tenía cobertura.

El timonel tiró fuerte del cable del motor. Una vez. Y otra. La luna rebañaba la luz de las cumbres del Congo. Solo se escuchaba el oleaje, a veces interrumpido por un gruñido del hombre que ayudaba al timonel. Tiró de nuevo del cable. La barca se mecía a la deriva. Me sentí tranquilo a merced de la corriente. Las olas habían amansado sus envites al no avanzar contra ellas, aunque empezaba a hacer frío.

—¿Sigues buscando? —me preguntó Míster Vil, que, contagiado

por mi atención, estaba escudriñando el cielo. Desde hacía unos días, todos viajábamos con la cabeza un poco más alta.

—¿Qué buscan? —preguntó un pasajero.

—Un picozapato —respondió Míster Vil.

—Verlo es como descubrir algo —dijo el hombre uniéndose al escrutinio celeste—. Como si te tocara la lotería.

—¿Usted lo ha visto? —preguntó Míster Vil.

—No. Pero podría hablar durante horas sobre él.

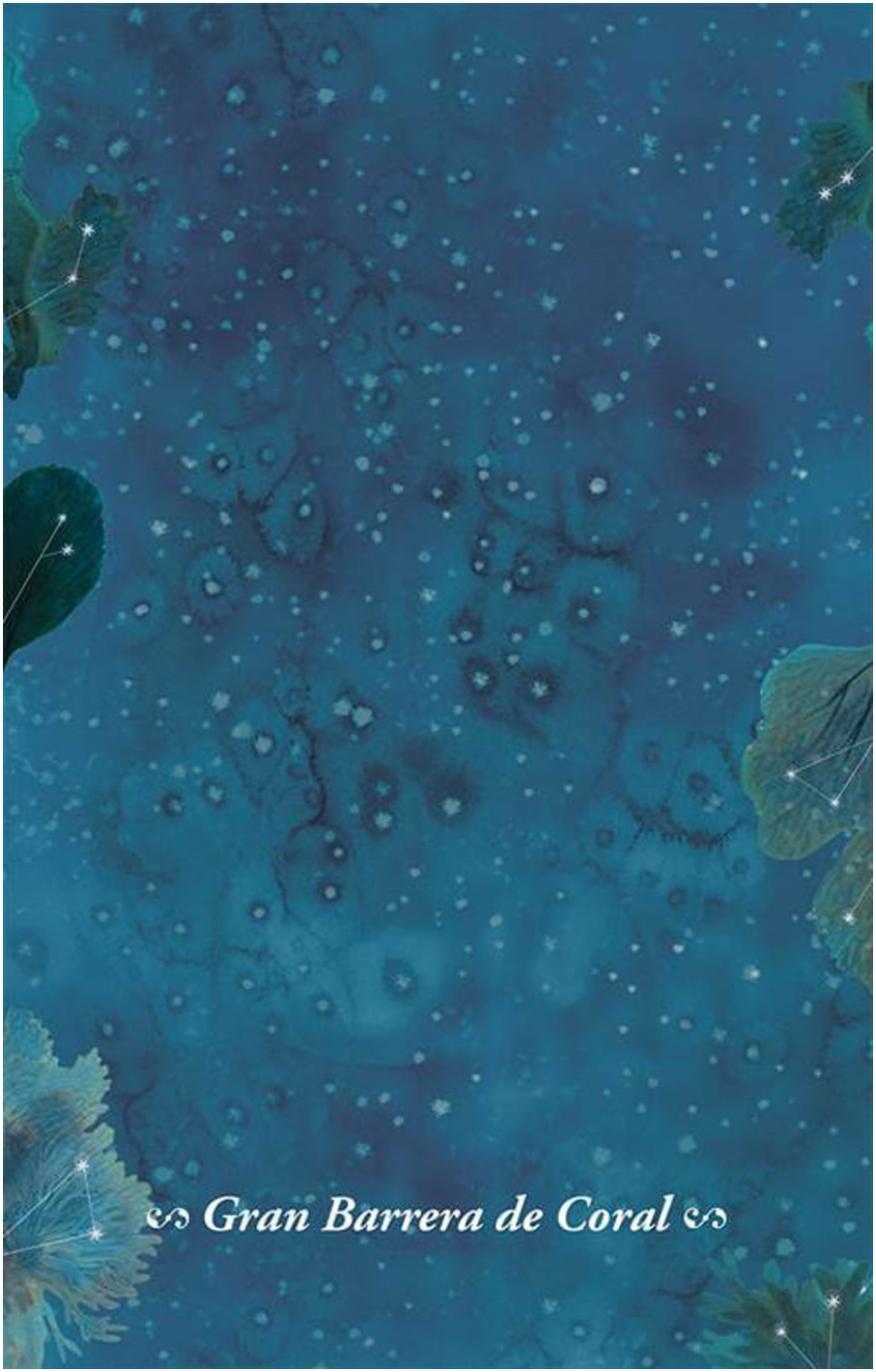
—Porque está seguro de que existe.

—No importa que yo esté seguro o no. El picozapato existe. Hay cosas que sabes que están ahí. Quizá nunca llegues a conseguir la prueba para que los demás lo crean, pero están. Y no es una intuición. Están.

Hay animales misteriosos. Aún hoy. Como el *mokele mbembe*, un habitante dinosáurido de la cuenca del río Congo. ¿Y quién ha visto al elefante pigmeo de la República Centroafricana y de Gabón? Durante cien años se han redactado informes sobre este presunto pigmeo: *Loxodonta pumilio*. Pero ¿quién lo ha visto? ¿Y por qué creemos en él? ¿Porque un elefante pigmeo es fácil de imaginar? ¿Porque necesitamos elefantes pigmeos para que el mundo parezca más sensato, equilibrado?

—Existen muchas cosas que no he visto nunca —dijo el hombre— pero en las que creo. Sería muy tonto creer que el mundo solo es lo que yo veo.

El motor volvió a roncar.


Gran Barrera de Coral

Antes de acceder al acuario gigante donde se hallaban los tiburones, mi hijo salió corriendo hacia unos pececillos multicolores que empezó a señalar riendo. Gael tenía dos años y, aun sin comprender casi nada de lo que veía, daba la sensación de disfrutarlo como nadie. A un par de metros de donde mi querido pequeñajo reía, una vitrina minúscula guardaba un coral junto a un rótulo que atribuía el origen de aquella pieza a la Gran Barrera de Coral australiana. Según la explicación, si la temperatura del planeta aumentaba dos grados, una porción inmensa de la Gran Barrera, cuya longitud superaba los dos mil kilómetros, moriría.

En el otoño de 2006, las predicciones de los expertos ya apuntaban machaconamente a un cambio inexorable del clima. Pocos meses antes, en mayo, el exvicepresidente de los Estados Unidos, Al Gore, había protagonizado la película *Una verdad incómoda* advirtiendo sobre las temibles y casi inminentes consecuencias a las que nos estaba abocando la aceleración consumista en la que vivía el planeta. Por un momento, el mundo entero pareció atender a la conveniencia de emplear energías renovables, puso el foco en algunas empresas e individuos particulares que ofrecían alternativas útiles…, pero cuando mirabas alrededor era sencillo concluir que no había una auténtica voluntad de cambiar. Que las buenas intenciones se quedaban en el enunciado.

La vitrina dedicada al coral en el Aquarium de Barcelona desencadenó esas y otras reflexiones, que me llevaron a echar un vistazo al enano que ahora se tronchaba de risa a mi lado junto a otro par de su misma altura. «¿Qué mundo les dejaremos?», me pregunté.

A partir de ese día, la Gran Barrera de Coral se convirtió en una llamada que, poco a poco, fue deslizando informaciones sobre el yacimiento de coral más grande y más protegido del mundo… que, aun así, se había reducido a la mitad entre los años 1960 y 2000. En conjunto, un 15 por ciento de los arrecifes de coral del planeta había desaparecido o se había degradado de manera irreversible en aquel período y, según el sociobiólogo Edward O. Wilson, una tercera parte podría desaparecer durante los próximos treinta años si continuaba la tendencia.

Terminé por responder a la inquietante acumulación de alertas impactado por una imagen que, afortunadamente, aún no existía.

Apareció cuando una tarde, leyendo sobre el color del luto en China, que es el blanco, recordé que el coral se torna blanco al morir. De manera que si, como los expertos pronosticaban, más de un 90 por ciento de la Gran Barrera sucumbía al aumento de las temperaturas, una línea de cientos de kilómetros cubriría el océano Índico de ese funesto color.

Lecturas y conversaciones posteriores me revelaron el carácter indiscutiblemente animal de aquel abrumador organismo, considerado el único ser vivo visible desde el espacio exterior. Fue extraño descubrir que la mayor parte de la humanidad ignora cuál es la asociación animal más grande del planeta, quizá porque somos incapaces de verla así: como una estructura animal. Y, tras imaginar que un astronauta futuro podría certificar la debacle de la Tierra al contemplar una extensísima mancha blanca junto a la costa este australiana, volví a pensar en mi hijo.

¿Cómo se escribe el espacio? Después de haber firmado varios libros de viajes más o menos clásicos, en 2007 atravesaba una etapa de duda sobre el mejor modo de abordar creativamente una geografía, y sobrevolar la abstracta constelación de meandros que perfilaba la costa australiana alimentó nuevos interrogantes. Las curvas de los riachuelos, los claros del bosque, los brazos de arena que se alargaban mar adentro, las secuencias de islas, de coral… «Existe un orden geométrico que se entiende a través de los colores —escribí en la libreta—: sin transiciones bruscas, siempre bien compensados, de acuerdo con la curva del río, con la loncha blanca de playa, con el cabrilleo escalonado de las olas que vierte el océano ya amansadas tras chocar contra la Gran Barrera de Coral».

Aterricé en Brisbane sin saber cómo iba a contar el viaje, pero intuyendo que no seguiría el esquema narrativo convencional (partir de un lugar, hacer un recorrido, llegar a un destino) porque la anormalidad de semejante organismo exigía una narración distinta, y porque si pretendía proponer un cambio, este debía comenzar desde la armadura del relato.

Bruce Chatwin había hallado en los *dreamtimes*, las «canciones del Ensueño» aborígenes, un fascinante hilo poético que explicaba la Australia interior.

«Los aborígenes creen en seres totémicos que deambulan cantándolo todo y dando vida al mundo con su canción —escribió Chatwin en *Los trazos de la canción*—. Una canción era un mapa y un medio de orientación. Si la conocías, siempre podías encontrar tu itinerario. Si te apartabas, te convertirías en un intruso. Podrían clavarte una lanza por eso.

»Toda Australia se podía leer como una partitura musical. En el

país casi no había una roca o un arroyo que no hubiera podido ser, o no hubiera sido, cantado. Los aborígenes no podían creer que el país existiera antes de que ellos lo hubieran visto y cantado. En otras palabras, ¿existir es ser percibido? Sí».

Y de esa misma lectura podía deducirse que, un poco como nosotros, los aborígenes no «percibían» el coral, innombrado en su cancionero. El arqueólogo Jordi Serrallonga, que había hecho trabajo de campo en Australia, resumió un posible porqué: «Esa ausencia podría deberse a la creencia de que son como plantas de piedra».

Pero son animales. Seres primitivos que solo pueden vivir bajo el agua, si bien muy cerca de la luz, y esto da pie a una fiera competencia entre especies. Cuando unos sucumben, nuevos vástagos crecen sobre los restos calcáreos de sus predecesores. Cada generación hunde unos centímetros más a la anterior, de modo que los esqueletos van construyendo una especie de ciudad invertida, más sólida a cada muerto, que garantiza la resistencia del conjunto. Hay soberbios lechos de fósiles que soportan tenues capas de vida.

Estas formaciones se suceden de manera discontinua a lo largo de unos 2.200 kilómetros de costa este australiana, pero el caso es que existe una regularidad en la cadena y esa extraña cadencia de corales toma el nombre de Gran Barrera.

Algunos no están de acuerdo, pero sí, podemos hablar de un cuerpo, de un organismo colosal dividido en fragmentos cuya unidad se aprecia mejor a medida que te elevas. Así que, como cualquier ser vivo, la Gran Barrera muta a considerable velocidad, de ahí que todavía naufraguen barcos que se estampan contra ella, también algunos con sonar. Una dificultad que realza el mérito de los navegantes que desembarcaron allí hace ya tanto tiempo que los llamamos aborígenes.

Puede que los «aborígenes» del país fueran los primeros navegantes oceánicos guiados por el viento, las constelaciones y quien sabe si, cuando llegaron a la Gran Barrera, ¿las canciones? ¿Cantaban al remar? Y los cantos, ¿les sirvieron para «crear» el mundo acuático?

En la Barrera era fácil preguntarse si los corales tenían quien les cantara. Si habría una melodía submarina que se cruzara con los sonares y los ultrasonidos de mamíferos subacuáticos por los enmarañados pasadizos y canales de aquella bestia maravillosamente anárquica que aportaba una nueva dimensión a la idea de ser vivo.

La envergadura de la Gran Barrera superaba de tal modo los márgenes de la palabra *animal* que los humanos habíamos decidido no verla, o al menos no concebirla dentro de esa definición cuyo tope racional marcan los cetáceos. Y se añadía así otra paradoja a un país ciclópeo pero en general desértico que resulta ser el más urbanizado del mundo, dada la cantidad de población concentrada en sus cinco

ciudades principales.

Una de ellas es Brisbane, diseñada para que corra el aire por sus enormes avenidas casi siempre conectadas a algún gran cauce de agua que los ciudadanos amortizan practicando el piragüismo o tomando zumo de fruta o cerveza en terrazas con vistas al río. En 2007, la aureolaba un cosmopolitismo matizado por la proliferación de iglesias de múltiples confesiones y, sobre todo, la defensa de un *Aussie way of life*, marcado por el ecologismo. Parejas que charlaban sentadas sobre raíces de árboles centenarios, mujeres que alimentaban koalas apostados en la ciudad, niños que chapoteaban en parques que incluían imaginativas piscinas infantiles… Desde que Australia asumió que su aislamiento continental y sus veintitrés millones de habitantes la descartaban como aspirante al liderazgo planetario, había cambiado las prioridades. Abandonado el sueño de competir por la hegemonía en una economía de mercado, se centró en la pugna por la supervivencia. Sobre todo porque se dio cuenta de que, en los años de carrera por el liderazgo, había desertificado vastísimas extensiones de su propio suelo o estimulado a las especies invasoras de una forma que ahora se revelaba catastrófica. Comprendió la urgencia de impulsar la defensa de lo natural y por eso los australianos de ascendencia europea también habían empezado a cantar a la cucaburra y al taipán, a la ballena y al casuario, felices de liderar —ahora sí— un movimiento que les pareció renovador, aunque los aborígenes llevaran en eso cincuenta mil años. La cuestión es que habían reaccionado.

Y entonces observaron lo que tenían por delante. Por delante tenían plagas de conejos, zorros, camellos, sapos, toneladas de ruibarbos que envenenaban el aire, un subsuelo que se desecaba velocísimo, miles de aborígenes confinados en reservas que incluían a un gran número de borrachos y ludópatas a los que seguían llamando *abos* o *half-caste*(mestizos), o vastedades de coral a punto de palidecer. Este último fue uno de los primeros problemas que enfrentaron.

Proteger dos mil kilómetros marinos exigía un proyecto integral que involucrara al país entero, aún más cuando detectaron que la Barrera también padecía los excesos acaecidos en lugares tan lejanos como los Estados Unidos o China, porque la transformación del océano y el cambio climático es un asunto global. Los australianos asumieron que para rescatar su territorio debían crear una conciencia que traspasara sus fronteras, y que para hacerlo resultaría útil proyectar un símbolo con la capacidad de conmover. La Gran Barrera emergió como la candidata ideal. Pero los expertos se percataron de que, pese a figurar como el arrecife más grande del mundo con sus 350.000 kilómetros cuadrados en los que se hallan 900 islas, 400 tipos

de corales, 1.500 clases de peces y 4.000 especies de moluscos, y pese a sus miles de años de vida, había que construir el símbolo. Y que la construcción debía basarse en visibilizar su incomparable hermosura mientras se proclamaba el estado de emergencia.

La violencia y la poesía son las mejores herramientas cuando se desea llamar la atención seriamente sobre algo. Y la forma más saludable de mantener en el recuerdo un relato de violencia es que aparezca tocado de poesía, por muy lúgubre que esta sea.

La Gran Barrera estaba siendo víctima de una agresión tan lejana que hasta parecía no serlo, como si todas las alarmas hubieran saltado por casualidad. Pero así era: la Gran Barrera estaba inmersa en una historia de violencia y, cuando empecé a remontar la costa del estado de Queensland, frente a la que se alinean los corales, ahíto de información deprimente, me abrumó la duda de si sería capaz de narrar aquella geografía y sus peligros sin enfangarme en la impotencia y la rabia.

El viaje contenía el antídoto, quedó claro desde Hervey Bay. Después de testimoniar la buena relación entre un pescador y el pelícano que le observaba a pocos metros aguardando que el hombre le permitiera rapiñar alguna pieza de las que capturaba, caminé por la playa hasta la escollera donde una baranda servía de improvisado teclado al viento. Allí sonaban gañidos estremecedores que recordaban al de los barcos al hundirse y al habla de las ballenas, y fue fácil pensar en el viento como algo vivo. Más sigiloso fue el *flap-flap* de los escuadrones de zorros voladores que por la noche atravesaron Hervey Bay rumbo al puerto. Iban a cenar.

Quirópteros y cetáceos se cuentan entre los grandes migradores, siempre en busca de calor. También les unen esas ondas *boomerang* que envían para orientarse. En torno a los animales muy móviles se ciernen irresolubles misterios: ¿por qué recorren distancias tan grandes?, ¿cómo supieron al principio hacia dónde dirigirse? Unas preguntas se asociaban a otras —¿cruzaron la Gran Barrera los primeros pobladores de Australia?, ¿cómo nace un arrecife?— o a imágenes que contenían una pregunta en sí: ¿es eso un bosque tropical en la arena?

Y lo era, un bosque llamado Cooloola, exclusivo de la isla Fraser, donde desembarqué el día siguiente, eufórico por el insólito despliegue que brindaba Naturaleza. Minutos antes había cruzado en barco el Gran Estrecho de Fraser flanqueado por pastizales submarinos que ondulaban como dunas en remojo. Desde popa creí ver un cetáceo…, aunque quizá se debiera a la sugestión de saber que surcaba aguas de ballenas jorobadas. Y de tortugas y dugongs. El dugong, que se parece a una ballena pequeñita de morro entre

elefantiásico y chato, pasta algas de noche, nadando de prado en prado con una gracilidad asombrosa, y es por eso por lo que su nombre deriva de *duyong*, que en malayo significa «sirena». Se trata de una rareza tan única como el Cooloola. Y si el animal y el paisaje singulares coincidían en un lugar, ¿cómo serían los hombres de allí?

La geógrafa Ellen Churchill ha señalado que «el hombre es un producto de la superficie terrestre. Ello no significa sencillamente que es hijo de la Tierra, polvo de su polvo, sino también que la Tierra lo cría, alimenta, le asigna tareas, dirige sus pensamientos, le enfrenta a las dificultades que fortalecen su cuerpo y agudizan su inteligencia, le plantea problemas de navegación o irrigación, y, al mismo tiempo, le susurra pistas para que encuentre las soluciones».

¿Y de qué es producto el animal? ¿Cómo le afecta el territorio? «El entorno del animal —responde Barry Lopez en *Sueños árticos*—, el telón de fondo sobre el cual lo observamos, puede describirse como algo análogo al animal mismo». Y tiende un lazo entre las dinámicas de los fenómenos subatómicos y «la trayectoria de un cuervo que sigue en línea recta el curso de un valle, los meandros que describen los caribús al pastar, los movimientos de un oso solitario sobre el hielo marino en invierno».

Atendiendo a Lopez y Churchill, confié en que mi oído alcanzara a captar algunos susurros del espacio queenslander para así, quizás, aprehender una brizna del espíritu de aquel pueblo. Si carácter, animales y paisaje formaban un solo cuerpo, su concentrada observación podría ofrecer buenas pistas para vislumbrar una forma de contarlos.

Más al norte, superadas las fábricas de ron de Bundaberg, los campos de caña que impregnaban el aire de azúcar, las cabras a pie de carretera y el perro muerto en el margen, apareció la pequeña Town of 1770 encajada en una megabahía con el bosque a ras de agua. Una gran loncha de arena abrigaba aún más la ensenada. Era una forma de paraíso. Quizá esa fuera una razón para que el *Endeavour* anclara allí. El barco había zarpado en 1768 poniendo proa a Tahití con la misión de que un grupo de astrónomos observara los movimientos de Venus alrededor del Sol. Eso permitiría calcular la distancia de la Tierra al astro. Y entonces, otearon Botany Bay, el puerto que descubrió Australia a James Cook y a su colega botánico, Joseph Banks. Bordeando la costa, recalaron en las aguas que yo surcaba esa mañana rumbo a Lady Musgrave, la isla que, junto a Lady Elliot, inaugura el arrecife. Lady Elliot se sitúa más al sur, pero como la explotación de las minas de fosfatos y el turismo la han desfigurado, creí oportuno estrenar la Gran Barrera en un entorno más virgen.

El arrecife estaba a casi dos horas de la plataforma continental, y

cuando el barco amarró aún quedaban unos trescientos metros hasta Lady Musgrave, separada por un lecho de excrecencias coralinas desiguales, caótico e infranqueable, que nos obligó a permanecer en medio del mar. Como el barco disponía de equipos para el buceo, salté al océano. Dicen que los objetos parecen un 30 por ciento más grandes y más cerca bajo el agua, y debe ser por eso que aquella belleza impresiona con mayúsculas.

Había corales de formas viscosas, lanceoladas, cerebrales. Unos simulaban cornamentas y otros una cúpula gigante. Entre los pólipos se escurrían budiones y labros, peces payaso o mariposa y gobios, añadiendo color a la jungla submarina silenciosa y punzantemente erizada que a partir de allí se extendía hacia el norte ofreciendo una diversidad solo comparable a la de la selva tropical.

Atrapé algas cimbreantes y rocé cuchillas de coral habitadas por plantas y microorganismos clave para la biodiversidad que sostiene el mundo. Para nuestra propia vida. ¿Cuántos submarinistas buscan enzimas de bacterias y productos naturales que ayuden a curar el cáncer, la artritis o a revolucionar la biotecnología? Aspirando aire por un tubo que sobresalía unos pocos centímetros del agua, atisbé la palabra *CIENCIA*, que de inmediato evocó un resto del olor dulce que días atrás había inspirado en la fábrica de ron. Ese alcohol lo había «inventado» en Australia George Hurt, un checoslovaco que investigó a fondo las 250.000 células que cohabitan en un centímetro cúbico de azúcar. Aisló una, y era la que definía el ron.

Azúcar. Nunca he visto tanto como en Queensland. En el autocar rumbo al norte, no muy lejos de Rockhampton, empecé a constatar que millones de cañas de azúcar seguirían avanzando de Brisbane a Cairns imponiendo su monotonía durante a saber cuántos kilómetros a ambos lados de la Bruce Highway. Trenecitos con infinidad de vagonetas atestadas de cañas se estiraban como lombrices por las llanuras. Hacía décadas que el negocio azucarero daba de comer a mucha gente, y se había convertido en un cultivo totalitario… que a principios del siglo XX tembló. Fue cuando las cañas se motearon de escarabajos. Para liquidarlos, en 1935 se trajeron ciento dos sapos de Hawái sin considerar que aquellos exterminadores no iban a poder encaramarse a unas cañas tan altas. Los sapos buscaron alternativas de subsistencia convirtiéndose en una aún más inquietante plaga, que en 2007 continuaba descontrolada.

Los científicos hablaban de monitorizar a los sapos para prever sus movimientos, aunque imperaba la sensación de estar llegando tarde. Entre las cañas, la batalla por la vida tenía un ganador. El nuevo desequilibrio del ecosistema señalaba a Australia como el paradójico lugar donde, en los últimos años, al menos 57 de las 194 especies de anfibios conocidas habían disminuido de forma espeluznante, y siete

de ellas se habían extinguido por completo… pese a padecer una plaga batracia.

Los expertos indican que la pérdida de ranas en la Tierra está teniendo consecuencias devastadoras, porque los anfibios mantienen a raya a millones de insectos. Eso me hizo pensar en diversos tipos de muerte, y pensando en ella oscureció.

Tras unos días entre los enormes bistecs que se brasean en Rockhampton y los loros encaramados a los cocoteros de Mackay, proseguí el ascenso en paralelo a la costa. Solo tractores y palas recogedoras perturbaban la monotonía de las plantaciones azucareras que acompañaban al escuálido y musgoso río Proserpine, batido por un viento con olor a miel. Las nubes corrían como una procesión de orugas blancas en el cielo siempre azul. Pájaros de la tarde nos veían pasar posados sobre palmeras y fachadas *beige*, emboscados entre paredes de buganvillas que se sucedieron durante kilómetros, como los vehículos con tablas de surf en la capota y con enganches que arrastraban barcas.

Así fue hasta Townsville, la capital del norte de Queensland y la ciudad costera más grande a lo largo de la Gran Barrera. Sol abrasador y humedad, además de unos edificios victorianos que acogían negocios de vanguardista cosmopolitismo.

Los yacimientos de oro la habían ayudado a prosperar levantando, por ejemplo, las espléndidas arquitecturas que desde finales del XIX y principios del XX definían a la principal rambla de Townsville, con fachadas de piedra, balcones de hierro, porches de madera y dinteles esculpidos al modo que ya agradaba a los colonos que aclimatizaron Australia, los padrinos del paisaje contemporáneo. Los responsables de los ciento dos sapos.

Más o menos, el término *aclimatización* alude a las transformaciones causadas en un territorio por la introducción de especies exóticas. La aclimatización de Australia fue un paradigma. «Hasta finales del XIX muchos miembros de la Asamblea Legislativa victoriana podían pedir que los halcones australianos fueran eliminados por el daño que causaban a *nuestros* pájaros cantores ingleses». Leí este fragmento en una revista especializada en asuntos naturales, y el triunfo de los sapos hawaianos sumado a la derrota de los halcones autóctonos azuzaron mi interés por el pavoroso desajuste que los colonos habían introducido en aquel ecosistema. Solo setenta años después de la colonización, el doctor Hooker ya señalaba que el descenso de especies peculiares australianas superaba ampliamente al de cualquier otro lugar, sabiendo, además, que las especies que se extienden mucho, tienden a extenderse muchísimo. Insinuaba así la inminencia de plagas.

El deterioro medioambiental había continuado desde entonces, aunque se estaban tomando medidas para intentar contrarrestarlo. Las ovejas merinas españolas, que convirtieron a Australia en una potencia exportadora de lana y se concentraban en rebaños gigantescos, empezaban a ceder un cierto espacio a los canguros, cuyas garras almohadilladas no perjudicaban tanto el suelo. A los conejos, también españoles, los había diezmado la difusión (programada) de la mixomatosis, primero, y de un microbio calcivirus después. Había penas durísimas para los que introdujeran especies extrañas en el país. Pero todos reconocían que aquellas medidas no bastaban.

Por eso, miles, millones de personas se habían movilizado para cambiar la tendencia. De ahí que una de las grandes figuras que Australia ha dado al siglo XXI es la del ecologista exterminador.

En nombre de la vida, muchos descendientes de aquellos presidiarios y militares que en 1770 desembarcaron en Botany Bay se habían especializado en aniquilar animales por centenas, y en el país que muestra en su escudo un canguro rojo y un emú era posible hablar de safaris turísticos para exterminar canguros, de francotiradores especializados en camellos, de biólogos que creaban virus anticonejos…; el abanico de ejecutores se extendía a brigadas de voluntarios que dedicaban su tiempo libre a matar. Australia los necesitaba. Sin ellos, la reproducción desbocada de las especies acabaría pronto con un suelo ya muy débil a causa de la falta de nutrientes y de una salinización monstruosa. Según el biogeógrafo Jared Diamond, se tardaría quinientos años en regenerar muchas de las zonas que aún admitieran ser recuperadas.

«*Welcome to a splendid isolation*», rezaba el cartel de saludo en el único y extremo *resort*, que también servía como punto de control, para acceder a Hinchinbrook, la mayor isla catalogada como parque nacional en el mundo. También es la más larga de las seiscientas islas continentales que conforman el arrecife, y la antigua tierra de los bandjines y los giramais, tan feroces que lograron evitar a los colonos.

Minutos antes, asomado a la proa del *Hinchinbrook II*, había visto «emerger» la isla con el bestial empaque de un coloso vivo. Sus crestas expelían regueros de nubes negras como si fueran chimeneas, y el contraste con los azules del mar y del cielo acentuaba la impresión de un monstruo que respirara. El barco había zarpado de la isla Magnetic semivacío. A bordo sentí el abrazo de la tierra y el agua, sin ruidos ni obstáculos en el vasto espacio solo enmarcado por islotes diminutos, muy lejanos, mecido por una perfecta serenidad.

«Bienvenidos al aislamiento», leí después. A la isla donde muchos animales únicos y endémicos aún resistían, intactos. Al paraíso de los

lagartos formidables y los insectos. A la batalla por la vida en un estadio bien primitivo, porque los conservadores del parque no admitían a más de cuarenta y cinco personas acampando a la vez. Era un lugar idóneo para aprender un poquito a sobrevivir, a ser más fuertes.

Los tres pescadores que encontré al principio de mi excursión en solitario llevaban más de una semana en la isla. Cuando sacaron las cervezas de la *esqui*, el nombre que daban a la neverita portátil, percibí que uno de ellos tenía un brazo inválido. Fue una impresión sencilla que sin embargo iba a recordar hacia el final de mi viaje, cuando rescaté escenas de una mujer coja atravesando kilómetros de selva estimulada por la curiosidad, de un nadador manco en Cairns, o de John Denny, el anciano al que vi palparse el *bypass* mientras remontaba la salvaje península de Cape York.

A menudo es difícil adivinar por qué uno recuerda una imagen y otra prácticamente idéntica no, pero que ahora mismo esté escribiendo sobre aquel pescador inválido podría guardar relación con lo que me ocurrió esa jornada en la isla. Primero, me perdí.

El mapa lo decía bien claro, la *ranger* lo había repasado tres veces conmigo, pero me perdí. Tras hora y media de jungla, la playa seguía sin aparecer y la noche se cerniría temprano. La entrada había sido inquietante, con grandiosos lagartos reptando por el bosque de troncos altos y removiendo los lechos de hojas húmedas. Los ruidos eran constantes y los movimientos también. Según la *ranger*, la excursión ocupaba unas tres horas.

Había árboles gigantescos arrancados de cuajo. Algunos atravesaban el supuesto camino, convirtiendo su tronco o sus raíces en escalón. De vez en cuando, una raya de pintura en una roca o en cualquier rama indicaba que la dirección era la adecuada, pero en varias ocasiones debí recular al descubrirme en medio de una escabrosidad sin salida.

Esporádicos haces de luz desvelaban apiñamientos de mosquitos. El suelo era impredecible, lleno de sobresaltos, y entre los troncos y las hojas a veces se atisbaban colas o el perfil de un pavo australiano corriendo. La rutinaria música de fondo era una amalgama de trinos, gorgoteos y chillidos.

Es cierto que a base de sumar jornadas sería posible interiorizar un poco mejor el terreno e intuir a la serpiente arborícola enrollada a medio metro, distinguir a los animales que se escondían o acechaban en la fronda. Pero para llegar a un conocimiento suficiente habría hecho falta media vida de troncos bajo los pies y en aquel momento la jungla más simple me avasalló con su uniforme densidad, siempre la misma, o casi, repitiéndose opresivamente alrededor. No saber leerla desespera. Hace sentirse perdido. Trae impotencia, insignificancia y

rescoldos de un rencor que quizá tenga que ver con la rabia por haber recibido una educación orientada solo a la vida entre asfalto, hormigón y cristal.

Volví sobre mis pasos, pero esta vez corriendo sobre el firme inseguro, esquivando rocas mientras los troncos pasaban veloces y escuchaba mis jadeos en un tonificante festival de temor y riesgo. Cada poco, sentía el cuerpo pringado o casi atrapado por algo: colonias de insectos ínfimos que se enredaban en el vello, una especie de polen verde flúor venido de a saber dónde, telarañas portentosas que arrastraba sin querer…, y escuchaba a los reptiles escurriéndose en la hojarasca, trepando a árboles. El rumor de las olas al final de la jungla, atisbar su azul, y la explosión de luz después de estos herméticos corredores fue como llenar los pulmones.

La playa estaba desierta. En la orilla se alineaban fósiles de pólipos y crustáceos, además de los troncos y las hojas que depositaba la marea. Me asombró la virginidad auténtica. Nunca había sentido nada como Hinchinbrook.

En la arena recordé al pescador que había visto al principio. Quizá fue mi inconsciente forma de admirar el talento de una persona minusválida mucho más capaz de enfrentarse a la jungla que yo.

La segunda impresión de Hinchinbrook la propició un hombre salido de la espesura. La zódiac con la que estábamos recorriendo los meandros de la isla se detuvo en un embarcadero consistente en un puente de madera incrustado en la maleza. Emboscado entre los manglares había un hombre. Por su camisa entreabierta asomaban decenas de circulitos morados que parecían metralla, pero eran picaduras. Tenía la piel seca, barba de varios días, le temblaban las piernas y clavaba la mirada en el agua.

Emma, la asistenta del capitán, le ayudó a subir a la zódiac y lo acomodó en un extremo, preguntando con delicadeza su nombre. El hombre la miró. Transcurrieron quizá seis segundos.

—¿Para qué quieres mi nombre? —respondió el vagabundo con huraño acento extranjero.

—Llevamos el control de las personas que entran y salen de la isla para estar seguros de que nadie se pierde.

El hombre contempló como en éxtasis los dedos de sus propios pies ensangrentados. Emma carraspeó.

—¿Señor? ¿Me escucha, señor?

El hombre no respondió. Aparte de la ropa y las sandalias, llevaba una pequeña mochila vacía, un sombrero y un bastón. Solo se oía el motor de la zódiac, que serpenteaba entre manglares. El cabello limpio de los viajeros y los brillos de las cámaras parecían artificios publicitarios comparados con aquel hombre. Cabía sentirse intruso,

inocente, blando ante la fuerza irradiada por la historia contenida en el cuerpo que habían asaeteado docenas de insectos. Tenía casi toda la piel visible repleta de absorciones esféricas.

—Es de locos… —dijo Emma ya a bordo del *Hinchinbrook II* después de sacarle las palabras una a una—. Se fue a recorrer la isla sin tienda de campaña ni agua suficiente. ¿Cómo hace eso? ¿Lo has visto? —Cabeceó hacia el asiento del hombre, que continuaba absorto mirando la sangre de sus pies—. Está destrozado.

¿Qué impulsa a alguien a enfrentar casi desnudo a Naturaleza? ¿Pretendía suicidarse y al final se acobardó? ¿Se creyó más fuerte que la Tierra? Estaba aturdido, además de físicamente devastado. Al verle, fue un reflejo evocar *Waltzing Matilda*, la canción *aussie* de toda la vida. Habla de un vagabundo que prefiere suicidarse en las aguas de un *billabong* (poza) a perder su espíritu independiente. De nuevo, una canción anudaba historias que ayudaban a explicar el espíritu del territorio. Ted Strehlow había indagado en el vínculo entre las canciones y la tierra, y, según Bruce Chatwin, para ello «comparó el estudio de los mitos aborígenes y sus canciones con el hecho de entrar en un "laberinto de incontables corredores y pasajes", todos los cuales estaban misteriosamente interconectados mediante un sistema que desconcertaba por su complejidad. Al leer los *Songs*, tuve la impresión de hallarme ante la obra de un hombre que había entrado en aquel mundo secreto por la puerta trasera; que había tenido la visión de una composición mental más maravillosa e intrincada que cualquier otra cosa que hubiese sobre la tierra, de una composición capaz de dejar reducidos los logros materiales del hombre a la categoría de un montón de basura… y que sin embargo, quién sabe por qué, eludía toda posibilidad de descripción».

La composición física más intrincada y enigmática que existe sobre la tierra tal vez sea la Gran Barrera de Coral. Si uno piensa en una estructura semejante de base intelectual, no cuesta establecer paralelismos entre la Gran Barrera y ese «laberinto de incontables corredores y pasajes» que proponen las canciones aborígenes.

¿Qué pasaría si se descubriera que esas canciones fueron originalmente concebidas para entender mejor a la formidable masa coralina que se extendía ante la costa? Y si esto fuera así, ¿qué ocurriría con los aborígenes en el caso de que la Gran Barrera desapareciese? Si la imagen que una vez les ayudó a entender mínimamente el sentido de la vida se esfumara, ¿les valdría la pena seguir aquí? Sin Barrera a la que cantar, ¿qué razón tendría el mundo?

La «puerta trasera» representada por las canciones del Ensueño y la Gran Barrera daba paso a un espacio poco visitado por la cultura occidental, pero donde anidaban valores clave para su propia supervivencia. Y, durante siglos, ¿quién había velado por ellos?

Hacia Mareeba, todavía en el *outback* (interior de Australia), el azúcar y las plantaciones de tabaco habían cedido el paso a los cafetales, que se reflejaban en las enormes lentes ahumadas del veterano conductor del *pickup* hecho taxi. Las gafas y la nariz era lo único visible por encima de su homogénea mata de pelo, con una cabellera tan canosa como la barba que habían amarilleado los cigarros. El copiloto gastaba idénticas pelambres, y no se había quitado el gorro de paja. Los dos eran gordos, las camisas estaban salpicadas por manchas de humedad y olían poderosamente a sudor.

El *outback* no había alcanzado aquel verano la máxima de cincuenta y ocho grados de El Azizia, en Libia, pero era uno de los lugares más calurosos del globo. En Mareeba, todos llevaban sombreros de ala ancha o pañuelos como piratas. Para la supervivencia de un mamífero es más importante proteger el cerebro que la piel, además de disponer de agua, y por eso muchos animales australianos se lamen continuamente, para que se evapore su saliva en vez de los líquidos interiores, y los canguros exhalan aire por las narices a temperatura más baja que la corporal, reduciendo la evaporación. Entre los que han sabido adaptarse a esta latitud, e incluso la amortizan, están las serpientes. Se arrastran por todas partes y no cuesta imaginar el período de *reptilfobia* que amargó a los colonos británicos, animándoles a importar de África unos grandes pájaros llamados secretarios con la intención de eliminar todo lo que reptara. Pero no salió bien, y hoy casi cualquier australiano que vaya de paseo por áreas no urbanas, y sobre todo si es de noche, debería calzar botas y llevar linterna, porque las serpientes disponen de órganos sensibles al calor que detectan radiaciones infrarrojas.

Coches con larguísimas antenas zumbaban de tanto en tanto por un desolado barrio en las estribaciones de Mareeba, junto a la infinita vía del tren y los campos deportivos. Sobre el asfalto había un reguero de ranas aplastadas cuyas carcasas secas hacían *cronch* al paso del último remolque transportando una lancha, un *quad* o una jauría de perros.

Un grupo de adolescentes en bicicleta se me quedó mirando: caminar por aquella zona era extraño. La pobreza de algunos barrios se expresaba en los jardines con exceso de breña y en los listones rotos o despintados de las casas, aún más sucias debido a las deposiciones de los pájaros, que estaban por todas partes. Destacaba la majestuosidad algo grullera de las cacatúas, que volaban en bandadas llenando el cielo de estridencias, y su anarquía y escándalo eran lo más llamativo de aquellas tardes planas de juego y alcohol.

En el Mareeba Leagues Club, como en tantos otros clubes sociales, un sábado por la tarde se bebía cerveza en familia, también algunos mocosos daban un par de tragos, mientras se apostaba en las carreras.

Jugadores empedernidos se retrepaban frente a las máquinas cuyos botones pulsaban semiinconscientes junto a carteles que recomendaban entrar bien vestido, prohibiendo el uso de sombrero y sandalias. Parecía un estertor de moralidad para ¿aliviar? la obscenidad intrínseca de la ludopatía.

En la otra orilla del río Barron se extendía el pseudochabolismo aborigen. Para llegar había que descender una colina, cruzar el río, subir otro repechón. Los aborígenes que poblaban el barrio no se acababan de entender con los colonos y, cuando los divisé en su gueto desde el lado «blanco» del río, deambulando en un silencio visible, intuí por qué tantos australianos desconfiaban de mejorar la relación entre unos y otros. Había demasiada incomprensión y rencor de por medio, y estaba claro que cada uno quería cosas distintas. El arqueólogo Jordi Serrallonga había tenido grandes dificultades para tomar contacto con la tribu a la que pretendía estudiar. «Eran reticentes a cualquier investigación porque otros equipos de científicos —me había dicho—, casi siempre anglosajones, les midieron los cráneos e hicieron cosas por el estilo, tratándoles, más que como a personas, como a cobayas. Desde entonces, no querían saber nada de los blancos».

En eso pensaba al deambular por un desierto estanque con patos. Durante cinco o seis minutos bordeé el césped bien podado y las rocas dispuestas con un equilibrio oriental. Y, al final de Granite Creek, de repente me encontré rodeado de aborígenes. No los percibí hasta entonces. Uno de ellos me había pedido un cigarro al pasar bajo un puente, pero había muchos más, cada uno retrepado en un banco o un árbol, todos solos, a bastante distancia uno de otro. Me miraban a la sombra de aquella tarde cada vez más oscura y ventosa. Sus ojos destacaban en la penumbra creciente, inmóviles como estatuas, transmitiendo cuánta verdad había en esas historias sobre su sentido casi escalofriante del aislamiento, del misticismo. «Tienen cierta afinidad con su paisaje vacío», había sugerido la escritora y viajera Jan Morris. Pero había algo más: aquellos aborígenes no estaban en «su paisaje», sino absorbidos por el que les habían impuesto unos extraños. Y eso, la expulsión de su viejo paraíso, había cargado aquella idiosincrática soledad con una variante fatal de la tristeza: la resignación. La aislada impotencia contenida en los hombres dispersos por Granite Creek hacía pensar en su más que probable e inminente desaparición.

Estando ahí, me había costado verlos.

Años más tarde, la lectura de un episodio vivido por Lawrence Osborne en Dubái desencadenó estimulantes asociaciones entre lugares visibles desde el espacio exterior y colosales realidades terrestres que pasan desapercibidas. En *El turista desnudo*, Osborne

describe cómo el turismo ha homogeneizado los viajes, los destinos, privándolos de cualquier sorpresa, y subraya el contraste entre la antigua idea de viajar y la moderna emprendiendo una ruta por las mecas hoteleras del planeta que concluirá en Papúa Nueva Guinea, más o menos el último país sin infraestructura turística de la Tierra.

En Dubái, Osborne visita el espacio donde una constructora local ha empezado a erigir «tres gigantescas penínsulas artificiales con forma de palmera que alojarían una galaxia de hoteles, complejos turísticos, urbanizaciones de casas ajardinadas y zonas de ocio. Las Palmeras sobresaldrían del golfo Pérsico y podrían verse desde el espacio exterior. Al parecer, para Maktum (se refiere al jeque Mohamed bin Rashid al Maktum, impulsor de Las Palmeras) es muy importante que sus queridos proyectos urbanísticos sean visibles desde el espacio exterior».

Las Palmeras artificiales compartirían el privilegio de la visibilidad estratosférica con la Gran Barrera natural, símbolos de naturalezas antípodas, una en auge y la otra no. Además, en torno a Las Palmeras se había empezado a construir un conjunto de islas consecuentemente artificiales «que formarían un inmenso mapa del mundo, pues cada isla tendría la forma de un país. Las islas iban a venderse a promotores que, a su vez, construirían en cada una de ellas algo singular, típico de la "nacionalidad" de la isla en cuestión. Un hotel mini-Meca en Arabia Saudí, un cine Torre Eiffel en Francia… El proyecto se llama El Mundo».

Osborne circunnavegó El Mundo acompañado por un entusiasta guía y, al pasar junto a Australia, preguntó si podía ver Papúa Nueva Guinea.

«—¿Papúa? —preguntó la tripulación.

»—Es la segunda isla más grande del mundo —les informé.

»—Nunca he oído ese nombre —dijo Khudr—. Estoy seguro de que no la tenemos».

Osborne procedió a detallar algunas características de aquel país desconocido por sus anfitriones.

«—Parece una mierda de sitio. —Kuhdr sonrió—. Si tuviésemos una Papúa Nueva Guinea, ¿cómo la venderíamos?».

La falta de atractivo comercial papuana había eliminado al país del mapa convirtiéndolo en una realidad invisible.

Pocos días después llegué a Cairns, la ciudad que demarca el límite entre la vida tal y como más o menos la conocemos en Occidente y la *terra ignota* que se extiende al norte, la península de Cape York. La utopía de «un mundo de coral» había superdesarrollado el hippismo y la vida al sol en Cairns, tocada por una atmósfera de facilidad y

vanguardia con fiestas interminables que traspasaban madrugadas para alcanzar chapuzones de mediodía en la piscina interior del Gilligan's —un *megabackpackers*— o en la gran laguna de la Esplanade, que, caracterizada como una playa artificial, paliaba la falta de un buen mar donde bañarse.

De la sostenibilidad de la Gran Barrera depende la pervivencia de este mundo, turismo incluido, y quizá por eso los murales y establecimientos de Cairns se habían empapelado con carteles que anunciaban un Blog Action Day en el que al menos siete mil blogueros habían sido convocados para opinar sobre el medio ambiente mientras se esperaba con ansia que el viento del sudeste hiciera llegar los monzones, a ver si alteraban aquella sofocante humedad.

En Brisbane y Gold Coast la preocupación era mayor: la prolongada sequía y las inclemencias del final del verano podrían traer una tormenta de arena el domingo. Y si alguien leía *The Australian*, podía caer en la depresión al saber que el país estaba tomando medidas sin precedentes contra la sequía. La alarma había saltado en Melbourne, Sídney, Gold Coast, Adelaida y Perth, donde se había construido una planta desalinizadora para potabilizar agua marina a marchas forzadas. Sídney estaba utilizando la misma cantidad de agua que en 1974, aunque en 2007 tenía un millón más de habitantes. El descenso de los cultivos de cereal, las cabezas de ganado ovino y la producción de leche era fenomenal.

Por eso, la ABC TV acababa de enviar a su presentador estrella, John Doyle, junto con el científico Tim Flannery, elegido australiano del año, a recorrer «el lejano norte», de Cooktown a Broome, para observar los efectos del cambio climático y las crisis del agua. El calor estaba asando los corales. Su temperatura óptima oscilaba entre los veintiséis y los veintisiete grados, pero cada año subía y se calculaba que a finales de siglo la Tierra sería seis grados más caliente.

En 1998, el año más caluroso del siglo pasado, la temperatura global ascendió un grado, expulsando las algas que daban color y alimentaban a un 16 por ciento de los corales del planeta, y matándolos. La proliferación de ciclones y tsunamis también había disminuido otras formaciones coralinas, de modo que, entre unos ataques y otros, más del 90 por ciento de los corales de las Seychelles y algunas islas de Indonesia, por ejemplo, ya son historia. En otras latitudes, el trastorno climatológico cobró forma de tsunami y casi aniquiló los arrecifes de las islas Andamán y Nicobar (India), solo superado en magnitud por la propia Gran Barrera.

De todas formas, Charles Darwin señaló en una carta a su colega Asa Gray que, al margen de los accidentes, para sobrevivir es más importante la acción mutua entre especies que el clima. Suponiendo que esto fuera cierto, la suerte de los corales se prevería igual de

nefasta desde que en los años sesenta y setenta los cazadores de *souvenirscasi* liquidaran la población de tritones. El tritón es un controlador natural de las poblaciones de estrellas de mar, feroces devoradoras de corales. Una estrella de mar adulta mide ochenta centímetros de diámetro y digiere su equivalente en coral duro a diario, desplazándose con agilidad en pos de nuevos comederos gracias a sus veintiún brazos. Así que el exterminio de tritones disparó la población de estrellas, que mermaron peligrosamente el número de corales. Cuando viajé a Australia, la actuación de las autoridades había logrado que empezara a restablecerse el número de tritones, aunque se calculaba en cuarenta años la recuperación de los corales afectados.

Pero, al margen de Darwin, el aspecto más gráfico y horrible de la destrucción lo continuaba, lo continúa, procurando el calor. Porque si el coral se desprende en masa de las algas, emprenderá un proceso de decoloración que se consumará con la panorámica de un esqueleto escalofriantemente blanco extendido a lo largo de kilómetros. Y kilómetros. Y kilómetros.

La incursión en los territorios salvajes de Cape York desencadenó un alud de asociaciones entre las imágenes y las ideas que había ido acumulando durante semanas. Resonaba en mí la posibilidad de trazar mapas diseñados con canciones aborígenes cuando abordé una nueva lectura de *Las ciudades invisibles*, donde Italo Calvino decía:

«—Los signos forman una lengua, pero no la que crees conocer.

»Comprendí que debía liberarme de las imágenes que hasta entonces me habían anunciado las cosas que buscaba: solo entonces lograría entender el lenguaje de Ipazia».

La noche después acampé en Weipa, una tormenta prodigiosa inundó mi tienda de campaña y hallé a Calvino flotando en su interior. Los días siguientes traté de recuperar ese libro guardián de maravillas, incluso con caricias. Fue emotivo mimar así a *Las ciudades invisibles*, proporcionarle cuidados, pasar las hojas despacio y exponerlas al viento, hasta verlo renacer. Su lectura rebrotó fresca, además de húmeda, porque las hojas desprendían el poderoso olor del papel pintado, tan vinculado a mi infancia, a mi familia, a mi padre, que se ha ganado la vida pintando las paredes de mi ciudad.

«Cada ciudad recibe su forma del desierto al que se opone», había escrito Calvino, y la frase refulgió en la carretera hacia Batavia Downs. La tierra estaba firme sin levantar polvo, tras la tormenta. Aparecían lagunas esporádicas o arroyos algo crecidos que Harry, el conductor que me guio por el norte, vadeaba despacio. De vez en cuando, se apeaba del camión, se acercaba al agua y, tras sopesar la mejor alternativa, cruzaba. Había grandes árboles arrancados de cuajo

con grumos de arcilla fresca adheridos a las raíces. Nos sobrevolaban pájaros de colores y, superado Batavia Downs, surcamos un larguísimo corredor de termiteros de al menos dos metros de altura. Era impresionante e intimidador saberse rodeado por insignificantes multitudes capaces de levantar tamaña ¿ciudad? Las termitas ejercían de señoras de aquel reino y, aunque no fueran exactamente hormigas, hacían pensar en los 10.000 billones de hormigas que había en la Tierra, pesando lo mismo que 6.500 millones de seres humanos; y en lo indispensables que son. «Deberíamos tener más respeto por los pequeños seres que hacen funcionar el mundo», había señalado Edward O. Wilson, añadiendo que su supremacía ecológica las hace singularmente susceptibles de ser transportadas por el hombre, e igual que los corales viajan en los cascos de los barcos, en el interior de las naves se mueven las hormigas.

Pero ¿qué sabíamos de ellas? Que la hormiga argentina y la de fuego han sido forasteras capaces de arrasar áreas completas de Australia. Que el movimiento mandibular de la hormiga horca es el más rápido del que se tiene constancia en el reino animal. Que el siglo pasado se identificó en este continente una de esas joyas perdidas —un diablo de Tasmania, un dodo, un carcayú de las hormigas—, llamada *Nothomyrmecia macrops*, en un hallazgo tan extraordinario que fue «como si alguien hubiera encontrado una manada de tricerátops pastando en alguna verde y remota estepa» (Brill Bryson). Que, a base de estudiar sus sociedades, Edward O. Wilson desarrolló el término *sociobiología* y por eso se le considera un digno actualizador de las teorías de Darwin. Que los aborígenes se inspiran en las hormigas para su técnica de pintura puntillista.

Y ahí lo vi.

En una galería de arte de Brisbane, yo había asistido a la inauguración de una exposición de pinturas y esculturas aborígenes, todas obras de mujeres. La artista Regina Briscoe intentó corresponder a mi interés dándome conversación, pero estaba insegura, fuera de sitio en aquella sala impoluta llena de desconocidos. Tartamudeó y ni siquiera le calmó hablar sobre cómo sus abuelos la enseñaron a desenterrar *maku* de las raíces de los árboles.

—También pintamos sobre los viajes —indicó en algún momento —. Viajando ves cómo cambian los árboles, la tierra. Luego vuelves a casa y eres feliz.

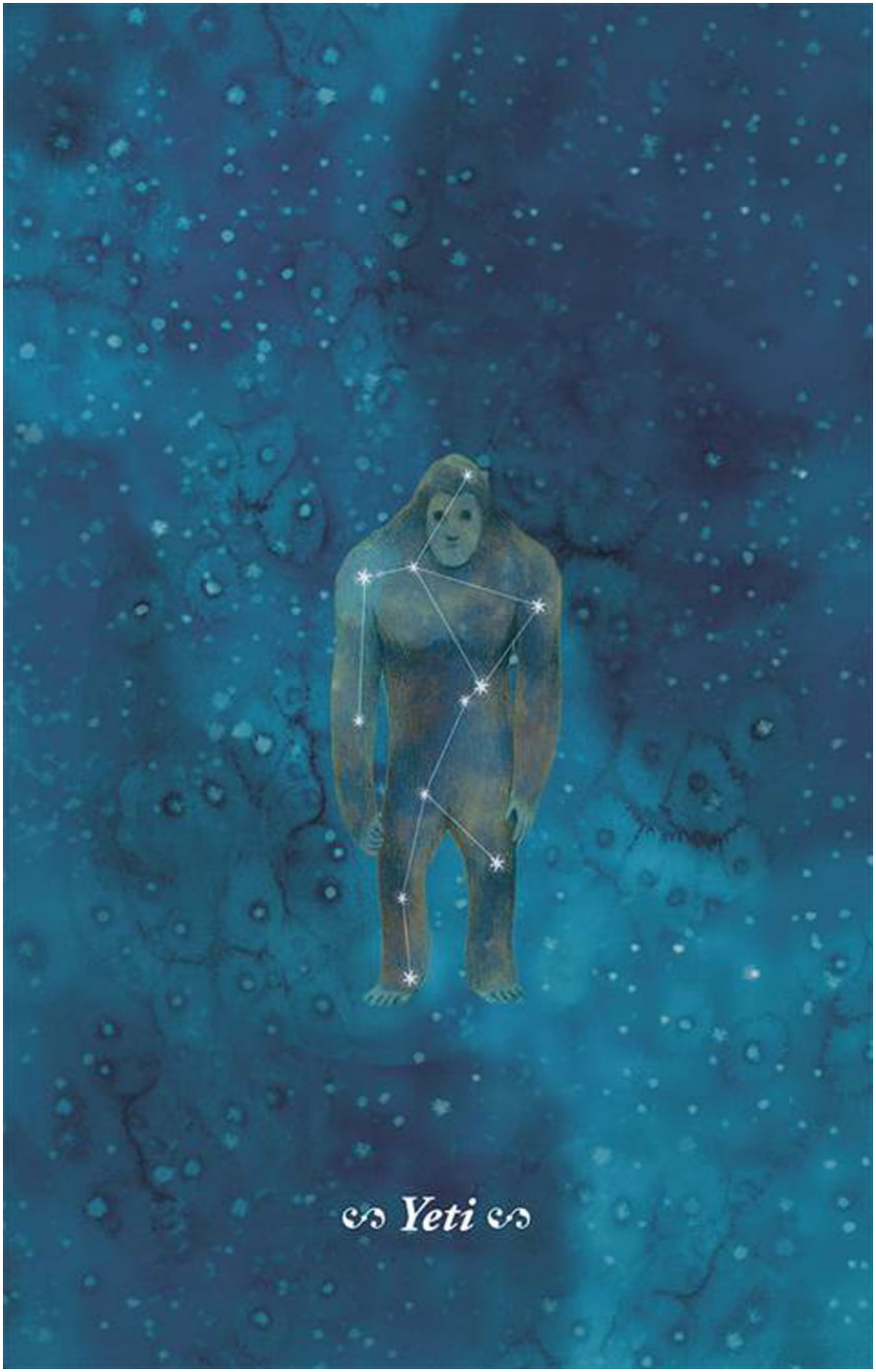
—¿Pintáis corales?

—No. Yo vengo del desierto. Pero habrá gente que sí… Se pinta lo que existe… en los ensueños.

El puntillismo colorista en la obra de Regina Briscoe, como en la de sus compañeras, era pura abstracción y poseía una fuerza hipnótica que despertaba emociones sensuales hasta el punto de dar ganas de

tocar las creaciones. Un punto más otro punto más otro punto. Punto. Punto. Punto. Punto. Y se levantaba una obra, a menudo de gran formato, emergida de algún lugar evidentemente instintivo y, por eso, arraigado.

En Cape York, una termita más otra termita más termita y termita y termita construían bosques, o quizá se deba decir ciudades, rascacielos, algunos de seis o más metros de altura. Canción y canción y canción y canción daban forma al vastísimo espacio llamado Australia. Pólipo unido a pólipo y a pólipo y pólipo y pólipo ofrecían un coral que unido a otro coral y coral y coral consumaban la asociación de vida más majestuosa sobre el planeta. La confluencia de cantidades inabarcables de seres insignificantes reportaba creaciones maravillosas, y fue ahí, en la Gran Barrera de Coral, donde comprendí que cada espacio se cuenta a sí mismo, y cualquiera puede acceder a la narración de un lugar si lo escucha, si lo observa, lo recorre con respeto y cariño. Yo buscaba una forma de contar la Gran Barrera, y de pronto, al fin, asumí que esa criatura era el resultado de la unión de infinitos seres minúsculos que en solitario habrían pasado desapercibidos, puntos aislados sin importancia, pero cuya suma ofrecía una verdad fundamental para preservar la vida en la Tierra. Así fue como el propio territorio me dictó la forma que debía dar a *En la Barrera*, un libro de pequeñas historias, encuentros, descripciones, historias breves como chispas —chispa más chispa más chispa—, centellas que podrían parecer independientes pero hallarían su unidad al articularse en torno a una bestia marina que muy pocos saben que lo es, y donde hallé la inspiración para firmar algunas de mis páginas más preciosas.


Yeti

—… y entonces dejó todo: los estudios de Zoología, el Museo de Historia Natural, y se fue a Pakistán… a buscar al yeti —dijo la editora a la que encontré casualmente en una cafetería una noche tibia de invierno. Luego mencionó el nombre del protagonista, Jordi Magraner. Y preguntó si podría interesarme escribir esa historia, algo que podría estar en la línea de *Hacia rutas salvajes*, el libro de Jon Krakauer sobre un joven viajero entusiasta pero aún inexperto que se adentró solo en Alaska.

El yeti. Dudé que mis simpatías por lo excéntrico bastaran para dedicarle demasiado tiempo a un individuo capaz de buscar al yeti en el Hindú Kush. Ya había suficientes libros sobre soñadores y obsesos similares, y el hecho de seguir los pasos de un individuo que había muerto degollado mientras intentaba localizar al hombre de las nieves, desprendía un aire entre insensato e inútil… que sin embargo poseía un no sé qué seductor.

Tras varias semanas de pesquisas, acepté la propuesta. La aventura de Magraner me abdujo, y es que solo en ese estado habría sido posible abordar aquella historia. Cada pasmosa puerta que abría me llevaba a otra aún más sugerente, y todas crecían a partir de una idea que millones de personas habrían considerado entre divertida y absurda como es la existencia de un bípedo corpulento completamente cubierto de pelo sobre el que hay miles de leyendas pero ninguna prueba fehaciente de su corporeidad.

Acepté sin cerrar fecha de entrega del texto, porque la historia prometía derivaciones que exigirían un tiempo indeterminado. La investigación terminó ocupando tres años, llevándome varias veces a Francia y a aterrizar en el valle pakistaní, donde arriesgué mi vida.

En tibetano, *yeh* significa «bestia salvaje» y *teh*, «lugar rocoso». El yeti es la suma de ambos significados, además de una leyenda. Existen cientos, quizá miles de testimonios que aseguran haber visto a la criatura, algunos incluso tuvieron encuentros con ella, y las descripciones más o menos coinciden. El yeti habitaría en elevadas y recónditas zonas de montaña y su nombre difiere en función del área donde se avistó. En el Hindú Kush le llaman barmanu, que se puede interpretar como «el robusto», «el gordo» o «el musculoso».

—Si no te duermes, vendrá el yeti y te comerá —dicen a sus hijos los padres de las montañas. Porque para ellos, la bestia es real. Y le

conceden el rango de monstruo.

Una de las hipótesis del asesinato de Magraner, en agosto de 2002, era que lo habían ejecutado talibanes a quienes incomodaba su presencia, aún más teniendo en cuenta que vivía a menos de tres horas de donde se vería por última vez con vida a Osama bin Laden, cerebro de los atentados terroristas que destruyeron las Torres Gemelas de Nueva York en 2001. Vincular el «monstruo» que Magraner buscaba con los «monstruos» que quizá acabaron matándole fue una asociación automática que alimentó la narración que escribí.

Después de ser tolerado por la madre y una hermana de mi investigado, se me permitió inspeccionar el dormitorio que había pertenecido a Magraner en la casa familiar de Valence. Y en aquel cuarto me sumergí en una epopeya que avanzaba de la mano de un ser fuera de norma pero «posible», ostentador de una anormalidad tan radical que hacía pensar en formas híbridas improbables y en seres remotos, salvajes, que, existiendo, quizá nadie hubiera visto todavía.

En ese cuarto acabé de asumir cuántos interrogantes se ciernen aún sobre la Tierra. Cuántas especies nos resultan aún desconocidas, y de cuántos territorios se sabe muy poco, desde Papúa Nueva Guinea al Amazonas o la parte alta de muchas grandes cordilleras y tantas simas oceánicas donde habitan seres que nos sorprenderían, aunque quizá ya alguien los haya imaginado. Allí fue donde me pregunté en qué creemos. En qué no. O: ¿qué es un monstruo?

El diario, las cartas y algún periódico de la época constataban que Magraner y su amigo, el fotógrafo Yannick L'Homme, habían llegado al Hindú Kush el 6 de diciembre de 1987 en busca de nuevas especies animales, sobre todo de pájaros, reptiles y batracios, además de pretender estudiar a las cabras de la región, los tigres, osos, lobos y al leopardo de las nieves. Al principio, Magraner no aludía al principal objetivo de la misión: la posibilidad de encontrar rastros de pies relativamente humanos.

El 26 de marzo de 1988 mencionó por primera vez al yeti en su diario a propósito de una conversación con un cazador durante una tormenta de nieve. No se extendió sobre el instante, pero denotaba que la búsqueda había comenzado. A partir de ahí, la bestia empezó, de alguna forma, a materializarse.

Como Magraner llevaba diarios de sus expediciones, supe que en enero de 1990 había comprado un par de caballos además de algunos asnos, ideales para subir montañas. Los bosques de las partes bajas sufrían la tala incontrolada de árboles, obligando a muchas especies animales a trasladar su hábitat a las regiones altas, donde se suponía que habitaba el esquivo y solitario barmanu.

Esas zonas son casi ignotas para el hombre. Durante la primera incursión, los expedicionarios saludaron a algunos *Chitral scouts*, el cuerpo del Ejército pakistaní que velaba por la seguridad de la frontera afgana. Más arriba, franquearon garitas de vigilancia abandonadas. A partir de ciertos picos solo encontraron gudjares. Estos pastores nómadas de físico y dialecto hindú, vivían recluidos en pastos a menudo solo accesibles a las pezuñas de las cabras, los íbices, los marjores. Para los chitralíes, los gudjares pertenecen a una clase inferior de hombres, no importa que sean los mejores interpretando los sonidos del monte, ni que hayan desarrollado los sentidos hasta niveles inconcebibles para la mayoría de humanos. Muchos se rigen por una moral antigua en la que el honor y la verdad resultan capitales. De modo que Magraner concedió a los gudjares el valor de testimonios clave. En una alforja de cuero guardaba los nombres de gudjares que decían haber visto o tenido encuentros con barmanus. En el mapa había señalado los lugares donde podían encontrarlos.

Los exploradores entrevistaron a testigos de cuyas descripciones obtuvieron dibujos que igual recordaban a grandes simios que a osos vestidos; a hombres prehistóricos que a individuos de diferentes razas o deformes. Disfrutaron de un eclipse total de luna. Caminaban con raquetas al anochecer, cuando la nieve se endurece. En los días del Hindú Kush había una promesa de grandeza. Estaban orgullosos de atreverse a vivir así, de concederse semejante licencia para soñar.

Comían lo justo. Si había suerte, puede que un pastor les invitara a té negro y salado con galletas de maíz. Uno de ellos les habló de unas huellas en la nieve, y les acompañó hasta las inmediaciones del pueblo de Kanderi.

—Ahí —dijo el pastor señalando una hilera de manchas que se perdían en el bosque. El sol había alterado ligeramente el rastro y una leve capa de nieve fresca empezaba a cubrirlo, pero no había duda. Las dimensiones de las huellas eran obviamente extraordinarias. Los hombres se miraron trastornados antes de medir las pisadas.

—Esas huellas son de un pie desnudo —dijo el pastor—. Ningún hombre marcha descalzo sobre la nieve.

Tomaron fotos que Jordi se apresuró a enviar a laboratorios científicos en París para que fueran autentificadas, y aunque la respuesta no fue determinante, a partir de entonces pasaron aún más horas, días completos, inventando métodos de investigación que le permitieran avistar al barmanu. Emprendió largas expediciones que incluían caballos cargados de alforjas y perros con paquetes atados al vientre. Pasó jornadas oteando bosques nevados con los prismáticos, los dardos narcóticos en los rifles, por si aparecía el barmanu. El ritmo de trabajo era altísimo. Comía a base de harina, leche en polvo y frutos secos, al margen de las plantas conocidas que de vez en cuando

cocinaba. Una noche vio un leopardo de las nieves, y otra escuchó, en dos ocasiones, el rugido de una bestia no identificada que desató sus esperanzas e incluso las mías, volcado como estaba en escrutar sus progresos desde la habitación de Valence, rodeado de fotografías y folios, anhelando un hallazgo que, como yo ya sabía, no iba a lograr.

De cualquier modo, descubrí que en un momento de su investigación, una influyente científica del Centro Nacional para la Investigación Científica francés le había defendido ante los compañeros sarcásticos, costeando incluso alguna de sus expediciones. Y que Jordi había llegado a desplegar sus papeles frente a un auditorio de laringólogos en la Universidad de Cambridge para explicar su teoría sobre un diseño mandibular distinto en la cara de los neandertales. Habló de un hueso, el esfenoide, cuyo crecimiento habría permitido aumentar la cavidad oral, alterando el funcionamiento del aparato fónico en los hombres primitivos. La capacidad de articular sonidos complejos habría favorecido un rápido desarrollo del cerebro, dando lugar a un pensamiento superior del que derivaría la conciencia.

The Daily Telegraph comentó la conferencia, y los meses siguientes recibió numerosas muestras de apoyo para su próxima expedición. Por fin, pensó Jordi. Había llegado la hora de dar el salto. Pero no fue así.

En cualquier caso, Magraner había elaborado una teoría verosímil gracias a una convicción fantasiosa, según algunos. El trabajo exhaustivo, el sondeo incansable de alternativas, la búsqueda de lo inencontrable, le acercó a un descubrimiento real, objetivo, como el que en julio de 1993 realizó el etnólogo Michel Peissel. Magraner lo leyó en el periódico *Libération* bajo el titular «Encuentran al caballo del yeti». Peissel había localizado una nueva raza de caballos a cinco mil metros de altura, en el antiguo reino tibetano de Nangchieng, en la provincia china de Qinghai. Eran animales pequeños con una capacidad pulmonar hiperdesarrollada, capaces de recorrer noventa kilómetros al día en aquellas estepas de oxígeno rarificado.

«No se parecen a ninguna raza de caballos de la región, ni a mongoles ni a cosacos. Constituyen realmente una familia específica», declaró Peissel, a quien esponsorizaba la Fundación Loel Guinness. Peissel había recorrido cerca de cuatro mil kilómetros en una primera expedición, y llevaba otros seiscientos kilómetros y veintidós días de viaje de la segunda cuando se apuntó el hallazgo. Venía de franquear cinco cadenas montañosas con varios picos de cinco mil metros y de acceder a una zona aislada a la que el Gobierno chino había prohibido el acceso a principios de los años cincuenta. Hay menciones a esos caballos en archivos chinos del siglo VI.

La adrenalina de Jordi se disparó. Peissel, uno de su estirpe, lo había conseguido. Creyó que era posible.

Entre la información relativa a la perseverancia de Magraner en la búsqueda del yeti, hay dos documentos ilustrativos. Uno se registró para televisión, *Sur la piste de l'homme sauvage*, el documental que años más tarde emitiría la cadena Arte. En él se ve cómo el pequeño Shamsur, el que fuera fiel ayudante de Magraner, se acerca a la casa de un gudjar. En aquellas montañas, los desconocidos se arriesgan a recibir un disparo, excepto si son niños. Shamsur saluda a una mujer en el umbral, le pide agua y presenta a Jordi, que aguarda a prudente distancia. Algunas casas de gudjares se sitúan en laderas empinadísimas y pedregosas donde la niebla a menudo es constante. Se antojan lugares solo aptos para cabras, pero en ellos también viven personas fieles a un estilo primitivo. Personas que saben escuchar los abismos que les rodean, manejar las manos, buscar y fabricar comida. Han visto criaturas y experimentado situaciones que desde la ciudad pueden parecer increíbles. También viven a otra temperatura, lo que Jordi, tan reacio al calor, agradecía especialmente en verano. Por la noche encendían fuegos a cuya lumbre el aventurero lanzaba las sesenta y tres preguntas de un cuestionario buscayetis confeccionado por él mismo antes de mostrar la retahíla de dibujos de presuntos barmanus para que cada pastor identificara más o menos a su *hombre*.

A Purdum Khan, Jordi le había entrevistado casi siete años antes y deseaba comprobar la solidez de su relato. Pero esta vez, con una cámara filmando. Purdum Khan relató más o menos lo mismo que la primera vez.

—Lo vi de repente porque me daba el viento en la cara y me alertó el olor. Estaba abajo, en la montaña, sentado a punto de comer. Removía en el suelo cosas pequeñas que se llevaba a la boca. Era fuerte. Tenía un pelo largo que le caía sobre los hombros. Estaba agachado ahí, ahí, delante de mí. Cuando se dio cuenta de que no estaba solo, cogió una piedra, se levantó y se fue. Fue mi perro el que lo hizo huir, bajaba de la montaña con el rebaño.

Luego, Magraner repitió las mismas preguntas formuladas siete años antes sobre la estatura, el pelo, la nariz, los ojos, los dientes de aquel ser… y Purdum Khan respondió como entonces, aunque con menos detalles.

A Mohamed Khan lo entrevistaron otra noche después de cantar junto a la hoguera crepitante. El resultado también fue positivo, pero la niebla veló los montes durante varios días y los escasísimos pastores que encontraron después no estaban de humor para entrevistas, estáticamente atentos a los sonidos, rogando por que ninguna de sus cabras se extraviara en busca de hierba fresca o se despeñara por los abismos. Uno de ellos, Ilal Khan, aceptó olvidarse de la niebla durante unas horas respondiendo a las sesenta y tres preguntas. Magraner

había recogido cincuenta testimonios en siete años, pero el de Ilal Khan iba a ser uno de los más esperanzadores.

—¿Cómo tenía la nariz?

—Ancha. Y larga. Muy ancha. Con grandes fosas abiertas. Parecida a una nariz de tayiko.

—¿Y los dientes?

—No eran grandes. Tenía unos colmillos blancos. No como el perro, eran pequeños.

Los colmillos pequeños emparentaban a la criatura con los hombres. Cuando Magraner esparció sus papeles sobre el suelo, el hombre alargó una de sus estriadas manos hacia el dibujo de un *Australopithecus*: el mismo que había señalado el pastor Mohamed Khan.

Cuando Ilal Khan señaló el lugar exacto donde había visto al barmanu, uno de esos lugares adonde descienden las poblaciones que saben cazar y conocen los vegetales comestibles, con aguas de las últimas nevadas, champiñones, pikas —esos pequeños conejos— y grandes lagartos, varias piezas encajaron, todo cuadró. Incluso yo, al ver en la pantalla cómo ese hombre señalaba el mismo dibujo que había indicado el gudjar anterior, sentí un trallazo de emoción.

Cualquier antropólogo o genetista urbano descartaría esas pruebas tildándolas de fabulosas, pero ¿qué es la prehistoria sino un paisaje mental? ¿Cómo se atrevía un científico a juzgar lo que decían haber visto docenas, quizá centenas de pastores indígenas? De hecho, la científica que apoyaba a Magraner pedía a sus colegas que hicieran un esfuerzo por entender las fantasías ajenas, convencida de que una ciencia sin imaginario es una ciencia sin genio.

El científico Barry Lopez comparte este punto de vista, sobre el que reflexionó a fondo al leer a propósito de una criatura legendaria en China, un símbolo de todo lo admirable e ideal llamado *ki-lin*. «Con nuestra propia percepción aristotélica y cartesiana de los animales como objetos —escribe Barry Lopez—, nuestra concepción religiosa de los mismos como meros receptáculos de la simbología humana, el obcecado empeño con que intentamos desentrañar sus misterios, no somos una cultura capaz de tomarse demasiado en serio al *ki-lin* […]. El *ki-lin*, para mí, simboliza una noción muy buena y pertinente: un ser al que nadie puede poseer y que ofrece sus servicios a los humanos cuando estos tienen necesidad de su sabiduría; una criatura que induce a la dignidad y el respeto en las relaciones humanas, que subraya el misterio fundamental que toda forma de vida opone al análisis».

El otro hito de las exploraciones de Magraner lo señaló Yves Bourny, jefe de la oenegé AMI (Aide Médicale Internationale) en

Pakistán, durante una de las entrevistas que me concedió. Bourny contó que, entre julio y agosto de 1998, la ofensiva talibán sobre Kabul había obligado a AMI a retirar a su personal en Afganistán. Como el resto de equipos humanitarios, los cooperantes se replegaron en la base de Peshawar.

Bourny mantuvo varias reuniones con sus colaboradores intentando discernir hacia dónde debían apuntar los esfuerzos. Los corredores afganos estaban bloqueados por la guerra y, además, la crisis de Kosovo había requerido el desplazamiento de gran parte de los materiales y el personal de AMI a Europa, dejando a la delegación pakistaní bajo mínimos. Pero había que reanudar de algún modo la ruta que permitiera el envío de víveres y medicamentos al Panjshir, o mucha de la gente atrapada en el valle no superaría el invierno.

En anteriores encuentros, Magraner había sugerido formas de acceder a Afganistán. Las ideas del zoólogo y su determinación a la hora de enfrentar posibles expediciones anidaron en Bourny. Realmente, ¿quién controlaba el terreno mejor que Magraner? Él conocía cada valle, a cada comandante, a cada pastor. Y no era afgano, tayiko, pastún ni pakistaní, así que ninguno podía sospechar que perteneciera al otro bando. Con su carácter, podría resistir la presión de cada uno de esos jefes de valle que exigían dejar una parte de la carga como peaje si el convoy quería continuar. Por eso, los responsables de AMI contrastaron con Jordi si era factible cruzar el Hindú Kush hacia el Panjshir con medicinas.

—Conozco a todos los mercaderes de lapislázuli que van y vienen de Peshawar al Panjshir con los burros cargados de piedras —le dijo a Bourny— y te aseguro que les va a interesar ayudarnos.

Pocos días después, Magraner se dirigía al bazar de Peshawar, donde pactó las condiciones con los mercaderes que participarían en la marcha. Luego, habló con los líderes talibanes que controlaban buena parte de la región. Y por fin se encontró con Masud, el León del Panjshir y bestia negra de los talibanes.

En primavera, un convoy de cuarenta burros salió rumbo al Panjshir. Conducidos por los mercaderes de lapislázuli, Magraner y su querido ayudante, Ainullah, atravesaron angostos desfiladeros e imponentes llanuras custodiando las medicinas y herramientas que debían ayudar a reconstruir el valle. En el Panjshir, fueron guiados hasta la extensión donde establecieron la primera base. Jordi y Ainullah acababan de abrir un corredor humanitario que en adelante utilizarían el Comité Internacional de la Cruz Roja y las Naciones Unidas.

La hazaña fue posible gracias a los miles de horas que Magraner había dedicado a rastrear las montañas hasta convertirse en el mayor experto de aquella región del Hindú Kush. Y su conocimiento de la

naturaleza y de los habitantes de la región facilitó un acto memorable de solidaridad colectiva. Por buscar al yeti.

Los estudios sobre la vida animal han determinado que la solidaridad se entiende por la búsqueda de alimento (y en este caso podríamos añadir «medicinas»). Son famosas las partidas de caza de los leones, por ejemplo. Los pelícanos también se agrupan para conseguir comida. Pero la solidaridad no solo alcanza a individuos de una misma especie. El hambre ha hecho que en algunas regiones lobos y licaones cacen juntos, y se cuenta que los neandertales salían con grupos de leopardos de las nieves a matar yaks. La naturaleza demuestra que los vínculos insólitos son más posibles cuando se trata de sobrevivir.

Apuntando a ese objetivo, y ya que hablamos de posibles ancestros humanos, resulta significativa la relación entre Copito de Nieve, Peter Jackson y King Kong: Copito de Nieve murió en 2003, después de haber inspirado el rostro del King Kong que Peter Jackson adaptó al cine en 2005. Jackson es nativo de Nueva Zelanda, uno de los países más activamente preocupados por la preservación de la fauna y el medio ambiente, y rodó su King Kong en pleno apogeo de las alertas mundiales que advertían sobre la ya indudable amenaza del cambio climático, incidiendo en el desprecio general hacia la naturaleza, y en la indiscutible responsabilidad humana en el asunto. Semejante deriva impelió a Jackson a comunicar un par de ideas, y para lograr el mayor impacto posible utilizó a King Kong.

El director de *El señor de los anillos* decidió antropomorfizar aún más al legendario simio diseñándole un rostro que fusionaba los rasgos de un actor con los de Copito de Nieve, pretendiendo que las expresiones de melancolía, cariño o miedo del humano se mezclaran con los rasgos casi familiares del gorila más socializado de la historia.

El Kong de Jackson desprende un no sé qué digital que de todos modos no entorpece la conexión con el espectador —quizá porque ya sabemos que Kong es demasiado grande para existir y aceptamos sin problemas ese plus algo cutre de ficción—, aportando un extra de intimidad. De todas formas, Jackson no hizo más que subrayar la simbiosis contenida en el *King Kong* original, la película que cambió tantas cosas sobre nuestra forma de ver a los animales.

Antes de *Kong*, las narraciones habían presentado a monstruos que obligaban a reflexionar sobre cómo la gente normal se relacionaba con ellos. Drácula, Frankenstein, el jorobado de Notre Dame, el Fantasma de la Ópera, Cyrano de Bergerac, la Bella y la Bestia… invitaban a sondear desde otras perspectivas la condición humana. Los «monstruos» podían ser feos, perversos, imprevisibles, pero todos ellos se guiaban por impulsos bastante lógicos, atendían a principios al fin y al cabo *razonables*, a un acervo común que nos permitía reconocer a

seres más o menos de nuestra especie. Aunque uno se hubiera convertido en vampiro y otro fuera un puzle diseñado con cachitos de personas muertas, cierta *humanidad* continuaba presente en cada uno de ellos.

Otro vínculo común a todos era que se ocultaban de la sociedad, más o menos. Algunos resultaban personas de carne y hueso que preferían evitar el roce coartadas por su impopular estética mientras otros se describían como engendros sin parangón en el reino de los seres vivos, hostiles al contacto frecuente con la gente normal y que, por su aspecto y recorrido, podrían catalogarse como *poshumanos* o, siendo menos intelectuales, como criaturas mágicas, pura invención.

Kong no. El rey Kong es un animal. Megavoluminoso, pero un animal. Su lógica es de bestia, si es que esto es posible. Es verdad que pertenece a una especie emparentada con la nuestra, pero —o quizá por eso— evitamos reconocernos en su primitivismo espeluznante, a la vez que su golpeo de tórax nos recuerda los atributos perdidos.

Como animal narrado, King Kong debía haber jugado en la liga del pulpo de *Veinte mil leguas de viaje submarino* o de Moby Dick, pero el gorila rompió el esquema a causa de la emoción. En 1933, las pantallas del mundo entero mostraron a un simio gigante enamorado, y percibirle este sentimiento, además de otros, lo aproximó a los humanos, modificando para siempre nuestra mirada sobre los animales.

El gran mono encandiló a los surrealistas en boga, que lo recibieron como un poema lírico, un canto al *amour fou* y a lo irracional. Aquella bestia peluda emergió además durante el despegue del psicoanálisis divulgado por Sigmund Freud, y redinamitó la moral convencional burguesa al toquetear a una lúcida, bella y sexy integrante de la especie presuntamente superior que, a su manera, se dejaba hacer. Pero la aparición del supergorila también modificó otras cosas:

• King Kong demuestra que el solitario de carácter arisco no tiene por qué ser malo. Al contrario, es él quien nos va a enfrentar a una maldad mucho más objetiva: la que habita en nosotros, la comunidad civilizada.

• King Kong evidencia que la naturaleza es tan pura como pensábamos, y menos dañina de lo que algunos habían insistido en contar hasta entonces. Nos conecta con esa animalidad latente que de vez en cuando percibimos en nosotros mismos, refugio de unos sentimientos limpios que el siglo XX parecía empeñado en enterrar bajo montañas de ambición e hipocresía.

• Y subraya la calidad de la percepción femenina, porque Ann es la única persona capacitada para detectar, para sentir, la bondad

intrínseca del «monstruo». Los demás, cegados por la intimidante fachada del bruto y sus rugidos, solo quieren matarle.

Conclusión: Kong ha sido la bestia moderna que mejor nos ha reconciliado con nuestra animalidad, la que mejor nos la ha recordado. La historia del mono se estrenó en el intervalo entre las dos guerras mundiales, de manera que hoy el simio sobresale aún más como emblema de una saludable aunque martirizada lógica primordial en medio del desnortamiento humano: Kong amó rodeado de personas absortas en ideas de victoria y muerte.

Contra la soberbia y autocomplaciente opinión de la superioridad humana, el rey mono viene a señalar que el mal no es cosa de feroces animales salvajes, sino que se trata de algo en general más elaborado, y por eso en estrecha relación con la sofisticada humanidad. En definitiva, King Kong proclamó que el mal había cambiado de especie. Que el mal era el hombre.

Durante siglos, narradores como Mandeville o el propio Homero e instituciones como la Iglesia indujeron a asociar «lo siniestro» del reino animal con bestias ignotas, Freud lo definió como «algo que, debiendo haber quedado oculto, se ha manifestado», y por eso la localización de King Kong, «ogro» radicado en una isla remota y casi inaccesible destinado al anonimato perenne, supone una revolución al ponernos ante el espejo primitivo —a fin de cuentas provenimos del mono— para insinuar que lo siniestro es cosa, sobre todo, ya está dicho, de hombres.

De ahí que un Peter Jackson advertido de la antinatural deriva que estaba tomando el planeta, multiplicara esfuerzos para evidenciar las óptimas prestaciones de nuestro bruto antepasado recurriendo a la cirugía digital. Fundiendo las arrugas de Copito con las de un hombre, Jackson arrancó una nueva pizca de empatía entre el público. Consciente de que el poder transformador de conciencias que en el pasado jugaron científicos como Alexander von Humboldt, poetas como Walt Whitman o filósofos como Henry David Thoreau estaba ya en manos de los directores de cine y de sus equipos de diseño multimedia, Jackson apostó por un *blockbuster* pensado para afectar la conciencia medioambiental de los espectadores. Apiadarse de aquel mono tuneado implicaba solidarizarse con todos los animales de la Tierra, y con los ecosistemas que los seres humanos estaban destruyendo a lo loco. De ahí que, al acabar la película, algunos espectadores tuvieran ganas de cambiar el mundo, de reinteresarse por los animales, etc.

El impacto de pasar tres horas frente a un inmenso gorila se disipaba en 2005 más deprisa que en 1933, pero aun así no cabe duda de que ambas versiones han influido en unos cuantos miles de

personas, yo entre ellas, que en parte hemos sido proyectadas hacia el mundo por el impulso King Kong.

Gracias a ese impulso, pude constatar cierta insania de nuestra especie al investigar el asesinato de Jordi Magraner. El hombre que había logrado unir a grupos beligerantes para suministrar ayuda a un pueblo desesperado, el mediador que por un momento hizo realidad auténticas alianzas contra natura, murió fruto de una conspiración en la que, todo parece indicar, participaron varios de sus vecinos.

El insólito poder de la historia de Magraner me impulsó a meter en la mochila una *shalwar kameez* y un gorro pastún prestados por uno de los hermanos Magraner y aterrizar en el valle de Chitral a finales del verano de 2009, mientras en el valle de al lado el ejército pakistaní ejecutaba una ofensiva contra los talibanes que intentaban implantar su ley. Aterricé con el encargo de la familia de poner una lápida en la tumba de Jordi, aceptando así que sus restos permanecerían para siempre en las montañas, y con la misión de entrevistar a cuantas personas pudieran explicarme historias sobre Jordi y su asesinato. Mi investigación desencadenó una serie de acontecimientos culminados por el asesinato de un hombre y el secuestro de otro, a manos de los talibanes.

Los días en el Hindú Kush fueron una de las experiencias más intensas de mi vida, de una plenitud en ocasiones agitada por el miedo atroz. Al volver, escribí *Sólo para gigantes* en un inédito estado de excitación y calma. Después, empecé a cambiar mi mundo, confirmando el inmenso poder transformador de las historias. Desde entonces, vivo y siento diferente. Se lo debo al yeti. Comprobar hasta qué punto la historia de un presunto loco obsesionado con el hombre de las nieves me había permitido hablar de cómo nos influyen las raíces y los sueños; de cómo la pobreza o la desesperanza incitan en un país a votar a la ultraderecha mientras en otro se dispara el número de criminales; de qué comían o cazaban o bailaban en el Hindú Kush, de las prácticas sexuales allí, de la cotidianeidad de una minoría pagana…, comprobar hasta qué punto podía narrarse la vida pivotando desde un animal de ensueño al que fidedignamente nadie podía probar haber visto, me hizo intuir una forma de contar el mundo que podía incluso convertirse en un proyecto vital.

Fue en ese período cuando compré un par de libros sobre animales, por diversos motivos, misteriosos. Páginas que introducían al ave Roc de Socotra o al monstruo del lago Ness, pasando por el dodo, el lobo de Tasmania o el milodón, además de especies en peligro que iban del rinoceronte de Java al leopardo de las nieves que Magraner había llegado a ver. Y fue durante una de aquellas lecturas cuando por primera vez articulé con intención las dos palabras que, intuí, eran el

principio de algo: *animales invisibles*.

Moa

En el rincón sur del Anillo de Fuego, la cordillera submarina de volcanes activos que atraviesa el océano Pacífico, se encuentra el antiguo País de los Pájaros, aunque sus primeros pobladores humanos lo denominaron Aotearoa. La voz común defiende que *Aotearoa* significa, más o menos, «el país de la larga nube blanca», y así es como los maoríes conocen a las islas que nosotros llamamos Nueva Zelanda. Donde, surcando nubes, llegué en busca de un pájaro.

Fue en marzo de 2013, después de cuatro años madurando el plan de perseguir animales invisibles. En esas fechas, ya había distinguido tres tipos de animales idóneos para el proyecto: de leyenda, extinguidos o aún vivos pero muy difíciles de ver. Encontrarlos no era lo fundamental, por algo resultaban invisibles, pero seguir su rastro serviría para adentrarse no solo en los territorios que habían habitado, sino también en la realidad y las fantasías de las sociedades que habían pensado en ellos. Pinturas, leyendas, canciones, amuletos, gastronomía, representaciones de todo tipo que tuvieran como protagonista al animal rastreado ayudarían a penetrar en el interior de los lugares con una intimidad distinta, y a través de un ser simbólico.

A su vez, había hallado en Jordi Serrallonga a un confidente, consejero y socio que, además de animarme a desarrollar la idea, me ayudó a seleccionar individuos susceptibles de ser investigados, me puso en contacto con una agencia de viajes que abarató los costes logísticos a cambio de trazar una ruta que permitiera entender las andanzas del pájaro en las islas, y facilitó libros y su luminoso conocimiento para familiarizarme con la bestia que un día había vivido en las antípodas: el moa.

Los informes aseguraban que fue el pájaro más grande sobre la tierra, alcanzando hasta los 3,7 metros de altura, uno más que los avestruces. Que se emparentaba directamente con el kiwi, la pequeña ave elegida por los neozelandeses como marca nacional. Que era el único pájaro conocido en cuyo cuerpo nada hacía pensar que alguna vez hubiera tenido alas, de modo que nunca pudo volar. Y por eso, entre otras cosas, los maoríes lo habían cazado hasta su extinción, hacía al menos cuatro siglos.

Aterricé en Auckland rodeado de hombres con camisas a cuadros que a menudo ceñían tirantes y hacían pensar en troncos. Una tibia brisa nocturna ventilaba las calles siempre anchas de una capital que traía ecos de Brisbane y algunos tramos de Hong Kong, por las

corrientes de aire, porque la rodeaban pronunciadas colinas y porque descendía hasta una gran masa de agua.

Era una urbe diseñada para integrarse en el entorno de manera natural. La gente paseaba cargando bolsas reciclables, menudeaban los vehículos ecológicos manejados por conductores que calzaban hawaianas, las bermudas eran una prenda extendidísima y las mochilas emergían como una prolongación anatómica autóctona equivalente al caparazón de las tortugas, a las jorobas del camello.

En el muelle, algunos de los que aguardaban los barcos a Davenport o a Tiritiri despachaban desde sándwiches vegetales a ostras con vino blanco para cumplir la obligación de no zarpar transportando comida a la isla que concentraba una insólita cantidad de pájaros inusuales, varios de ellos no voladores, como kakapos y kiwis.

Tiritiri Matangi se había constituido en una minirreserva natural perfecta para el turismo sobre todo ornitológico y las autoridades velaban a fondo por ese tesoro que representaban las aves terrestres, símbolo de lo que un día fue un reino de la inocencia tan exento de depredadores que ni los pájaros necesitaban volar. El murciélago constó como único mamífero a lo largo de centurias, hasta que los colonos desembarcaron con sus ovejas, sus ratas, gatos, conejos y el resto de fauna que desencadenó el desequilibrio, también varios exterminios. Aunque el del moa fue anterior.

Se barajaban razones para la desaparición del Gran Pollo y la principal señalaba a los maoríes, que lo cazaban para comer. Pese a la envergadura y la potencia de sus patas, el moa sucumbía fácilmente a las técnicas de derribo polinesias, pensadas para apresar una de las extremidades de la bestia e impedir que huyera mientras la alanceaban. La caza intensiva, la falta de alimento y el águila de Haast contribuyeron a reducir una población de entre 150.000 y 200.000 moas a cero. ¿Qué quedaba de él? Una ciudad fantasma llamada Moa Creek en la región de Otago; una marca de cerveza; cientos de miles de huesos repartidos por toda la geografía kiwi; y un recuerdo con frecuencia vago que resultaba bastante incomprensible teniendo en cuenta que el moa había formado parte de varios escudos, que fue la imagen de la Exposición Internacional celebrada en el siglo XIX y que los All Blacks, la selección nacional de *rugby*, lo utilizaron como emblema durante unos años. Sin embargo, el rastro del que fuera máximo representante de todas esas aves que la nación aspiraba a proteger, se había semiesfumado. Cabía preguntarse por qué.

«*Good morning kiwi*» es un saludo habitual en las mañanas neozelandesas porque los habitantes se identifican a fondo con esos pájaros diminutos de nombre afrutado, alas hipertrofiadas y

emparentados con su ancestro dinosáurico, el moa. El neozelandés tiende a la corpulencia, al bíceps y el gemelo relevantes, y, en fin, gasta tal majestuosidad en el catálogo de la especie humana que parece permitirse la ironía de proyectarse en la figura de esa ave huidiza, nocturna y de insignificante tamaño que encima no puede volar. De hecho, el kiwi está en peligro de extinción, como bastantes otros animales de Nueva Zelanda, donde se concentra el mayor número de pájaros incapaces de volar del mundo.

Volar. ¿Qué razones podían llevarte a no hacerlo? Aún más teniendo la posibilidad, porque los científicos no descartan que millones de años atrás aquellos moas, kiwis, takahes… poseyeran alas útiles. Charles Darwin había sugerido que muchas aves habían perdido las alas para sobrevivir en un entorno insular, donde su exposición a fuertes vientos era mayor y debían evitar ser arrastradas por ellos. Volar.

Como si desearan redundar en la idea, el centro de Auckland ofrecía la imagen de personas lanzándose al vacío desde la plataforma de la Sky Tower… sujetadas por unas cuerdas que impedían que se estamparan. Y a pocos metros, en plena calle, triunfaba otra atracción consistente en disparar hacia el cielo una cabina ocupada por tres pasajeros que gracias a unos cables ultraelásticos se quedaban un rato rebotando en el aire mientras en la acera los viandantes compraban el periódico que daba su portada al deportista Colin Aitchinson por batir cinco récords nacionales de vuelo.

Remontando los jardines que llevaban al Museo de Auckland, la limpia luz meridional aureoló las tibias de una mujer que leía la Biblia sentada sobre la hierba a pocos metros de donde un hombre fotografiaba un árbol inmenso. Fue un preámbulo adecuado para, ya en el museo, contemplar la reconstrucción del moa más grande de las dos docenas de especies que existieron. El coloso se levantaba junto a reproducciones de un ñandú, un casuario, un avestruz y un emú, todos grandes pájaros corredores dueños de extremidades capaces de matar. Pero inútiles para el vuelo. Una vitrina alineaba los huevos característicos de cada animal. La hembra kiwi ponía el huevo más grande del mundo en relación con el tamaño de la madre, y el del moa despuntaba simplemente gigantesco. Se habían hallado huevos de cincuenta y tres centímetros de circunferencia con capacidad para cuatro litros de sustancia, el equivalente a sesenta huevos pequeños.

El museo insistía en el imponente animalario neozelandés mostrando bestias superlativas como el weta, el insecto más grande de la Tierra, una especie de saltamontes de patas descomunales con sierras y colmillos agudísimos. Para los maoríes, representaba el culmen de lo feo y lo horrible, y organizaban peleas de machos weta como otros lo hacen con perros o gallos. Imaginando el combate a

muerte de los wetas fue fácil evocar la larga historia de batallas de unos maoríes temperamentalmente tan volcánicos como las Islas Temblorosas que habitaban. Según su tradición, el mundo empezó con una pelea. Y el héroe fundacional de Aotearoa fue un ladrón mujeriego que se lio con la esposa del hombre que le estaba salvando la vida. Esos inicios habían determinado una peculiar idiosincrasia donde la lucha y ciertas formas de rudeza poseían una relevancia especial.

Los días siguientes, vi a chicas haciendo *footing* con guantes de boxeo en Albert Park, mucha gente andando descalza por el asfalto y los parques, tatuajes a destajo, y a dos hombres que se habían grabado la cara. Los autobuses lucían publicidad de jugadores de *rugby* embistiendo con una expresión de furia. Maoríes y *pakehas* —nombre que reciben los descendientes de colonos— compartían la atracción por lo natural y lo duro, conviniendo en los beneficios de saber luchar. El moa debió enfrentarse a esta filosofía en un momento primitivo, cuando todo era aún más bruto. Lo hizo sin alas y sin instinto para el combate, de modo que pereció, como dijo un analista crudo, «por blandengue e indefenso».

Entré en la librería Unity Books imantado por la portada de *Moa*, el libro que quería comprar antes de encontrarme con su autor, Quinn Berentson, en Dunedin. Aproveché para preguntar sobre la vigencia del pájaro a la propietaria del local, que aseguró haber detectado un moderno interés por «el Pollo».

—Yo y los de mi generación —Jo McColl rondaba los sesenta años — no recibimos una enseñanza que nos explicara la historia de Nueva Zelanda porque éramos una estúpida parte de la Commonwealth y solo nos hablaban de Europa. Y tragábamos. Éramos un punto pequeño y arrinconado y eso nos hacía sentir pequeños. Teníamos ídolos europeos. Cuando mis hijos descubrieron las carencias de mi educación no se lo podían creer. De ahí que ellos, como muchos otros jóvenes que al fin están recibiendo clases sobre la historia de su país, se interesen por cosas que no han sido lo bastante explicadas ni estudiadas. Y el moa es una de ellas.

Jo había empezado a vender libros cuarenta y dos años antes en Wellington. El negocio fue bien y abrió otro local en Auckland, donde se estableció. Además de despachar «un montón» de libros de historia natural, había percibido que los chicos captaban y empleaban términos y expresiones maoríes, algunos incluso estaban aprendiendo su lengua.

—Quieren recuperar el viejo espíritu —dijo Jo.

Espíritu. Era una de las palabras más visibles. La más buscada. Las vallas publicitarias, las latas de bebida, los trípticos que describían recorridos senderistas…, todo apelaba a ese espíritu que estaba

impulsando al país a defender su Naturaleza de manera convencida. El espíritu kiwi estaba en juego y parecía que el moa se apuntaba al rescate.

Volé a Dunedin devorando el monumental libro de Berentson, cuya recentísima publicación había venido a cubrir muchos de los enormes vacíos que rodeaban al moa. Como anticipan las guías, la isla Sur despliega paisajes aún más silvestres, y la propia Dunedin es barrida por los constantes vientos del océano que bate a los pies de la ciudad. Los albatros y las gaviotas presentan un plumaje muy limpio. En aquel final de verano a diez grados Celsius, había gente que caminaba descalza, y durante el ocaso las chicas iban en tirantes enseñando escote y comiendo helados mientras yo me encogía dentro de la chaqueta.

Dunedin había sido puerto de buscadores de oro, marineros y colonos, una ciudad recia y tan consciente de serlo que se empeñaba en destacarse como la mejor del hemisferio sur en un sinfín de asuntos: aseguraba tener desde la mejor cerveza del mundo a las aguas más saludables, los zapatos más resistentes, la miel «más jodidamente rica», las playas más hermosas, solitarias, misteriosas… Pocos pueblos después comprendí que numerosas localidades kiwis compartían la fijación por despuntar, y el hambre de récords resultaba tan generalizada que se ajustaba a un diagnóstico bien concreto: Complejo de Isleños que Quieren Llamar la Atención, con el agravante de una ubicación remota en el caso de Nueva Zelanda. El autobombo era una forma de gritar. Que repercutía en el consumo extensivo de barritas energéticas y suplementos vitamínicos, además de en el cuidado de unos cuerpos memorables orientados a rozar imposibles como, por ejemplo, volar.

Por su ubicación geográfica, el país kiwi ofrece la oportunidad de ver las cosas literalmente al revés. Que el agua del sumidero dé vueltas en dirección contraria a la que acostumbramos en Europa invita a fantasías como la de un mundo en el que los hombres vuelen y grandes pájaros caminen por la ciudad, que se materializaban como reales en Dunedin, donde las calles eran amplias y las personas pocas, aunque esos días la ciudad organizaba un torneo de *cricket* en el que participaba Inglaterra y de vez en cuando podía verse hasta a treinta individuos juntos en algún *pub*.

En la terraza de uno de ellos bebía cerveza Quinn Berentson. Era rubio, delgado, gafas, barba de varios días y mostraba su sonrisa afable de periodista televisivo que recorría el mundo para contarlo. De eso trabajaba, si bien reconoció que, antes de enfrentar su *Moa*, había asistido a talleres literarios para aprender a escribir no ficción.

—Muchos animales de todo el mundo han sido eliminados en muy

poco tiempo —dijo Quinn—. Elefantes, tigres, rinocerontes…, es triste. Otros muchos están el borde de la extinción. Yo quería expresar la tristeza por esas vidas que ya no conocerán nuestros niños, que se han perdido para el futuro.

—Pero rescatar al moa supone algo más. No está muy presente en la memoria del país.

—Aunque aquí todo el mundo ha oído hablar del moa, es cierto que casi nadie puede entrar en detalles sobre él. Ni siquiera los maoríes, que fueron quienes lo exterminaron con la caza abusiva. Los maoríes lo han borrado de su memoria, sí.

—¿Por qué? Fue fundamental para ellos, su alimento base.

—Cuando algo se va, desaparece de la cabeza. Si hubiera sido sagrado…, pero no. Era comida. Cuando se terminó, empezaron con la agricultura.

Según Berentson, perduraban algunas historias orales sobre el moa, que había devenido una especie de monstruo, distorsionado con narraciones que le atribuían una vida en el bosque —cuando en realidad la mayoría adoró las llanuras— y una pujante fama de zampaniños, pese a que era un herbívoro que solo a veces se regalaba una rana o una serpiente. ¿Un monstruo? Resultaba una deriva extraña teniendo en cuenta que el moa había sido un alimento básico para los propios maoríes, y los monstruos no se comen, al menos en general.

Al dirigirme al lavabo, vi que la pizarra del *pub* también anunciaba *non beverages* (no bebidas), una burlona forma de definir a las bebidas sin alcohol para seguir subrayando el rudo carácter local. Precisamente había sido el impulsor de la primera cervecera comercial del país, el judío Joel Samuel Polack, quien publicó el primer recuento de huesos de moa, dejando la primera mención escrita del animal. Un pionero genuino. Esto ocurrió en 1838. Si el moa desapareció, como afirmaría Richard Owen, hacia 1620, era lógico que ni James Cook ni Tasman ni ninguno de los al menos seis libros escritos sobre Nueva Zelanda entre 1800 y 1830 aludieran a un moa para entonces relegado a la categoría de bruto de leyenda. Hasta que Richard Owen lo revivió.

Fue después de que el marinero John Rule descubriera un hueso tremendo que su sobrino atribuyó a un águila pero despertó la curiosidad de Owen. Dicen que el biólogo, paleontólogo y anatomista inglés era vanidoso, arrogante y vengativo. Darwin, con quien se carteó, le describiría como «malévolo, injusto, poco generoso, extremadamente maligno, falso, grosero, arbitrario y desleal». Por fortuna, sus virtudes científicas competían con su detestable carácter y, al igual que Orbell hiciera con el takahe, Owen dedujo que aquel presunto hueso de águila en realidad pertenecía a un animal «nuevo».

Tras confirmar sus sospechas científicamente, el 30 de octubre de 1839 Owen oficializó que una vez existieron moas.

Excavaciones por toda Nueva Zelanda permitieron reconstruir a uno de esos pájaros en el Hall of Giants del Hunterian Museum. Tibias, fémures y cráneos formidables realizaron singladuras transoceánicas a bordo de balleneros empleados como correos propiciando una moamanía que indujo a ensamblar huesos sin relación, a añadir vértebras sin ton ni son que en ocasiones terminarían reproduciendo aves irrealmente grandes.

Pero eso fue casi dos siglos atrás. Ahora, en Dunedin, no queda rastro de aquella fiebre por los huesos. A fin de cuentas, como los maoríes saben bien, en polinesio *moasignifica* «pollo» y para ellos siempre fue, siempre ha sido, eso: un Gran Pollo. Un conglomerado proteínico que un día sencillamente se agotó.

En el *pub*, Quinn Berentson había empezado a explicar que estaba aguardando los resultados de unos análisis realizados a excrementos de moa cuando un grupo de personas disfrazadas de pájaro le rodeó dando gritos, tocándole. Había desde loros a avestruces, papagayos…

—Es que esta noche tenemos una fiesta de disfraces —dijo con una sonrisa—. Como ves, somos algo redundantes.

Al incorporarse, lo envolvió un mar de plumas falsas.

—Si puedes, no te pierdas Karamea —dijo en medio de sus colegas —. Es un buen sitio para buscar el rastro del moa. Para pensar como él.

El autocar salió temprano hacia Moeraki, sumergiéndose de inmediato en una niebla que se cerró hasta hacerse impenetrable. De vez en cuando, de las brumas emergía un tráiler cargado de troncos que dejaba una vibración en el aire. El sol empezó a revelar arbustos de un marrón tosco. Se sucedieron prados y altozanos con vacas u ovejas contenidas por pequeñas cercas de madera. Y escabrosidades acolchadas por una maleza densa y excrecencias vegetales que multiplicaban el volumen europeo. El espacio —su tamaño— concedía un carácter singular a la tierra, una perspectiva propia, como si todo se pudiera ver desde lejos, las banderas también. El patriotismo se expresaba allí con toda su potencia anacrónica. En los espacios tan vastos, los fenómenos, las cosas, las ideas aparecen singularmente aisladas, distinguiéndose muy bien entre ellas. La patria, a través de una bandera. El peligro, en forma de violentas olas. La inocencia, a fuerza de ovejas. O, antiguamente, moas.

Los rebaños aportaban un elenco de claros, pardos y grises al escenario humeante a causa de los fuegos controlados, las nubes bajas y la niebla. Había ovejas enormes, y Merino era una marca de ropa

triunfal que evidenciaba cómo se habían asentado los borregos de importación española. Cada vez que el autocar realizaba una parada, nos adelantaba algún camión lleno de ovejas. Todos se dirigían al norte, aplastando en ocasiones a un conejo cuyo perfil mil veces apisonado acababa fundiéndose con el alquitrán, como un adorno recurrente del asfalto. Las ovejas, los conejos y los *possums* se habían convertido en plagas, aunque la del ganado todavía la fomentaban los hombres, anteponiendo la acumulación de carne, leche y lana al auxilio de unos campos que se esquilmaban por la acción de millones de rumiantes combinada con una devastadora sequía que había disparado la alerta, las ruinas y los suicidios entre granjeros.

Circulábamos en paralelo a la costa, mordida por entrantes de agua en cuyas estribaciones se habían descubierto enterrados fantásticos yacimientos de moas. Por lo visto, los maoríes empujaban a las bestias a las playas para matarlas, sabiendo que no les gustaba el agua y aún menos aquellas de Waikouaiti o Moeraki, dominio de tiburones.

Paseé entre los famosos cantos rodados de Moeraki, unas enormes piedras esféricas desparramadas por la playa como si se tratara de las canicas olvidadas de un gigante, y regresé a Dunedin por la tarde, disfrutando las suaves ondulaciones del paisaje que por la mañana me había negado la niebla, sobrevolado por halcones tan frecuentes como palomas. En la península de Otago, saturado de la ortodoxia verdiblanca dictada por la combinación de hierba y bóvidos, confirmé que, sin duda, a la gente le gusta ver ovejas. Transmiten la seguridad de lo que no agrede y hasta se dejan comer (y beber).

En el trayecto Dunedin-Otago, apareció un local con aspecto de licorería del que colgaba un cartel: «Bienvenido al infierno. Casa de los siete pecados capitales». En adelante, los discretos volcanes que se elevaban tras frondosos altozanos entre los que discurrían variopintos cursos de agua, configuraban una cadena de paisajes ideales. Casitas de colores vivos restallaban en las curvas de la minicarretera de Portobello antes de dar paso a la pura naturaleza poblada de focas, cisnes, patos, pingüinos… y ovejas.

Caminar por Otago fue una experiencia. Cuando soplaba el viento, la abundancia de hojas provocaba un frufrú magno, un rumor homogéneo que se mezclaba con balidos sueltos. El despliegue de verdes deslumbraba. Algunos tramos poseían una actividad casi metropolitana, sonidos y movimientos constantes, solo que el espectáculo era exclusivamente vegetal. Hasta que aparecía otra oveja, con un albatros encima, quizás.

El imperio ovejuno era indiscutible y, hacia el oeste de la península, las planicies de Otago se revelaron como uno de sus centros. Los señores de la lana kiwi desplegaban buena parte de sus

treinta millones de ungulados en esa zona, además de en la región de Canterbury, más al norte. Los rumiantes servían de magníficos cortacéspedes y no había ladera rasa que no apareciera moteada por ejemplares tan orondos que a distancia podrían confundirse con cerdos. Las llanuras que fueron las preferidas del moa pertenecían ya a ovejas aún más inofensivas que él, por lo que cabía plantearse si, en el caso de una futura extinción bovina, alguien se acordaría de un animal tan insulso.

Lo que no se olvidaba era el oro. Ese metal había popularizado a Otago, y por eso varios buscadores de fortuna toparon con huesos como los de la localidad de Dunstan, donde en 1864 se localizó el esqueleto de moa mejor preservado hasta la fecha. La euforia alentó la creación de pueblos —a uno lo llamaron Moa Creek—, abandonados en cuanto la fiebre disminuyó a causa del descenso de hallazgos y de la hostilidad de algunos pobladores antiguos.

En 2013, los maoríes trataban de limitar las extracciones de oro y *pounamu* en las tierras que consideraban suyas y querían proteger, pero la industria minera demostraba su jerarquía. De todos modos, continuaban plantando cara espoleados por algunos éxitos, como la reciente revalidación del Tratado de Waitangi, donde el Gobierno reconocía el derecho de los maoríes a recuperar enormes extensiones de tierra que les habían sido arrebatadas por los colonos. Alegría que culminó una indemnización supermillonaria en 2009. Desde entonces, los maoríes eran mucho más dueños de su destino que sus vecinos aborígenes australianos. La dureza de su carácter, que a veces podía apabullar, había resultado decisiva a la hora de resistir a la apisonadora europea.

La resistencia maorí contrastaba estremecedoramente con la resignada tristeza de los aborígenes australianos, y entonces, al pensar en el moa, atisbé un porqué de su olvido: pagaba el menosprecio por no haber aprendido a luchar. El kiwi, en cambio, era un combatiente astuto y feroz. ¡Qué importaba su tamaño! Como el resto de pájaros de tierra neozelandeses, se camuflaba con alas de colores nada estridentes, pero, además, constreñía el movimiento a la noche, consciente de su vulnerabilidad. Si la cosa se ponía fea, huía con su formidable rapidez. Si aun así se veía obligado a la pelea, batallaba brutalmente. Los expertos aseguran que si metes una noche en una jaula a dos kiwis, solo uno amanecerá. Astuto, valiente, veloz. Encajaba que los neozelandeses desearan ser kiwis.

En el autocar, dos ancianas y un joven hicieron ganchillo durante buena parte del trayecto a Fiordland. A escasos kilómetros del destino avistamos nubes de lluvia en las montañas, y un potente olor a lana húmeda advirtió sobre la esquila masiva que se llevaba a cabo en la

zona. Cruzamos bajo un largo pasillo formado por copas de árboles y al rebasarlo la hierba comenzó a ser más alta. El paisaje emanaba una voluntad de contraste, como si buscara el matiz, el yang de cada cosa. Al fondo destacaban los picos nevados y los glaciares.

Cuentan que ahí fue donde expiró el último moa. Las especies más grandes ya habían sido aniquiladas y, asumiendo al fin que debía huir de los cazadores, el último moa, miembro de una de las especies pequeñas, buscó refugio en la naturaleza más severa. Amortizó sus patas peludas para protegerse del frío y sus garras para trepar las rocosas colinas o deslizarse entre glaciares donde, a fin de cuentas, tampoco duró demasiado.

Fiordland es un prodigio natural cuya contemplación, como ha dicho el escritor Douglas Adams, «da ganas de aplaudir». Pertenece a la región subantártica y sus enrevesadas cordilleras se adhieren entre ellas de tal modo que cabe dudar sobre la existencia de valles. Es una geología inexplicable con grandes tramos inexplorados, porque no se puede acceder. Quizás ahí viva algo desconocido. El bucolismo de aquel armónico caos supera al de manual. Sus barrancos son creativos. La cáscara del mundo es allí aún más visible y fascinante que en el resto de Nueva Zelanda.

Magnífico. Majestuoso. Creación. Fueron palabras que pensé.

En 1969, un grupo de científicos japoneses se adentró en las más recónditas montañas de Nueva Zelanda cargando altavoces que captaron una especie de toscos alaridos amplificados por el eco, y se incluyeron en el documental *The last moa* sugiriendo que más o menos así sonaban los moas.

—Y eso está bien —afirmó Ken Bradley—. Se hacen documentales y se publican libros sobre kiwis, kakapos, lo que sea, que hacen que los chicos se interesen por ese tipo de animales autóctonos. Cuando yo era niño nunca leía libros de Nueva Zelanda, siempre venían de Inglaterra. Ahora estamos consiguiendo que los chavales se preocupen por las especies en peligro y entiendan la importancia de la conservación.

Bradley era uno de los *rangers* más veteranos del centro de aves de Te Anau, el pueblo a orillas del lago del mismo nombre.

—Cuando yo era pequeñito —añadió—, en la escuela nos hablaban del moa y de otras especies. Pero la idea de conservación no la tenían muy clara. Decían que había que disparar a los tiburones y los halcones. Hasta los años setenta, la conservación no empezó a tener un lenguaje común, cuando se introdujeron los primeros animales en áreas como Powerty Lake después de que unos cuantos zoólogos emprendieran pequeñas campañas de erradicación de especies invasoras.

—¿Por ejemplo?

—Los conejos. Son el principal problema. Destruyen propiedades y son portadores de enfermedades que afectan a las personas.

—¿Y quién hace esas campañas de erradicación?

—Un 90 por ciento de los afectados llama a ecologistas especializados en eliminarlos, aunque algunos se ocupan ellos mismos.

—Como en Australia.

—No sé si en Australia es igual porque ellos tienen zorros. Aquí hay granjeros que están introduciendo lobos. Es un poco el mundo al revés.

—No hablo solo de exterminadores de conejos.

—Sí, bueno, claro. También están los *possums*, las ratas, los cerdos…, vaya legado nos dejaron los europeos. Todo porque querían seguir siendo ingleses.

A la izquierda de Bradley se extendían aviarios de grandes dimensiones donde pululaban takahes, kakapos de rolliza cara serena, escurridizos wekas… consumando otro pequeño reino de pájaros no voladores, un baluarte que aún alimentaba las esperanzas de los más optimistas buscadores de moas… o, al menos, kakapos salvajes. Hasta 1987 se había podido oír el sonido del kakapo buscando pareja por los valles de Fiordland. Pasaron de ser miles a unos cuarenta, y se creía que ya solo quedaban cautivos.

A la espalda de Bradley se desplegaba el lago Te Anau rodeado de formaciones geológicas vírgenes. Las críticas del *ranger* se antojaban excesivas para cualquier urbanita occidental.

—Pues se diría que ustedes están a la vanguardia del conservacionismo —repliqué.

—Por el lugar donde nos encontramos y nuestra juventud como nación, necesariamente deberíamos ser vanguardia. Pero no sé. Una cosa es la imagen que proyecta la conservación y otra la práctica. A la que nos despistemos…

Bradley observó que un objetivo principal consistía en amortiguar el impacto que estaban suponiendo la extracción y exportación de minerales en Nueva Zelanda. Conservacionistas y maoríes compartían el propósito, pero discrepaban en los métodos de actuación. Según Bradley, la lucha no consiste solo en dar golpes, también hay que poseer una táctica.

—¿Usted cree que los últimos moas habrían aprendido a luchar? —pregunté entonces.

—Nunca lo sabremos. Puede que sí, pero qué más da. La gente olvida lo que desaparece. Está concentrada en lo que quiere saber, y eso concierne a los que aún viven: el takahe, el kakapo. El moa quedó atrás. Lo que ahora importa es el kiwi.

Gracias a Jordi Serrallonga, había conseguido tres noches a buen precio en un estupendo hotel del pueblo, enfrente mismo del lago, así que esa noche dispuse de televisión. Bradley aseguró no verla prácticamente nunca, ofendido por una programación que a mí, sin embargo, me encandiló. Supongo que influiría que solo estuviera de paso, pero, valorando mi misión en el país, ¡cómo iba a desatender a un concurso titulado *El perdedor más grande*! Durante un rato, vi a un grupo de obesos compitiendo por adelgazar más que sus rivales a base de dieta y ejercicio tiránico. El que hubiera adelgazado menos a lo largo de la semana, quedaba eliminado.

También vi otro concurso en el que una cadena religiosa premiaba a quien recitara de memoria más pasajes de la Biblia, y fue fácil preguntarse si Noé subió a algún moa en su arca, porque dodos sí que viajaron. Los dodos eran una versión reducida del moa, al que unieron significativos detalles: era un ave sin alas; que vivía en una isla (Mauricio); y pereció víctima de la caza exhaustiva (practicada por colonos holandeses). La discreta envergadura de los dodos y su sublime inocencia facilitó las ejecuciones masivas, al estilo de las focas. Los marineros se aproximaban sin más y asestaban un garrotazo o hachazo en la cabeza de aquel Pollo Medio, que después comían. Era tan sencillo matarlo que lo llamaron *dodo stupidus*, como si su incapacidad para huir o defenderse fuera única. Sin duda, no habían escuchado hablar del moa ni de varias especies que durante siglos prosperaron en entornos «inocentes».

Huir o defenderse parece algo innato entre los que hemos crecido en lugares diseñados para desconfiar. De hecho, cuesta creer que una vez existieron, de verdad existieron, paraísos muy exentos de agresiones. Y por eso, pasma saber que la bióloga Corina Hölzer ha impulsado seminarios para enseñar a las aves a tener miedo, estimulando el impulso de huida que algunos de estos animales habían perdido al evolucionar en un enclave extrañamente ideal.

La rotonda a la entrada de Te Anau estaba presidida por una caricaturesca escultura que representaba un takahe, esa ave gruiforme emparentada con el calamón y endémica de Nueva Zelanda que durante siglos se creyó extinguida. Te Anau y el takahe quedaron sempiternamente unidos cuando, en 1948, Geoffrey Orbell capturó dos ejemplares en las inmediaciones del lago, haciendo que ese pájaro de plumaje verde y azul cobalto, y pico recio de un llamativo rojo coralino se erigiera en la estrella pop de los pájaros neozelandeses, el primer animal redescubierto después de la Segunda Guerra Mundial. Una estrella con debilidad por Te Anau e Invercargill, la población unos kilómetros al sur que los maoríes denominaban *kohaka-takahe*, «el nidal de los takahes». El animal se convirtió en emblema de lo

posible, abriendo la esperanza para el rescate de otras especies presuntamente extintas. Como el moa. De ahí que en los años cincuenta se impulsaran varias expediciones por los fiordos con el objetivo de localizar moas. Si los huevos de los takahes habían sobrevivido al ataque de los armiños o las ratas *kiore*, y los pájaros esquivaron hasta a los perros manteniéndose en un conveniente anonimato durante cerca de un siglo, ¿quién se atrevía a afirmar que el moa no había sido capaz de lo mismo? Pero nadie lo encontró.

Traspasé la isla Sur en diagonal rumbo al norte, certificando los estragos de la sequía. En el concurso religioso de *prime time* nocturno, un telepredicador había rezado por la venida de las lluvias, calcando la plegaria que se repetía cotidianamente en los centenares de iglesias de distinto signo repartidas por el país, porque en Nueva Zelanda abundaban los crucifijos al cuello, los ejemplares de la Biblia en hoteles, hostales, albergues, y las exclamaciones beatas. *Oh, my god*!

El moa, devoto de los territorios más bien secos, había campado pizpireto por las praderas de Otago y unos llanos de Canterbury que a principios del siglo XXI se desertizaban vertiginosamente.

—Si explotáramos un poco más el turismo… —sugirió el recepcionista del albergue donde me hospedé en Christchurch, la capital del sur con un nombre refrendado por la proliferación de cruces en el *skyline* urbano… y sobre el asfalto, donde varias se habían convertido en cascotes después del terremoto acaecido semanas antes en el Anillo de Fuego del Pacífico. Muchas calles permanecían cortadas. Numerosos edificios habían perdido paredes, tejados, porches. Se sucedían los grandes tramos de bordillo y asfalto resquebrajado.

—Dice que está aquí por el moa, ¿no? —redundó el recepcionista —. ¿Por qué ese pájaro no podría atraer a otros como usted?

Y entonces contó una historia famosa en la zona, protagonizada veinte años atrás por Paddy Freaney, quien aseguró haber avistado un moa en la ruta que une Christchurch, en la costa este, con Greymouth, en la oeste. Por lo visto, Paddy había dorado su historia con cierto halo de verdad e incluso logró que se levantara una estatua donde se produjo el avistamiento. Aunque después reconoció que era «broma», para entonces el hotel Bealey, del que era propietario, había multiplicado el número de clientes, despertando además tanta curiosidad por el moa que durante una temporada pudo replicar el efecto «monstruo del lago Ness».

Freaney no previó, o pasó por alto, los estragos que su «broma» podía haber desencadenado en el caso de que otros empresarios voraces hubieran copiado el reclamo turístico de forma demasiado insensata; bastaba observar Mauricio, con el dodo apoderándose de la

iconografía autóctona hasta aparecer en llaveros, gorros, vasos, platos, esculturas, ceniceros, gafas y casi cualquier cosa que alguien pueda imaginar, haciendo de Mauricio una isla «dodificada», esclava del pollo que sucumbió en sus playas y bosques.

Seguí hacia el oeste rumbo a la región que Berentson había recomendado explorar para profundizar en los asuntos del moa: Karamea. Crucé los Alpes Neozelandeses en un cómodo tren que disponía de algunos vagones al aire libre, ideales para quien deseara embriagarse con la naturaleza salvaje y el cambio de temperatura conforme los raíles ascendían por la alta montaña donde se habían rodado escenas de *El señor de los anillos*. De hecho, por todo el país había itinerarios para ver paisajes presentes en la sagacinematográfica comandada por Peter Jackson, que, por cierto, también fue el director de *King Kong*.

Cuando las nubes bajas dificultaron discernir los árboles a pocos metros, volví a mi asiento en uno de los vagones con calefacción. Enfrente, un hombre que minutos antes había compartido conmigo la intemperie mientras sondeaba los valles con prismáticos, consultaba ahora un libro sobre pájaros. Le pregunté si había avistado algún kea, el único loro alpino del mundo, con fama de arrancar parabrisas a picotazos y de llamarse así porque grita «*kea, kea*» al volar.

—Ojalá —respondió riendo.

Se llamaba Keith Weller, era un químico inglés fan de la ornitología con pasión por el cóndor.

—Aquí tiene difícil ver uno —dije.

—Me lo estoy pasando como un niño igual —respondió, aclarando que venía de turismo con su esposa, la mujer que sonreía al lado. Conversamos sobre pájaros de un modo entregadamente aficionado y coincidimos en cuánto nos había llamado la atención la abundancia de gatos domésticos.

—Un gran problema es la introducción de especies procedentes de Europa —dijo Weller—. Los gatos provocaron efectos muy negativos sobre las especies autóctonas. Y, por si fuera poco, les encantan los takahes, los wekas, los kiwis…

Tras el cristal aparecieron gaviotas del Pacífico Oeste, nuestro séquito de bienvenida a Greymouth.

Un autobús recogió a los que íbamos a salir del pueblo remontando la montaña, que desde el primer requiebro desplegó su exuberancia. El océano se tendió a nuestros pies. Rodábamos varios metros por encima de la costa, con enormes superficies de vegetación o arena alternándose ahí abajo. El trópico se manifestaba en grandiosos helechos, *pangas* y palmeras que en ocasiones avanzaban hasta el

inicio del agua. Había rebaños de vacas y ovejas estabulados en llanuras que en algún punto impreciso conectaban con las playas. Por primera vez en muchos kilómetros, las vacas se imponían en número.

La carretera fue descendiendo, cada vez rodábamos más cerca del mar. La costa lujuriosa era pobre en árboles, sus copas inusualmente nervudas por la laca del viento y el agua con sal. Las formas de los seres vivos estaban investidas de resistencia. Palpitaba un fondo de energía en ellas. De las águilas a los rebaños; de las vasijas de madera que adornaban los porches de las casas a los barrancos abisales por donde el agua de los arroyos se deslizaba entre bloques de troncos desprendidos de la ladera. Todo emanaba una fuerza perdurable.

«Alpacas. No disparen», advertía el cartel de una granja donde varios de esos parientes de la vicuña pastaban en un cercado. La cría de animales en extinción se había propagado hasta incluir a especies no autóctonas, como la sudamericana alpaca, haciendo de Nueva Zelanda un santuario de rarezas planetarias.

Una señal de tráfico contenía el dibujo de varios pingüinos saltando a la carretera, denotando qué lejos me hallaba de casa. Entramos en Westport, una población que incluía puerto y pesquerías. El tren y los barcos que una vez sirvieron para transportar carbón u oro se oxidaban en la parte trasera del pueblo. El trópico volvía a confirmar que un sinónimo suyo es *desaliño*. Todo parecía más laxo, menos riguroso y ordenado. El bus a Westport había sido el único de todo el viaje sin cinturones de seguridad en los asientos. Varios comercios apilaban su ecléctico muestrario en escaparates no muy cuidados, o amontonaban percheros de ropa amortizando cada milímetro del local. La tienda de Phil vendía prendas más bien oscuras con estampaciones de grupos de música *metal* o animales salvajes, sobre todo águilas. Al fondo del establecimiento había una pequeña oficina donde, entre trofeos, estatuillas y cuadros, destacaba la foto enmarcada del propio Phil junto a un hombre flaco con gafas y gorro de lana: el capitán Jacques Cousteau.

—Excavamos juntos en las montañas —aseguró Phil—. Y cuando le conté la historia del moa asesino, Cousteau flipó.

Phil se mesó la larguísima barba cana tipo Ángel del Infierno, que cuadraba bien con su chaleco de cuero.

—¿Un moa asesino? —pregunté.

Phil sonsacó los labios y masculló frases ininteligibles, diría que incluso para él. Contó una serie de historias entre fabulosas e inconexas que me hicieron desconfiar, aunque di por buena su foto con Cousteau, porque el hombre aún joven que posaba junto al Capitán Planeta se parecía una barbaridad a Phil.

Bromear con el extranjero o darle esquinazo formaba parte del carácter de Westport. Tres personas me convocaron para citas con individuos que después no aparecieron, y la única que se personó —Mata, una maorí— no sabía nada del moa, tema en el que, me habían asegurado, era una experta. Varios pescadores y otro tipo de barba larga y lisa especularon sobre el pájaro esbozando sospechosas sonrisas, y un artesano de la madera al que jamás se le había ocurrido esculpir la figura de un moa afirmó que:

—El mejor sitio para ver al moa es el *pub*… ¡después de cuatro cervezas!

Así que por la noche fui al *pub* más concurrido del pueblo. A lo largo de la barra colgaban banderas irlandesas bajo las que se apiñaban bebedores atentos a un partido de *rugby*. Pedí rodaballo con patatas fritas y cerveza, y me senté solo en una mesa a ver el partido. En algún momento, el balón salió por el aire. Los rivales estaban aún lejos y un defensa llevaba toda la ventaja para hacerse con el balón, pero el bote le traicionó, el óvalo cambió por completo la dirección y obligó a que el jugador reculara de repente. Los del *pub* soltaron un «¡uuuuuh!» que significaba «¡pobre tipo!» y los atacantes arrollaron al defensor.

La pasión de los kiwis por el *rugby* quizá guarde alguna relación con su simpatía por la sorpresa y el imprevisto. Este deporte confirma que en Nueva Zelanda se vive más en ascuas que en otros lugares, tan expuestos como están al poder de la tierra y el clima. La provisionalidad de tantas casas, con tejados de chapa y, a menudo, un suelo sostenido por troncos, denota que están preparados para cualquier cambio. Así es más fácil entender que prefieran un balón ovalado a la previsibilidad de lo esférico: su bote es más «real» porque la realidad no se vive en línea recta.

De madrugada, llovió, marcando la pauta de lo que serían las siguientes noches.

Salí al amanecer en busca de mi base en Karamea, una enorme zona de acampada con algunas cabañas vacías, dos furgonetas y una *roulotte*. La explanada estaba circundada por árboles y vegetación alta, atemperando el bramido que llegaba de un lugar invisible y se mezclaba con un sinfín de trinos.

Helen me dio la bienvenida delante del pomo de hortensias de recepción. Señaló los cubos y contenedores donde debería lanzar cada desecho y, sopesando el medidor pluviométrico con forma de takahe que pendía de una cuerda en el porche de la cabaña, aseguró que ese día llovería poco, y que si quería ir al mar me bastaría con seguir el sendero que se adentraba en la floresta.

Dejé las mochilas en la cabaña y seguí el camino. El fragor del

lugar invisible aumentaba a cada paso. Enseguida, los patos y los wekas se perfilaron sobre un enorme lodazal resultante de la marea baja, donde el chapoteo de cientos de aves combinaba con el zumbido de a saber cuántos insectos, el mar tendiéndose inmenso y gris hasta fundirse con el cielo encapotado al fondo. Pese al ajetreo animal, recuerdo la visión como una estampa de silencio. La cáscara orgánica del mundo emergiendo más desnuda y fascinante.

De vuelta a la cabaña, un par de wekas cruzaron tranquilos a dos pasos. La ingenuidad aún eran ellos, claros candidatos a la extinción amparados allí por una fiesta animal en la que parecía obligado tener plumas, a menos que fueras insecto. En Karamea, el resto de animales sin plumas formaba parte de hogares o rebaños.

Para alcanzar el norte más allá de las carreteras, busqué a Bill Jackson, que sabía moverse montaña a través. Bill Jackson se había instalado en Karamea después de trabajar en un submarino y ser guía en el desierto. Seiscientos habitantes, tres *pubs* y dos iglesias sobrevoladas por halcones de Australasia eran la combinación más a su medida que había encontrado en el mundo. Para la vejez, eligió concretamente la selva en torno a la cuenca del Oparara, donde gestionaba cuarenta acres, siete vacas y quince ovejas, que cuidaba junto a su esposa polinesia.

Cruzamos Oparara en *pickup* una mañana temprano, con el océano humeando por la evaporación inherente a la salida del sol.

—Eso es *maanuka* —decía Bill al volante, y explicaba que con ese arbusto se producían antisépticos, perfume y también se cocinaba.

—*Rata*. —Y señalaba formaciones de árboles típicos en la región, apreciadísimos por carpinteros y escultores.

Bill siguió enseñando. Gracias al néctar del *kamahi*, las abejas fabrican una miel muy rica. Cuando esos arroyos bajan llenos, rompen los puentes, que en la montaña son de quita y pon. Hay telarañas tan gruesas y grandes que casi requieren machetes.

Monte arriba, la monotonía vegetal adormilaba, con la maleza apoderándose de los sentidos como un narcótico. Bill señaló las espinas en los tallos de algunas plantas y la exagerada altura donde crecían las hojas de muchos árboles.

—Crecieron hasta ahí para que no se las comieran los moas —observó.

Al mirar arriba, los halcones se habían enseñoreado del cielo y planeaban sin batir las alas. Poco después, la angosta y empinada carretera se cortó. Tras una cadena de acero, se desbordaba la vegetación, solo civilizada por un caminito cubierto de hojas al que flanqueaban imponentes árboles de musgoso tronco. Hacia él fuimos.

—Agujeros como ese se tragaron a muchos moas —dijo Bill

señalando a los márgenes de la senda, donde menudeaban los socavones de fondo incierto.

—Algunos caían hasta siete metros. Muchos se rompían las patas o quedaban heridos. Y si no, ahí abajo hay un laberinto de cuevas de quince kilómetros del que la mayoría de moas nunca salió. Vamos a ver un montón de huesos.

También podían encontrarse huesos en la superficie, aquella fue una de las regiones preferidas del moa, pero en las grutas subterráneas los restos se habían mantenido mejor. Nos detuvimos frente a la entrada de una gran cueva que se inclinaba cuesta abajo hacia una oscuridad absoluta, así que ajustamos los cascos con luz frontal antes de descender.

La temperatura cayó de golpe. El rumor de la selva que nos había parecido silencio se convirtió en silencio auténtico, solo alterado por un goteo pertinaz y, a veces, el sonido de una pequeña cascada. Estalactitas y estalagmitas diseñaban un estucado uniforme que se iluminaba pasmosamente cuando apuntábamos con las frontales a los enjambres de luciérnagas. Con la linterna, Bill enfocó un lecho de fémures y tibias enormes.

—Todos son de moa —dijo.

Había huesos más pequeños apilados en algunas rocas, un orden creado por los guías del área para hacer el recorrido comprensible y didáctico. La joya de la corona era el esqueleto íntegro de un moa bien conservado, que apareció en un margen del descenso.

—Aquí también hay esqueletos de Haast —recordó Bill—, el águila gigante que fue el único animal capaz de comerse un moa. Cuando los moas comenzaron a desaparecer, las águilas se metían en las cuevas para alimentarse de ellos. Luego, muchos tampoco supieron salir, así que sus huesos están por ahí.

La extinción del Haast fue consecuencia directa de la del moa, su principal sustento. Dos gigantes pereciendo de la mano con el hombre como, a su manera, verdugo de ambos. El Haast debe su nombre al geólogo y naturalista prusiano del siglo XIX Julius von Haast, quien tras viajar a Nueva Zelanda para determinar si las condiciones de las islas eran adecuadas para recibir colonos alemanes, se entregó a sus pasiones geológicas, emprendiendo además rastreos que le llevaron a descubrir oro, carbón o huesos de moa y otras aves extintas, siendo el primero en estudiar los de aquella águila primitiva.

Los expertos aseguran que los maoríes confeccionaron arpones y puntas de lanza con huesos de moa para matar esos mismos animales y algún águila.

Regresamos con la tarde avanzada, poco antes de un nuevo diluvio. Dos wekas se habían refugiado bajo la cornisa de mi cabaña,

donde me vieron entrar sin moverse.

Los días siguientes transcurrieron entre escolares que corrían descalzos por «patios» de hierba, operarios de la maleza que despejaban los senderos de troncos, ramas y deslizamientos provocados por unas lluvias que descargaban puntuales de noche y al amanecer para configurar aquel litoral enjunglado.

De vuelta a Westport visité la pesquería, buscaba una buena concentración de gente. Los trabajadores desayunaban enterrados en sus móviles y fiambreras cuando pregunté a un veterano con aspecto de supervisor si le sonaban historias de moas.

—Esta es una tierra fantasmal, como sembrada de espíritus —dijo —. Y el moa es uno de ellos.

—Pues no lo recuerdan mucho.

—Algunos piensan que era imbécil. Pero ¿sabe una cosa? Yo confío en el imbécil aparente… —Hizo una pausa teatral antes de añadir—: Porque al menos puede ofrecer algo distinto. Los razonables me enferman. Mire a esos.

Los chavales enfundados en batas blancas manchadas de fluidos como la sangre seguían tecleando los móviles.

—Se supone que son normales —dijo el hombre—. Usted dirá.

El último vistazo a Westport confirmó su decadencia. En la parte trasera de la calle principal, entre las casas y el río, se acumulaban carrocerías de autos desvencijados y algún vagón pasto del óxido sobre las vías muertas de un antiguo ferrocarril. Un lugar oportuno para evocar el poema que Arthur Baysting había escrito en 1972. *El último moa* habla de cómo un grupo de jóvenes cazadores maoríes curtidos en la caza de palomas deciden tender su primera emboscada a un moa. Los inexpertos chicos no han preparado bien la trampa y, al ir a darle caza, el pájaro tiene la clara opción de huir. Sin embargo, él sabe cuál es su destino. Quizás ese día escape, pero el fin no tardará en llegar. Y por eso decide aguardar la embestida de los chicos que lo acosan.

Criaderos de ciervos, plantaciones de abetos en Wakefield, hectáreas de viñedos, sucesiones de casas prefabricadas, convoyes de tráileres transportando casi cualquier cosa observados por las indefectibles ovejas que se esparcían como pecas por las montañas…, los alrededores de la carretera se deforestaban rumbo al norte, presentando calveros que sorprendían, por lo inédito hasta entonces. En Karamea había visto cartelones de inmobiliarias o venta de terrenos que incluían el rostro del promotor y un teléfono. Parecía un excelente modo de establecer una línea de confianza que, entre otras

cosas, pasaba por identificar de inmediato al responsable de cualquier atentado medioambiental. Esos cartelones no existían en la carretera a Nelson, y sí las consecuencias de varias talas.

Crucé el estrecho de Cook una tarde de tormenta, que amainó al llegar a Wellington. En las calles mojadas reverberaban los zapatos lustrosísimos de unos ejecutivos que podrían ser londinenses y contrastaban con las botas de faena de los polinesios y el aire calculadamente desgarbado de los múltiples *skaters* y mochileros que también caracterizaban a la ciudad, además de unos cuantos vagabundos, varios de ellos maoríes, que al fin y al cabo vestían casi igual pero menos limpios que los chicos más modernos.

Wellington se movía a una velocidad insólita en la isla Sur. En media hora vi correr, por distintos motivos, a más personas que en quince días meridionales. «Aquí no puedes vivir por casualidad —había escrito la poeta Lauris Edmond—. Tienes que hacer y ser, no solo mirar o describir. Esta es la ciudad de la acción. El cuartel general del verbo del mundo».

Así que cuando en Wellington construyeron un museo de ciencias naturales, lo hicieron de seis pisos. El almacén de vertebrados de Te Papa incluía doce filas de estanterías dedicadas a los moas, y Alan Tennyson, responsable de esta sección de Te Papa, había escrito un libro sobre animales extintos.

—De no ser por los humanos, no creo que el moa se hubiera extinguido —afirmó antes de abrir las compuertas del almacén—. En algunas zonas incluso había ido aumentando de tamaño…, hasta que aparecimos.

Varios bustos de animales aparentemente disecados se acumulaban en la entrada de una nave llena de estantes articulados con ruedecillas. Alan fue girando manivelas mientras impartía una breve introducción al pájaro, recordando que hubo nueve especies de moa.

—En la mayoría de sitios, convivieron varias especies —dijo Alan —. Algunas eran muy distintas de otras, pero entre ellas no competían. Supieron repartirse las áreas.

En Piramid Valley se hallaron los restos mejor conservados. Entre los hallazgos más significativos, destacaba el haber averiguado que los moas tenían el cuello inclinado, más horizontal que vertical, desmintiendo los dibujos, esculturas e incluso reconstrucciones óseas que hasta los años noventa se habían hecho de ellos. Doce hileras de aquellas estanterías estaban dedicadas al moa.

Días antes yo había leído un artículo de *National Geographic* sobre por qué debemos rescatar a las especies extinguidas, adentrándose en las posibilidades de la clonación. Partiendo de que ninguna célula puede sobrevivir 65 millones de años, de que incluso a diez mil años vista no hay nada que hacer, el artículo señalaba que las condiciones

climatológicas resultaban clave para rescatar animales. Por ejemplo, el dodo había desaparecido hacía un par de siglos, pero las condiciones de Mauricio no ayudaban a preservar el ADN mientras que Siberia había permitido reconstruir mucho mejor el genoma del mamut, extinguido hace 3.700 años.

Los científicos favorables a enfrentar la extinción a fuerza de resucitar animales habían acuñado el nombre *de-extincion*. El 30 de julio de 2003, científicos españoles y franceses habían revivido al bucardo, un ejemplar hembra al que bautizaron Celia y duró diez minutos viva. Existía un Proyecto Lázaro para clonar al tilacino, después de pretender revivir sin éxito a dos especies de rana australiana. Y los más atrevidos estaban llenando de caballos, elefantes y otros mamíferos una región de Siberia a la que ya llamaban Pleistoceno Park, en previsión, por ejemplo, de las transferencias de núcleos de células que se harían en óvulos de elefantas que deberían dar a luz a futuros mamuts.

—Sobre clonación no hablo —dijo Tennyson—. Aparte de que el ADN que poseemos no es de suficiente calidad, si clonáramos a un moa, ¿qué haríamos con él? No podría interactuar con el entorno que un día conoció, no sería su mundo. No, no. La prioridad no es resucitar especies extinguidas, sino salvar las que tenemos todavía vivas y en peligro.

Para eso, el Gobierno kiwi había impulsado una eficaz acción de exterminio.

—Hay miles de personas —dijo Alan— que se dedican a controlar a los animales dañinos para las especies autóctonas —*controlar* significaba «matar»—. Algunas cobran por ello, muchas son voluntarias.

El ecologista exterminador tenía en Nueva Zelanda un estupendo campo de operaciones, si bien para los aniquiladores de tiro fácil eran necesarios carteles como aquel «Alpacas. No disparen», porque resultaba fundamental distinguir las especies malignas —conejos, ratas, *possums*, comadrejas…— de las que no lo eran.

Esta personalidad paradójica, esta contradicción espiritual, se extendía a la nomenclatura: mientras por un lado se amortizaban la beatitud y el bucolismo (ahí estaban el Valle Feliz, el Valle Tranquilo, el Café Susurros…), los partidarios de una rudeza más mundana bautizaban a sus sitios de referencia El Perro Gordo, El Cerdo y el Pito o El Carnicero Loco. O publicitaban sus bondades como «La mejor maldita miel de la región». En este sentido, los maoríes se empleaban a fondo. El rechazo a las «buenas maneras» importadas por los británicos era casi un asunto de honor. Para algunos, decir tacos sonaba a reivindicación cultural, ser duro gozaba de aún más prestigio de lo acostumbrado, y por eso cabe imaginar lo que muchos maoríes

profirieron cuando el investigador de su propia etnia Atholl Anderson afirmó que el conocimiento que el mundo guarda de los moas es gracias a los europeos.

Para averiguar de primera mano cómo recordaban los maoríes a los moas, habría que viajar a la capital de aquel pueblo polinesio: Rotorúa.

Después de disfrutar la red de autobús eléctrico en Wellington y corroborar el auge de los *skaters* y las bebidas energéticas en la ciudad, tan saludable y coqueta y pasada por el cedazo del fashionismo intercultural, el tamaño medio de los bíceps y los gemelos me continuaba pasmando. Eran superficies tan amplias y carentes de vello que adornarlas con tatuajes casi parecía normal, y prácticamente lo era. Desde el cuello a los muslos o las muñecas, las formas geométricas se deslizaban con sinuosa elegancia por las pieles, y en alguna contada ocasión incluso saturaban el rostro de hombres que habían recurrido a la ancestral técnica del *tā moko* para subrayar su origen y su fiereza.

Había visto tatuajes en brazos de diferente color aunque los más abstractos y espectaculares predominaban en las atezadas dermis polinesias, donde se reproducían las ondulaciones reptilianas de las laderas, del paisaje. Era como si llevaran su tierra en la piel. Pero había algo más, o por lo menos distinto. También se tatuaban animales.

Esto lo descubrí en Rotorúa, una ciudad de tiralíneas, con calles rectas y manzanas exactas por donde circulaban numerosos automóviles tuneados bombeando música rapera o de los noventa a todo volumen, casi siempre conducidos por maoríes con gafas oscuras que saludaban a colegas entre corpulentos y barrigones, concentrados en manipular carrocerías o barbacoas sobre el césped de jardincillos bien segados.

Rotorúa concentraba un 36,4 por ciento de población maorí, más del doble habitual en otras localidades, considerando que los maoríes suponían un 14 por ciento de los neozelandeses. Toleraban bien que muchas familias prominentes lucieran sus apellidos pakehas, sobre todo porque en los últimos años los maoríes habían ido encadenando triunfos, culminados en 2009 con la superinyección de dólares gubernamentales y la devolución de grandes extensiones de tierra para indemnizarles por el incumplimiento del Tratado de Waitangi. La histórica resistencia maorí estaba dando frutos. Ahondar en la idea de resistencia era sondear la naturaleza de aquel pueblo, y el tatuaje formaba parte de ella. Esa mañana había visto a una niña y una mujer cogidas de la mano. La niña mostraba en su antebrazo la calcomanía de una mariposa, el mismo animal que se había tatuado su madre.

Busqué orientación sobre el tema en la biblioteca de la ciudad, donde me atendió un hombre maorí con ambos brazos tatuados.

—Los jefes se tatúan plumas de kiwi y de tui…, pero moas…, mire, ni siquiera aparece en los libros —sentenció pasando páginas de un libro de ilustraciones lleno de pájaros donde no apareció el que buscaba.

—¿Conoce a alguien que tatúe o lleve tatuados moas? —pregunté.

—No. Aquí está mi familia —dijo remangándose hasta los hombros para mostrar un sistema de líneas tatuadas que fue presentando como «mi padre, mi madre, mi abuelo…». Haki explicó que cada estirpe posee su simbología, y que en los brazos y las piernas de las personas, leyendo literalmente entre líneas, se puede conocer su historia.

El bibliotecario hablaba lento, como si absorbiera el aire.

—Yo he estado en la cárcel. —Absorbió aire—. Esto me lo hice allí. —Se apretó un antebrazo tatuado. Respiró. Abrió los ojos desorbitadamente como si bailara una *haka*, esa danza típica pensada para intimidar—. Cuando esta tarde acabe el trabajo, me voy con mi banda. —Solo le faltó sacar la lengua como hacen los bailarines imitando a los viejos guerreros—. Yo soy de una banda —dijo, y se le notaba orgulloso de un modo infantil.

Cisnes negros importados de Australia y gaviotas de pico negro se agolpaban en el muelle antes de desparramarse por una costa dulcemente civilizada. Atisbar patos atrajo una frase de Peter Scott: «Todo el mundo debe tener una causa, aunque solo sean los jodidos patos». Y ese era exactamente mi caso. Los jodidos patos. El dodo. El yeti. Los moas. Causas por las que viajar que servían para descubrir, por ejemplo, que aquellos polinesios eran buenos comedores de cerdo; que el cigarro, la bebida isotónica y la pastilla anabolizante conformaban una peculiar trinidad maorí; o que Rotorúa a menudo apestaba.

La primera vaharada emergió al soltar la mochila en el Backpackers, al borde de una gran avenida. En segundos se diluyó, pero el olor nauseabundo se iba a insinuar otras veces en distintos puntos de la ciudad sin un motivo ni un orden perceptible.

La segunda mañana allí, encaré la avenida Fenton, donde pronto empezaron a encadenarse los establecimientos hoteleros. Durante el paseo, percibí en varias ocasiones la misma intermitente fetidez. Eran como repugnantes alucinaciones olfativas, tan breves que no permitían rastrear su origen. A veces, las detectaba al pasar por delante de un porche, pero una de las vaharadas me sorprendió frente a un solar. Quizá los efluvios emanaran del fondo de la tierra. Y entonces caí en la cuenta de que si estaba caminando por aquella

avenida era para visitar los géiseres y volcanes que se apiñan en una área restringida a las afueras de la ciudad, y que una cualidad de la tierra de Mataoho, el dios que trajo el fuego subterráneo de Hawaiki, es su hediondez.

Rebasé el hipódromo a las afueras de la ciudad, que junto a los casinos y licorerías sustentaba buena parte de los ingresos rotoruanos, aunque nativos como el bibliotecario habían insistido en cómo la nueva televisión maorí y una juventud curiosa estaban ampliando las miras de los comerciantes locales.

De hecho, cuando llegué al área de los volcanes encontré a un solícito veinteañero intrigado por mi viaje. Se llamaba Tawake Pirihi-Clarke, y charlamos en español, porque era la tercera lengua de enseñanza en su escuela. Tawake me incitó a que comiera *hangi* a la antigua usanza. El *hangi* es un combinado de pollo y vegetales que, dentro de un cesto, se cuece varias horas en el interior de un pozo de piedras volcánicas. Comer carne de pollo asada en las grietas de los volcanes había sido la práctica de sus ancestros y, como cabía imaginar que al moa también lo cocinaron así, resumí a Tawake el proyecto sobre animales invisibles y mi extrañeza por la ínfima huella que había dejado el moa en su tierra.

—No era un animal sagrado —dijo—. Era comida. Así que cuando desapareció, ya está.

—Ya está —rubricaría horas después el escultor maorí James Richard al certificar que no tenía moas en su catálogo, porque no significaban nada importante para él.

—Además, ¿los moas no estaban sobre todo en la isla Sur? —preguntó desde un butacón de su taller atestado de maderas.

Y tuve que ser yo, un forastero inexperto, quien le indicara que el Gran Pollo también había vivido en la Norte. En el lago Taupo, que estaba ahí al lado, o en la montaña sagrada de Hikurangi, el primer lugar del mundo en ver la luz del día.

—Ah, vaya. Es que nuestro arte tiene que ver, sobre todo, con el océano —aclaró James. Y de inmediato proclamó su devoción por los mariscos, creativamente hablando. De todos modos, reconoció que a veces también moldeaba pájaros.

—Pájaros capaces de volar —concretó.

Pájaros se veían pocos, y siempre lejos. Los géiseres expelían repentinos chorros de agua caliente creando fugaces velos de partículas que se mezclaban con el vapor sulfuroso exhalado por las rocas más cercanas, envueltas en el olor pútrido que emergía del subsuelo. Un hombre maorí con más de medio siglo a cuestas, observaba el espectáculo acodado en una baranda. Me acodé junto a él. Se llamaba Liam Tapsell y trabajaba como contador de historias, o

eso dijo. Le gustaron mis zapatillas diseñadas para andar grandes trechos.

—Parecen cómodas. Están bien para moverse aquí. Pero en la montaña no sirven tanto. Cada situación precisa un calzado. Aquí sabemos mucho de pies. Mire *El hobbit*. No tenía unos pies cualquiera. Aquí se piensa de otra forma en el cuerpo.

Tapsell hablaba despacio y escueto, puntuando cada frase. Su manga corta desvelaba varios tatuajes. Le pregunté por el moa. Por su ausencia en el imaginario maorí.

—El *cu-cut* era un ave migratoria muy importante para nosotros —explicó Tapsell—. Cada vez que el *cu-cut* volvía a las islas, era la época de plantar. Los maoríes lo esperaban con ganas y por eso representamos a este pájaro. Y a la ballena, tan importante para nuestro pueblo, porque siguiendo sus migraciones alcanzamos Aotearoa.

—Pero lo que tiene tatuado ahí es un pulpo, ¿no? —dije señalando el dibujo, cuya forma esa vez intuí.

—Sí —extendió el brazo—. Representa la procreación. El futuro. Las generaciones que vendrán y seguirán luchando como sus ancestros. Porque los maoríes somos así. Luchadores. Nosotros no vamos a acabar como el moa.

Tigre coreano

«El arqueólogo actual se parece más a Sherlock Holmes que a Indiana Jones», dijo Jordi Serrallonga después de escuchar el relato de mi incursión en Nueva Zelanda, que también le animó a comentar el proceso deductivo seguido por Richard Owen para reconstruir al moa. Por más antipático y odioso que fuera, Owen fue el primero en examinar una criatura traída del mito a la realidad: el gorila africano. Y en 1849, además de empezar una correspondencia con el escritor Charles Dickens, publicó la descripción detallada del hipopótamo y el chimpancé. Ese era el Owen que fascinaba a Jordi, un científico del que aprender.

Por entonces, Jordi seguía la pista del megaterio extinguido «hace cuatro días» en la selva amazónica después de habitar (y ser más o menos expulsado) de la Patagonia. Dijo que el tráfico de fósiles de megaterio, y de muchos otros animales, fue sencillo y común hasta finales del siglo pasado, permitiendo que cualquiera con el suficiente dinero pudiese comprar un dinosaurio de Mongolia, por ejemplo. Y con los animales vivos había pasado igual.

—Ahora, al menos técnicamente, no puedes comprar un chimpancé o un guacamayo, pero… hay particulares que tienen auténticos zoos en sus casas.

Contó episodios en los que habían solicitado sus servicios para resolver casos con animales implicados, como aquel de las ovejas que aparecieron muertas en una zona rural catalana marcadas con extrañas heridas. Jordi dedujo que las había atacado un primate y sus averiguaciones condujeron hasta la casa de un vecino dueño de un babuino. El hombre se mostró dolorosamente sorprendido al descubrir la afición de su mascota por las salidas nocturnas.

Y es que las leyes más restrictivas para la importación de animales parecían haber incrementado el deseo de poseerlos, aunque los aspirantes a propietario no conocieran demasiado bien las necesidades o los instintos del animal. Una consecuencia evidente de la nueva ola fue la reproducción de granjas de avestruces. De hecho, mientras buscaba información sobre el moa, la granja de avestruces del pueblecito ampurdanés de Albons me ayudó a imaginar a su antecesor dinosáurico, además de iniciarme en la cría del animal. Aunque en España habían llegado a registrarse alrededor de veinte granjas de avestruces, la de Albons fue pionera, de modo que sus propietarios avanzaron en la cría a base de ensayo y error, descubriendo que

después de dos o tres meses de alimentarlas con pienso, las aves «se quedaban calvas»; que son muy territoriales y agresivas; o que encerrarlas a cubierto en las horas de descanso o con climatología extrema las sumía en la depresión, «porque su espacio es el descampado».

Con Jordi hablé de los semirrumiantes, le consulté dudas sobre animales que pretendía rastrear, y él propuso el megaterio o el t'sikayo tanzano como futuros objetivos. Luego, acordamos trabajar juntos en el proyecto. Él se encargaría de la parte más científica, la literaria me tocaba a mí. Aprovecharíamos viajes de trabajo para localizar animales de interés. Jordi se movía a menudo por Galápagos y Tanzania, pero también exploraba otros muchos países del mundo en incursiones esporádicas.

Una vez perfilados los animales de partida, presentaríamos el proyecto a potenciales mecenas e instituciones, a ver si alguien se animaba a financiarlo, siendo conscientes de que la mejor forma de seducción sería conseguir un documento audiovisual. Para producirlo, el problema seguía siendo el dinero. Jordi compró dos puros Romeo y Julieta con la intención de fumarlos el día que lanzáramos un producto, cualquiera, basado en aquella idea, y pocos días después acudimos a la oficina de patentes a registrar la marca *Animales invisibles*. Fue un gesto simbólico, sabíamos que cualquiera podía calcar la idea y ejecutarla con otro nombre, pero nos hizo ilusión protegerla de un modo oficial, como una vez se protegió el tigre en Rusia o en la India. El tigre que años más tarde fui a buscar a Corea.

Cuando hice clic, el Romeo y Julieta continuaba erecto dentro de su envase metálico junto a la estatuilla de dodo que traje de Isla Mauricio. Acababa de comprar por internet un billete de avión a Seúl. Mi también amigo Carles Mercader me había sugerido formar tándem en Corea del Sur con la intención de continuar nuestros distintos pero en este punto complementarios proyectos. Carles, que es fotógrafo, llevaba años zambulléndose en megalópolis asiáticas para retratar cómo Oriente y Occidente se intersecaban en ellas. En sus lecturas orientales detectó que el tigre blanco es uno de los cuatro «monstruos» divinos coreanos, representante de uno de los cuatro puntos cardinales, el del oeste. Es decir, el tigre blanco representa a Occidente en la tradición coreana.

Y se daba la circunstancia de que el símbolo del rayo y el aire, la bestia que podía medir hasta tres metros de largo y pesar 285 kilos, y cuyas representaciones decoraban miles de establecimientos y domicilios coreanos, se había esfumado del país. Como mínimo, no había registros de tigres vivos desde hacía unos ochenta años. ¿Por qué? Si Corea se había proyectado a sí misma con la astucia y fiereza

del tigre asegurando que incluso la península tenía la forma de un gran gato, ¿dónde se encontraba ahora el animal que supuestamente definía su carácter?

Aterrizamos en Seúl en la primavera de 2016, el Año del Mono de Fuego. El impredecible poder del Tigre ya quedaba lejos, su año había sido 2010, y a los coreanos les tocaba confiar en la versatilidad y el ingenio del simio, aunque el tigre no se llevara nada bien con él. Según la astrología china, el Tigre prefiere al Caballo y al Perro. En la historia reciente, los coreanos también habían demostrado sentir una particular debilidad por el perro: se lo comían. Su carne había sostenido durante décadas a millares de personas azotadas por la hambruna, convirtiendo al animal en sinónimo de supervivencia, de energía. Y aunque la impresionante recuperación económica del país había provocado que muchos arrinconaran la tradición de ingerir can como estigma de un tiempo bárbaro, aún permanecían abiertos numerosos restaurantes de *boshintang*. Es decir, de sopa de perro.

El tren del aeropuerto a Seúl fue un anticipo de la pulcritud ciudadana. Personas erguidas y bien peinadas vestían prendas que aparentaban no superar el medio año de antigüedad. Un buen porcentaje de ellas observaban las pantallas de sus *smartphones* generalmente Samsung, la marca del país.

Corea del Sur figuraba como una de las economías emergentes que estaban sugiriendo más pautas a nivel mundial. La vieja tradición confuciana se había fundido con el capitalismo de último cuño situando a la empresa como una más de la familia, y la fórmula había disparado los ingresos de dinero y el número de bebedores de alcohol. Había que velar por la empresa como si fuera un padre, un abuelo —el sistema allí es ultrapatriarcal—, dedicarle catorce horas si era preciso, y salir a cenar con el jefe cada lunes o martes, los días designados para que socializaran los empleados. El superrendimiento se aprendía temprano: a partir de los trece años, los estudiantes se empleaban con tal frenesí que, de no lograr los resultados previstos, podían matarse. Corea del Sur era el país donde porcentualmente se suicidaba más gente en el mundo después de la pequeña Guyana.

Para mantener el exigente ritmo de la pujanza económica, los coreanos habían buscado una alimentación entre saludable y vigorizante. Es cierto que la fiebre del café había convertido el bebedizo en el producto más consumido del país. Es cierto que más de un 70 por ciento de los alimentos consumidos allí eran de origen vegetal, y que los indígenas habían hecho del *kimchi* virtud, demostrando con este plato idiosincrático su magisterio en la fermentación de la col.

Pero también era verdad que, después de mostrarse sublimes

cocinando verde, en el año 2016 buscaban otra energía en la carne. El cerdo y la ternera crudos menudeaban en las exitosas *barbecues*, donde la gente cortaba con tijeras las lonchas que se iba a zampar. Para ser un tigre asiático de garantías, una parte de Corea aún creía necesitar la fuerza del perro, y aunque el Gobierno hubiera desplazado a callejones y obligado a cambiar el nombre a los restaurantes que cocinaban chuchos, miles de comensales seguían fortaleciéndose a base de *boshintang*.

Y es que Seúl exigía una tensión distinta, incluso mayor, a otras megalópolis. Durante un paseo, tres helicópteros militares expandieron su aleteo sordo por encima del río Han, flanqueado por más de diez millones de personas que exploraban sofisticadas caras del placer y la tensión fruto de su atípico lugar en el mundo, influidísimas por Rusia, China y Japón, y con una descomunal base del Ejército estadounidense clavada en medio de la ciudad, evidencia de que el país vivía en estado de guerra con su inestable vecino del norte. «El capitalismo coreano es una creación humana única», había dicho el profesor de Relaciones Internacionales Ahn Wae-soon. Por algo sería.

Ese capitalismo de nuevo cuño afloró antes nuestros ojos los siguientes días. Además de calles y pantallas enviando mensajes en coreano e inglés, asistimos a coreografías de lo más hollywoodiense en el joven y popular barrio de Hongdae, un santuario del K-pop; nos asombró la devoción por el béisbol, la cantidad de clínicas de cirugía estética, el poder de la industria pesada, y cómo los coreanos se dirigían cada mañana *pali pali* —rápido rápido— a trabajar por el futuro de la nación a *chaebols* que exprimían las esencias del coreano.

Los *chaebols* son empresas gigantescas que han diversificado su negocio y pueden controlar desde hipermercados a aseguradoras, inmobiliarias, fábricas del sector alimentario, de la industria pesada… El *chaebol* es el culmen de la visión paternalista de la economía, un engendro sustentado por la confianza vertical y por unos resultados que en aquel momento eran económicamente estupendos… si bien los jóvenes ya hablaban del Helljoseong, el infierno coreano, porque cada vez costaba más encontrar un trabajo que respondiera a sus expectativas y al esfuerzo dedicado.

En cualquier caso, eran tigres. Poseedores de una fiereza y capacidad de lucha legendarias que les habían permitido resurgir de las cenizas no solo tras la guerra con Corea del Norte, sino también, e incluso más significativamente, después de la invasión japonesa que aplastó al país a principios del siglo XX. De hecho, es en ese período donde arranca la leyenda más reciente.

La imagen del tigre era una presencia constante en Corea, aunque se tratara de un animal extinguido. Estaba en la camiseta de la

selección nacional de fútbol, en unos calzones al estilo boxeador que se vendían en los mercadillos, además de en multitud de prendas, sobre todo cazadoras, simpáticos ejemplos contemporáneos conectados con la arraigada tradición de colgar tigres en miniatura a las puertas de las casas en Año Nuevo para convocar a la buena suerte, creencia que también había multiplicado sus representaciones en los establecimientos comerciales que rogaban así por la buena marcha del negocio. Pero la fuerza del tigre en la Corea del siglo XXI se debía sobre todo a la campaña impulsada para aupar al animal como símbolo, después de que Japón invadiera el país en 1910.

Se calcula que la península coreana estuvo habitada por hasta un millar de tigres en tiempos premodernos, cuando los artistas los representaban como embaucadores, mensajeros o protectores. Como eran animales bien anclados en el folclore nacional, los japoneses se aplicaron a cazarlos sistemáticamente para minar aún más la moral de sus invadidos. Entonces, los artistas locales comenzaron a relacionar la caza del tigre con la subyugación de su península y, como idea de referencia, se rescató el dibujo que Choe Nam-seon había publicado en su propia revista en el año 1908: en un mapa, un tigre agachado y con las patas extendidas silueteaba perfectamente la península de Corea, plasmando la identificación entre el territorio y el animal.

«Debemos convertirnos en un ejército de tigres […]. Los tigres son invisibles en el bosque. Y los tigres nunca pierden una pelea». Esta cita atribuida al artista Jung Sung-hwa acota muy bien las intenciones coreanas en la época. Pero la resistencia no funcionó. Cuando los japoneses abandonaron el país en 1945, no quedaba un solo tigre en el sur de Corea.

Los investigadores Joseph Seeley y Aaron Skabelund han fechado en 1920 la muerte del último tigre surcoreano. Sin embargo, no achacan su desaparición en exclusiva a los japoneses, señalando a los propios nativos como enormemente responsables del exterminio. «Los coreanos han valorado al tigre más cómo símbolo que como ser vivo», escribieron Seeley y Skabelund, recordando las matanzas de tigres a cargo de los campesinos que veían amenazados su ganado y su tranquilidad; y subrayando que los propios coreanos habían potenciado la caza del tigre durante el período Joseon (1392-1910) por prevención, comercio o deporte.

La prevención se entiende bien, considerando que, según estudios, los tigres han matado a más de un millón de asiáticos en los últimos cuatrocientos años. Por qué los cazadores coreanos fueron singularmente exhaustivos en las matanzas lo explica John Vaillant en su formidable libro *El tigre*: «En Corea, Manchuria y el sudeste de China, los tigres eran considerados a la vez criaturas sagradas y un azote. Hasta alrededor de 1930, los tigres continuaron representando

un riesgo tan grande que, en Corea del Norte, el grueso de las ofrendas que se hacían a algunos santuarios budistas eran plegarias que pedían protección frente a estos animales».

Pese a las súplicas, los tigres parecían preferir comer coreanos a rusos. Dale Miquelle, norteamericano estudioso de los tigres, señaló la razón: «Cuando la mayoría de la gente carece de medios de defensa (esto es, armas de fuego), los tigres se percatan de ello y la incluyen en la lista de presas en potencia. Sin embargo, donde la gente está fuertemente armada (por ejemplo, en Rusia) los tigres también se percatan de ello y borran a la gente de la lista. La consecuencia implícita es que tienes que enseñar a los tigres que la gente es peligrosa».

Y a ello se aplicaron los coreanos al crear una especie de fuerza de élite denominada Gremio de Cazadores de Tigres, que ha pasado a la historia como la más valiente del nordeste de Asia. Y que no es sino la sublimación de los Ch'akho Kapsa, batallones de soldados adiestrados en el siglo XVII para la caza del tigre.

«Los coreanos —escribió John Caldwell, hijo del misionero metodista cazador de tigres Harry Caldwell— despertaban gran admiración entre los cazadores occidentales que se encontraban con ellos, en gran parte porque todavía utilizaban fusiles y pistolas de llave. Estas armas medievales chinas databan del siglo XIV; dependían de una mecha que encendía la pólvora, lo cual permitía efectuar un solo disparo a una distancia tan corta que resultaba suicida. Como dijo un historiador, los que erraban el tiro… raramente vivían para lamentarlo».

Sí, los coreanos fueron expertos exterminadores de tigres, pero la invasión japonesa difuminó ese pasado cargando sobre los nipones la exclusiva del exterminio. Y, décadas más tarde, el tigre fue rehabilitado nacionalmente confiriéndole un aura de animal simpático que igual servía para publicitar cereales que para divertir a los niños en mil y un relatos o como emblema de un equipo de béisbol y de varias universidades. Su entronización llegaría en los Juegos Olímpicos de Seúl, que usaron como mascota a Hodori.

Fuera como fuese, en los últimos tiempos algunos investigadores habían deslizado la posibilidad de hallar tigres en Corea. Los expertos aseguraban que, tras la aniquilación en el sur, los últimos felinos se habían desplazado al norte peninsular, pero la posterior guerra de Corea (1951-1953) también complicó su supervivencia allí. Las operaciones militares que enfrentaban al bando comunista y al del capital implicaron la deforestación de miles de hectáreas, la huida de innumerables especies animales, la pérdida de otras. Y los pocos tigres que quedaban, si es que quedaba alguno, habían aprendido a

desaparecer aún mejor.

De todos modos, corrían rumores de que se habían avistado hasta «cinco o seis tigres» en el lado norcoreano cerca de la frontera rusa, si bien nadie del lado occidental había podido confirmarlo debido a la falta de permisos para visitar aquel país terco en su política de no filtrar informaciones, aunque se tratara de tigres.

Fue la investigadora Lisa Bradley quien llamó la atención sobre la actual posibilidad de grandes gatos en una de las zonas más opacas e intrigantes de la Tierra: la Zona Desmilitarizada, conocida como DMZ. Una franja de 248 kilómetros de largo y 4 de ancho que separa el Norte del Sur. El Ejército estadounidense la señala como uno de los tres puntos críticos de su política internacional, junto a Irak y Afganistán. La particularidad es que en esa franja no hay humanos. O no debería haberlos, según el pacto alcanzado en 1953 entre chinos, coreanos del norte y el mando militar de la ONU. En cualquier caso, en sus límites se extendía una de las mayores concentraciones de soldados del mundo, con los ojos siempre puestos en la vastedad desolada donde, según Bradley, cabía valorar la existencia de tigres.

Cincuenta y tres kilómetros al norte de Seúl se halla Panmunjeon, la localidad que un enviado del *Washington Post* definió como «Tierrapeligro, un bizarro parque temático sobre la cataclísmica muerte masiva». Caravanas de turistas recorrían a diario el pabellón de la Joint Security Area donde se firmó el armisticio y se trazó la línea física que aún divide a las dos Coreas protagonistas de la contienda que marcó el inicio de la Guerra Fría. Policías militares cinturón negro en taekwondo o judo de no menos de 1,77 metros de altura y armados con pistola, mantenían marmóreas expresiones mientras escrutaban a sus homólogos del norte, que les devolvían la mirada gélida desde el otro lado de la frontera, a pocos metros.

Las alambradas comenzaban en la vecina isla de Ganghwa, si bien nuestra área de interés se extendía hacia el este, donde la DMZ se transformaba de inmediato en un lugar solitario salpicado de pequeños pueblos, al margen de los acuartelamientos militares. Los controles y la imposibilidad de seguir rutas de montaña nos obligaron a volver a Seúl para tomar la carretera a Jeongok, el trampolín hacia el norte.

En una hora, los rascacielos de cristal, las megapantallas callejeras, los peinados de colores cedieron el paso a un paisaje rural con casas que acumulaban chatarra en jardines barnizados de polvo a causa de los vientos del desierto de Gobi. Constantes pirámides de neumáticos rubricaban un feísmo concienzudo que hacía pensar en el cuidado y la precisión con los que los virtuosos antiguos habían pintado a esos tigres que, confiaban, debían hacer del mundo un lugar mejor.

Había indicadores por doquier, como si todo necesitara una señal. La presencia humana estaba determinada por la saturación de objetos. Muchas casas parecían prefabricadas sin serlo, con tejados a caballo entre el gusto chino y el occidental, en una indefinición resuelta a fuerza de colores estridentes que contrastaban con el caqui de los camiones y tanques que muy pronto comenzaron a circular. Viajábamos en un autocar que se detuvo varias veces para dejar paso a convoyes o soldados de maniobras. Los otros pasajeros eran seis ancianos, que se fueron apeando antes de adentrarnos en las curvas de montaña.

Montes semiesféricos se encadenaban como olas formando un mar de bosques compactamente verdes pero no muy altos donde costaba imaginar algo grande y carnívoro. Hay que tener en cuenta que un tigre blanco puede medir hasta tres metros y pesar entre 180 y 285 kilos, además de necesitar un hábitat de unos cuatrocientos kilómetros cuadrados y presas lo bastante grandes para alimentarse en condiciones.

Las iglesias rematadas por cruces y los invernaderos puntuaron la ruta hasta Naesan-ri, en la provincia de Yeoncheon. Las casas ya solo aparecían de vez en cuando, grandes y dispersas, en ocasiones formando diminutas aldeas estrictamente arrimadas al asfalto. El resto era bosque, militares y alambradas.

El albergue reservado por internet tenía tres alaskan malamutes en la puerta. Los dos que estaban encadenados ladraron enseñando los dientes. Jo-hong Sik nos recibió en camiseta de tirantes, sudando. Era un hombre fibrado, con la boca ligeramente torcida por algún motivo que le impedía vocalizar bien. Aun así, como después observamos, era de los que mejor hablaban inglés en una zona donde casi nadie dominaba lenguas extranjeras, y en esa lengua nos comunicamos.

Se rio al escuchar nuestro objetivo.

—El tigre es rebelde, impulsivo y caprichoso —dijo—. No sé si por aquí quedará alguno, pero al menos esto está lleno de rebeldes.

Y señaló hacia algún lugar indeterminado de la montaña a cuya falda murmuraba un río. Al decir «rebeldes», Jo-hong Sik aludía a sus escasos vecinos, muchos de ellos solitarios que habían instalado su hogar lejos del ruido. O nuestro anfitrión ignoraba la realidad social o, lo más probable, tuvo un arrebato romántico, porque estaba constatado que muchos de sus vecinos eran solitarios a contrapelo: norcoreanos que, al definirse la DMZ, quedaron atrapados en los montes de la zona sur y ya no pudieron —o no quisieron— volver.

Éramos los únicos huéspedes. El albergue de Jo-hong Sik se activaba sobre todo en verano, cuando algún turista acampaba junto al río en el ancho terreno de su propiedad. Mientras, cultivaba un huerto y manejaba la grúa que le suministraba el salario.

—Ayudo a mi padre, es una vida tranquila. No necesito más.

—¿Viviste de otra manera? —pregunté.

—Trabajé en un banco de Jeongok durante seis años, pero aquello no iba conmigo. Mucho ruido, en la ciudad.

Por la tarde, salí a pasear. Caminé cien metros por el arcén de la carretera y, al doblar la primera curva, topé con un control militar encajado entre dos montañas. Los soldados me apuntaron con fusiles. Reculé levantando las manos abiertas, ni siquiera llegué a hablar con ellos. Tras darles la espalda, seguí la carretera hacia el sur.

Las casas se agrupaban siempre junto al asfalto, y las pocas construidas por encima solo trepaban unos metros ladera arriba. Ninguna se hallaba en lo alto de una colina o en cualquier lugar que concediera una vista más o menos panorámica. Entre el arcén y el bosque o el campo, si no mediaba un barranco, solía haber rejas, alambradas o vallas semideshechas con puertas combadas que cerraban candados llenos de óxido y verdín. Lo de poner puertas al campo era una realidad. Cada vez que intentaba desviarme de la carretera a través de algún sendero, una pareja de militares salía a mi encuentro, o topaba con una valla infranqueable. De vez en cuando, en la cuneta emergía un racimo de altavoces desde los que el Ejército enviaba mensajes a la población.

El pino, el invernadero y la iglesia eran la terna no militar, y menudeaban las mariposas negras. Varias de ellas salieron en desbandada al paso de un convoy, al menos dos de ellas acabaron bajo las ruedas de un camión repleto de soldados.

Al murmullo de los trinos y el río se añadían con frecuencia el bramido de los vehículos pesados, los gritos de oficiales, el zumbido de generadores invisibles y el ladrido de los perros que custodiaban casi todas las casas.

Antes de salir de Seúl habíamos ido a comer uno. Nos habían insistido tanto en el valor cultural de la sopa de perro, en lo bien que nos iría para encarar un viaje a la DMZ, en lo sano que era enfrentarse a los prejuicios… que una noche de calor espeso nos sentamos sobre el parqué del restaurante 40 Años de Tradición, Restaurante de Sacholtang, regentado por Kim Shi-woo, un seulita de cuarenta y dos años que precisamente esa temporada celebraba el cuarenta aniversario de aquel establecimiento familiar con fama de servir una de las mejores carnes de perro de Seúl.

El perro, como los vegetales, había sido una comida de subsistencia para miles —o millones— de coreanos en los tiempos del hambre y Kim Shi-woo estaba orgulloso de continuar sirviendo la famosa *boshintang* pese a las restricciones impuestas tras la celebración de los Juegos en 1988, cuando el Gobierno casi proscribió este tipo de restaurantes en un intento de no proyectar la imagen de pueblo

primitivo a los turistas.

Kim Shi-woo tardó un buen rato antes de doblar las piernas para sentarse a charlar con nosotros.

—Le da vergüenza. Lo de conceder una entrevista es nuevo para él —dijeron Olga y Feruza, las camareras rusa y uzbeka, estratégicos exotismos pensados para revestir de cierto *glamour* un local condenado a la etiqueta «viejuno» por la Seúl más vanguardista.

Cuando empezamos a hablar, junto a la parrilla donde la rusa, la uzbeka y la colombiana-coreana Cammy Cho habían servido el perro casi una hora antes, solo quedaban dos trozos de carne y un colchoncito de verdura. Alrededor, una constelación de pequeños cuencos que incluían desde el clásico *kimchi* hasta sopa de algas con tofu, ajos pelados o arroz, además de varias fermentaciones bañadas en salsa picante y a saber cuántas botellas de Kass, la cerveza local, y *soju*, ese aguardiente traicionero que con sus veinte grados emergía como popular y exitoso sucedáneo del vodka.

Kim Shi-woo usaba gafas de lupa amplia casi redonda, más rancia que *hipster*. Camisa rosa de manga corta, pantalón negro y la extrema gesticulación de los tímidos asiáticos, con movimientos que en ocasiones parecían extraídos de un cómic manga. Al tomar asiento, rio tapándose la boca con una mano.

—¿Habéis comido bien?

—El perro estaba buenísimo —respondimos Carles y yo—. Lo hemos preferido al pato.

Cabeceamos hacia la parrilla del fondo de la mesa, que seguía llena de carne de pato. Cammy, la amiga colombiana que nos hizo de traductora, dijo que nuestro anfitrión había añadido el pato por si a última hora nos sobrevenía un remilgo antiperro.

«Buenísimo» fue una respuesta sorprendentemente sincera. La carne de perro cocinada por Kim Shi-woo, que era el chef además del propietario del restaurante, poseía una ternura enriquecida por los jugos de tres horas de cocción, si bien no entró en detalles porque la receta la había heredado de su madre y quería guardarle el secreto.

—De hecho, también heredé este local de mi madre. Ella trabajaba aquí como empleada hasta que lo compró en 1978, después de separarse. Lo sacó adelante sola. Mi madre cazaba perros por los ríos, cualquier perro. En aquel entonces había un *boom* de la construcción en Seúl y venían al restaurante muchos obreros que trabajaban por la zona, porque el perro tiene fama de dar mucha energía a quien lo come. La sopa es muy buena para trabajar.

Kim Shi-woo aseguró que su carne también era buena para los pulmones y la piel. Por lo visto, entre sus clientes había varios deportistas de alta competición, «jugadores de fútbol, de bádminton,

béisbol».

—Y muchos convalecientes de operaciones y gente con cáncer —dijo. Se quedó un instante pensativo—. Antes había hombres que pasaban con carros gritando: «¡Compramos perros!». La gente se los vendía y entonces los llevaban a un árbol, los ahorcaban y mientras morían los remataban a palos, porque así la carne queda más suave al cocinarla. En algunas zonas de campo todavía se mata a los perros de esa forma. Luego, se les cubría con heno y se les prendía fuego, para sacarles el pelo. Entonces estaban listos para hervirse y comer. Ahora no. Ahora se les electrocuta, como hacen con las ovejas, con las vacas…

Kim Shi-woo había crecido comiendo esa carne, de modo que nunca se preguntó por qué la comía. Simplemente estaba ahí, en la mesa.

—¿Y cómo me veo? Tengo más de cuarenta años y aún juego a fútbol, corro maratones, me encuentro en perfecta forma. Los maratonianos coreanos comen mucha carne de esta. Hace poco fui a hacerme un chequeo y al verme por los rayos X el doctor me preguntó de qué trabajaba, porque le impresionó que tuviera unos pulmones tan grandes.

El chef se ceñía a los aspectos objetivamente prácticos del consumo de perro, si bien reconoció que:

—Hay mucha superstición con esa carne. Por ejemplo, existe la creencia de que un perro no se debe regalar o recibir gratis. Hay que pagar algo, aunque sea una moneda simbólica. Si no, alguien enfermará. De todas formas, ahora la gente es menos supersticiosa.

Quizá, pero los jugadores aún adoraban al tigre por ser heraldo de la suerte. Por otro lado, como en el *feng shui* el lado derecho corresponde al tigre, ese lado de la casa suele destinarse a las dependencias domésticas pensadas para disfrutar los ratos de paz.

Pese a la vigencia de ciertas supersticiones, quedaba lejos la escena narrada por el célebre cazador de tigres Yuri Yankovsky, quien hacia 1930 presenció uno de los rituales típicos entre miembros del Gremio Coreano de Cazadores: «Antes de que transcurriese mucho tiempo, dimos con una escena sorprendente. Un coreano tocado con el sombrero cónico de fieltro azul del Gremio de Cazadores de tigres estaba apoyado en un árbol, con un anticuado fusil de llave en la mano… [Otro cazador] estaba arrodillado en el suelo y bebía sangre de un cuenco que sostenía junto a la garganta de un tigre muerto».

La creencia de que tomando la sangre del tigre los hombres cobraban la potencia y el valor del felino se contrarrestaba, eso sí, con la de que el gato también adquiría más fuerza al devorar tanto el cuerpo como el alma de los seres humanos. La lucha a muerte estaba servida.

De lo que cabían pocas dudas, según Kim Shi-woo, era de que la grasa seca y pegajosa del perro ayudaba a que las heridas cicatrizaran mejor. Y de algo más:

—Tenemos un cliente de setenta años que dice que esta carne es mejor que el Viagra —afirmó Kim Shi-woo antes de terminar la noche cantando en un karaoke—. Y las mujeres aseguran que es bueno para la menstruación. Mire…, la verdad es que la mayoría de parejas más o menos jóvenes que vienen aquí, el 90 por ciento diría yo, son amantes. No esposos, no: amantes. Y lo hacen por lo afrodisíaco.

Viagra deriva de *vyaaghra*, que en sánscrito significa «tigre». Y ese nombre recibe un famoso fármaco potenciador de la sexualidad en varones. Pero en las lindes de la DMZ escaseaban las mujeres. Abundaban las golondrinas. Había campesinos semihundidos en arrozales perfumados de estiércol que se tendían como serenas llanuras reflectantes sobre los valles. Y miles de jóvenes uniformados que no agotaban todas sus fuerzas realizando maniobras en bosques. El tigre, el *viagra*, ¿tenían alguna oportunidad allí?

Nuestro anfitrión Jo-hong Sik recordaba los años en el ejército como la peor experiencia de su vida.

—Odio a los soldados —dijo—. Hice la mili en Cheorwon y… fue terrible. Estaba solo. Dos años. Todo el día con el fusil, la disciplina. Tengo cuarenta y dos años. Quiero la paz en el mundo. Y tener un hijo. No me quiero casar, pero sí tener un hijo.

—¿Casarte no?

—Las mujeres y yo… —dijo con su voz gangosa—. El tigre es solitario.

La leyenda dictamina que el tigre blanco solo aparecerá si el legislador al mando gobierna con virtud o si hay paz en el mundo. Pocos meses después de nuestra incursión coreana, la presidenta del país —hija del exdictador que gobernó Corea durante dieciocho años — dimitió acusada de prevaricar favoreciendo los negocios de una chamana amiga. En cuanto a la posibilidad de paz global… podía presumirse que los coreanos aún deberían aguardar una buena temporada para avistar al tigre blanco.

Jo-hong Sik había optado por ser su propio tigre. El río que murmuraba a veinte metros le facilitaba comer pescado. El huerto le proveía de frutas y hortalizas, si bien cuando se le antojaba una hamburguesa debía conducir una hora hasta el restaurante de una cadena cárnica. Al anochecer, el racionamiento eléctrico disparaba los generadores. Decían que la DMZ se distinguía muy bien en las fotos satelitales nocturnas porque era donde empezaba la oscuridad.

Cuando nos despedimos en la entrada, los tres alaskan malamutes

movieron el rabo al verle.

—Vigilan y cazan —dijo.

La frase, como la vida allí, fue primordial. Digna de un superviviente acostumbrado a adaptarse como el tigre se había adaptado durante milenios. Sin embargo, la aceleración humana de los últimos doscientos años parecía estar superando al felino. Haberlo superado ya.

En la carretera hacia Cheorwon, las montañas se sucedieron igual de monótonas, sin grandes picos ni barrancos, compactamente verdes y herméticas. Una homogénea cerrazón que intimidaba, a su manera. La imposibilidad de coronar cimas incrementaba la opresión, la certidumbre de estar encerrados. Camiones del siglo pasado renqueaban ante tractores y excavadoras que se cruzaban con tanques o baterías antiaéreas. Era viernes, y en la estación de buses de Cheorwon, docenas de soldados hacían cola para disfrutar sus permisos en cualquier otro lugar.

Cheorwon es la ciudad que mejor explica la historia de la región: nudo comercial, durante la guerra fue la capital del Triángulo de Hierro, desde donde China y Corea del Norte lanzaron sus ofensivas contra Seúl hasta que, en 1951, el Sur y los Estados Unidos reconquistaron la plaza. La antigua Cheorwon quedó devastada. Ahora solo se podían visitar sus ruinas, a diez kilómetros de una ciudad nueva pero con idéntica importancia geoestratégica.

La extensísima llanura había servido para el masivo desplazamiento de tropas además de testimoniar tremendas batallas, si bien los oteadores actuales se concentraban en vigilar la línea demarcada por las montañas. En la loma de una de ellas se hallaba el Seungri Observatory, fortín con un bastión acristalado desde el que se podía admirar el impresionante espacio por completo vacío de humanos, también casi exento de vegetación. La DMZ. En lontananza se distinguían, insignificantes, las garitas de vigilancia norcoreanas.

Siguiendo la loma donde se levantaba el fortín, se alineaban las garitas del bando occidental a lo largo de kilómetros, hasta perderse de vista. Grandes porciones de tierra habían sido deforestadas y parecía difícil que un mamífero de grandes dimensiones pudiera circular por ahí abajo sin ser visto. En cualquier caso, existía la noche. Y el tigre había demostrado ser capaz de alcanzar un estado de virtual inexistencia, tan consciente como el oso polar de que, hoy, para sobrevivir debía dominar el arte de la desaparición.

—Hace más de medio siglo que nadie atraviesa ese campo —dijo el oficial que atendía a los visitantes autorizados. Pero no era del todo cierto: patrullas de ambos bandos se internaban periódicamente para corroborar que su rival no había abierto brecha en la cerca ni estaba,

por ejemplo, excavando un túnel de infiltración. De vez en cuando, algún soldado saltaba por los aires tras pisar una mina que nadie sabía cómo había llegado ahí.

—Hay especies animales únicas. Flora virgen. Es un santuario para las aves migratorias —añadió el oficial, insistiendo en una visión romántica que la señora Kyung Hee, vendedora de nabos y madre de una bióloga empleada en Seúl, matizaría el día siguiente en el mercadillo del sábado de Cheorwon.

—Mi hija —afirmaría la señora Kyung Hee— dice que el medio ambiente de la DMZ es anormal porque, primero, la guerra echó a un montón de animales; y, segundo, los soldados queman el bosque para ver mejor al enemigo. Ella dice que ese hábitat está devastado.

La hija de la señora Kyung Hee tenía razón. En el año 2000 llegaron a arder diecinueve bosques en el área, un 40 por ciento de la DMZ. Aparte de las rutinarias duchas defoliantes con las que los militares rociaban la zona, mortíferas para los animales, así como el uso de herbicidas y las minas.

—Mi hija y yo estamos en un movimiento para la protección animal —diría la señora Kyung Hee.

El murciélago rojo, la nutria o el águila dorada se encontraban entre las especies amenazadas, si bien el regreso del buitre negro sugería que el ecosistema empezaba a recuperarse. Fue instintivo imaginar a una urraca sobre el lomo de un tigre, esa imagen reiterada por los pintores del folclore nacional, que distingue al tigre como símbolo de la tierra y concede el cielo a la urraca. Por eso, en 1860, la *contraintelligentsia* artística japonesa se había apresurado a pintar al comandante nipón Katō Kiyomasa alanceando a un tigre que se contorsionaba formando la silueta de la península coreana. Qué mejor metáfora para representar la agresión que estaba sufriendo el país por parte de unos invasores centrados en erradicar a su animal más simbólico.

La política japonesa de aniquilación del felino incluyó cacerías a las que se invitaba a empresarios y gobernantes tanto nipones como extranjeros a quienes se deseaba ganar para la causa anticoreana. Cacerías que hoy suenan como potenciales precursoras de los modernos torneos de golf donde numerosos dirigentes cierran tratos clave.

La actitud japonesa hacia las aves peninsulares fue muy distinta. La grulla de cuello blanco, el cisne y la cigüeña fueron protegidos, ratificando los informes donde se aclaraba que el objetivo del Imperio del Sol se centraba en liquidar a los depredadores. Era lo que le faltaba al tigre.

Durante el período Joseon, los propios coreanos habían deforestado miles de hectáreas incitados por el aumento de población

del 400 por ciento que se había dado en el país entre 1400 y 1850, multiplicando los poblados y las áreas cultivadas. Como los tigres incordiaban, se alentó la sobrecaza y algunos oficiales coreanos llegaron a emplear pieles de tigre como moneda diplomática, constando registros del cambio de una piel de tigre por cinco ventiladores, entre otros trueques.

En 1885, el misionero William Griffis cifró en mil pieles el comercio de aquel año, al margen de los huesos y los órganos que se empleaban para varios usos. En 1887, solo del puerto de Incheon zarparon doscientas diez pieles. Resultaba difícil calcular cuántos tigres quedaban en la península a principios del siglo XX, pero sin duda eran menos que en el XIX. Y los motivos principales de su disminución habían sido la arrogancia y el miedo. Arrogancia de un invasor dispuesto a sepultar la moral de sus nuevos súbditos. Y el miedo de una población coreana que contribuyó a la matanza.

De todas formas, en el siglo XXI, la DMZ sublimaba la colisión humanos-fauna creando un espacio de cariz entre extraterrestre e ilusionante donde la ausencia de personas había multiplicado inverosímilmente las acacias y se habían detectado nueve especies vegetales nuevas y ochenta y ocho raras, aparte de un champiñón único o un extrañísimo edelweiss que imprimían a aquella porción de tierra una fascinación inquietante.

El área estaba rodeado de alambre, sirenas, focos. En la carretera de ascensión al observatorio sorteamos una concatenación de badenes que ralentizaron la marcha casi a velocidad de paseo. Todo allí supuraba precaución y miedo. Durante los días en Seúl, los helicópteros habían aleteado varias veces sobre la ciudad, y un mediodía, deambulando por el barrio de Gangnam, una sirena antiaérea se adueñó de los cielos con una omnipotencia que hasta entonces yo había atribuido a otra época o a las películas. El sonido que advierte sobre la inminencia de un ataque celeste no alteró a los seulitas, empezando por la dependienta de una tienda de ropa chic que siguió repeinando su estupenda cabellera ante un espejo, tan tranquila.

—Una se acostumbra a todo. Yo ya ni veo a los militares. Ni pienso en ellos —nos diría días después una anciana con la que compartimos autocar, acostumbrada a los ensayos preventivos.

—¿Y no les inquietan las amenazas de Corea del Norte?

—Bah —intervino el chófer—. Cada marzo es lo mismo. Cuando los americanos empiezan las maniobras, los del Norte se ponen nerviosos. Las amenazas nos sirven para saber que llega la primavera.

El perenne peligro de una ofensiva norcoreana que nunca se materializaba había restado dramatismo a los beligerantes discursos de los dictadores del Norte, y algunos urbanitas de Seúl hasta

bromeaban con las bravuconadas de Kim Jong-un. Aunque periódicamente su país debiera afrontar un capítulo dramático, incluso con víctimas mortales.

La última tragedia había ocurrido en 2015, cuando dos soldados que inspeccionaban las vallas en el interior de la DMZ perdieron las piernas al explotar una mina colocada, aseguraban los militares del Sur, por un comando norcoreano. Desde el Norte respondieron que esa mina estaba ahí desde antes de la guerra.

La mayoría de incidentes se acotaban a la DMZ, ese lugar «remoto» a dos horas del barrio pijo de Gangnam. Una franja que, aun pareciendo pertenecer a un no país, a cierto limbo extraño y exótico, ejercía una presión continua y lapidaria sobre las conciencias surcoreanas, añadiendo aún más tensión a su día a día superexigente. Una tensión fruto de un miedo tan familiar como, por eso, enquistado.

«Hay dos clases de personas cuando se trata de situaciones extremas —había sentenciado el cazador de leopardos Vasili Solkin—. Una primero se asusta y luego empieza a pensar; la otra empieza pensando y se asusta después. Solo la segunda sobrevive en la taiga». Los surcoreanos parecían inscribirse en la segunda categoría, una raza entrenada para la supervivencia, capaz de comer perro, vender orina o fermentar vegetales que podían consumir hasta un año después con tal de asegurarse seguir respirando en el yermo. Pero controlar la situación no les eximía del miedo latente a un ataque. Ese temor medraba en el subconsciente imprimiendo rigidez a los músculos y el carácter, aumentando el nivel de atención y de alerta nacional, contribuyendo a disparar el estrés. El alcohol era una forma de atemperarlo. Las salas de videojuegos reunían a miles de jóvenes que liquidaban enemigos virtuales tecleando enfermizamente rápido la máquina de turno en medio de una barahúnda espantosa. El taekwondo canalizaba cualquier furia, desasosiego o pasión de un modo integral. Y es que la guerra invisible de los surcoreanos y su circunstancia también se libraba ahí, con el *soju*, la consola, el tatami. Muy lejos ya de los tiempos en los que temían tigres, pero aspirando a preservar la violencia ética inherente, según ellos, al animal. Al menos así habían presentado los cuentos y las leyendas al tigre, como una fiera brutal, pero solo con quien lo merecía. Puedes golpear si tienes un motivo justo para hacerlo. Y tu golpeo puede ser implacable. Por eso, la venganza estaba aureolada de sentido, y tenía precisamente en el tigre a su ejecutor principal, porque todo el mundo sabe que cualquiera que haya intentado matar un tigre sin conseguirlo tiene los días contados.

El tigre de John Vaillant es una especie de investigación criminal que viene a rubricar exactamente esa idea. Vaillant se desplazó al Primorje ruso para discernir cómo un tigre acosó con estremecedora

paciencia al cazador que le había herido. Cómo hizo saber, a su víctima y al resto de su aislado vecindario, que no iba a escapar. Y cómo mató a aquel hombre.

La venganza es una causa noble para chinos y coreanos, que han desarrollado toda una narrativa reflejada en películas, cuentos, canciones, novelas en torno a esa idea que tiene en el tigre a un representante excelso. De hecho, en el avión que nos llevó a Seúl, vi una película coreana en la que un tigre pseudodivino devoraba sin remedio a las fuerzas japonesas que habían invadido su bosque. Se trataba de un bicho de talla descomunal capaz de absorber las balas como Moby Dick hacía con los arpones. Un devorador finalmente bondadoso, eso sí, porque libraba a la tierra de los esclavos de la codicia, devolviéndole su latido natural. El guardián del espíritu de la montaña. El representante del yang.

Sea como sea, cristianos de todo el mundo habían rezado mucho para no encontrárselo.

—Aunque en Corea, no —dijo el Reverendo, así le llamaban, que se sacaba un extra hospedando a viajeros como nosotros en su casa, a treinta pasos de la iglesia donde él mismo daba misa. Era un hombre recio con brazos tensamente gruesos, el redondeo muscular típico de los orientales fuertes, y brusco en la comunicación, que a menudo se reducía a gruñidos. Por la mañana, leía la Biblia sentado en el suelo junto a seis mujeres que marchaban a mediodía. Comía solo en una cocina poco iluminada y tomaba café soluble, cuyos finos y cilíndricos envases de papel se hallaban por toda la casa.

El cristianismo había arraigado en la DMZ como el café, sostenes de ascendente occidental que en Cheorwon ayudaban a trabajar los inmensos cultivos de arroz de una planicie tocada por la *paz*, palabra omnipresente en la región, que ostentaba desde un Embalse de la Paz a un Observatorio de la Paz… militar. Las contradicciones formaban parte del *kitsch* de la provincia. Del país también, pero en la DMZ la contradicción afectaba evidentemente a la estética. Había algo mal resuelto en el aire, y por eso los muros de los acuartelamientos o de las garitas militares a menudo mostraban caricaturas de ardillas u otros animales presuntamente simpáticos vestidos de camuflaje y con casco. Las iglesias se coronaban con neones rojos de los que en Occidente asociamos a prostíbulos de modo que, durante el crepúsculo, en el *skyline* rural despuntaban múltiples cruces rojas como faros en la llanura.

En aquella zona bastante despoblada sobre la que la mayoría de seulitas a los que consultamos asumieron saber «muy poco» o «nada», la gente tendía a creer en Dios, muchos desde una perspectiva evangelista. El Reverendo entre ellos. La influencia norteamericana había trascendido el ámbito bélico y económico, calando en la

religión. De todas formas, el cristianismo era una fe tardía en Corea, donde apareció en el siglo XVIII y fue perseguido por la dinastía Joseon. Los cristianos habían temido más al soldado que al tigre, de ahí que el Reverendo dijera:

—Aunque en Corea, no.

Porque no, en Corea no rezaban para espantar felinos, sino para captar feligreses. Buda aún atraía a más creyentes (un 43 por ciento) que cualquier otra creencia, si bien en Cheorwon los evangelistas evidenciaban hasta qué punto habían prosperado desde su implantación en 1958, poblando de cruces la ciudad. Y ya suponían el 34,5 por ciento de creyentes en el país.

Confucio estaba aprendiendo a convivir con Buda y, sobre todo, con Cristo, si bien la potencia del chamanismo imponía este credo como otro pilar singularmente significativo de la fe nacional. Porque en él anidaba la rebeldía. Era el chamanismo el que había proyectado al tigre como mensajero del espíritu divino de las montañas. Y sus ritos y manifestaciones habían resultado una opción insuperable para mostrar, aunque de manera solapada, el descontento de cientos de miles de mujeres ansiosas por desmarcarse del patriarcado capitalista. Los antropólogos aseguraban que por eso la mayoría de chamanes eran mujeres: las posesiones rituales les permitían rebelarse frente al poder y el estatus de los hombres, con los que solo podían comunicarse abiertamente estando en trance. Durante el hechizo, las poseídas se despachaban a gusto con ciertos varones llevando la revuelta un peldaño más allá, al recordar al propio tigre que él mismo era un símbolo masculino mientras ellas pugnaban por señalar que también existían tigresas.

En cualquier caso, mantener a la especie aún era cosa de dos, y la desolada DMZ no sugería que un macho y una hembra pudieran coincidir allí, rodeados de armas letales y gente con necesidades básicas a merced de una economía nada boyante. En el mercadillo del sábado, varios hombres contaron fajos de *wons* tras empaparse la yema de los dedos con saliva, reproduciendo la escena protagonizada décadas antes por tantos cazadores en las tierras rusas del norte, donde llegaron a denominar Toyota al tigre, porque era el vehículo que se podían comprar tras canjear un cadáver del felino.

Los soldados se habían constituido como la nueva caza mayor del mercader regional, eran sus tigres modernos, bastaba ver los billares o la bolera por la tarde.

—Los soldados son un buen negocio —nos dijo el propietario de la bolera acompañado por un perro pastor alemán que sin duda no se pensaba comer—. Y lo mejor es que no se nos van a acabar. Tengo un proveedor que siempre se preocupa cuando se habla de acuerdos de paz. Suministra refrescos a cuarteles y dice que si los soldados se

largaran, su negocio se hundiría. Bah, en Cheorwon eso es imposible. Es una ciudad clave.

Los comerciantes que saben amortizar guerras son como mínimo conscientes de la utilidad de mantener vivo el origen de los ingresos, que en su caso es el miedo. Un detalle que los vendedores de piel de tigre no debieron contemplar. En todo caso, tras el exterminio, Corea del Sur siguió siendo uno de los mayores importadores de huesos del felino para usarlos en la medicina tradicional hasta que el Gobierno prohibió el comercio… en 1993.

Formaciones de troncos esbeltos se compactaban rumbo a Inje. La hojarasca y el matorral amurallaban los intersticios, y penetrar el bosque exigía equipación. La montaña se cerraba de un modo cada vez más alpino. Descendió la temperatura. En los tejados de las casas asomaron elegantes alerones de clásico estilo oriental que se alternaban con construcciones de pura cordillera suiza.

Ascendimos zigzagueando junto al río hasta un albergue que alineaba unos cuantos *bungalows* a la orilla del cauce y sin nadie a la vista. De vez en cuando, el zumbido de un motor lejano truncaba el rumor del agua. El bosque impuso sus trinos en cuanto nos adentramos en él. Como atardecía, ululó un búho rodeado de moscas. El bosque resultó pronto impracticable y volvimos a ras de río, superando acequias, a algún campesino solitario, a alaskan malamutes enjaulados o sujetos por cadenas, varios de ellos albinos. Como el mítico tigre coreano: el tigre blanco, la quintaesencia del carácter nacional y sobre el que se habían construido las leyendas más resistentes.

Si encontrar un tigre coreano en la zona resultaba una misión complicada, que además fuera blanco la convertía en imposible, teniendo en cuenta que ese tipo de tigre había desaparecido sin duda de la zona y no se guardaban datos fiables de cuándo y cómo ocurrió. Los científicos atribuían su pigmentación a una falta de melanina fruto de la endogamia, el mismo motivo por el que muchos de estos tigres eran bizcos, tenían deformidades de columna o la lengua partida en dos. Dificultades físicas que probablemente los convirtieron en víctimas aún más propiciatorias de los cazadores.

Por otra parte, los tigres blancos solían incluirse en la subespecie del tigre de Bengala o el siberiano, si bien algunos estudiosos coreanos defendían que había existido un tigre autóctono y exclusivo de la península. Ahora aceptaban que ya no quedaban tigres blancos nacionales, pero no todos los tigres patrios debían gastar ese color, y por eso confiaban en los grandes espacios de Corea del Norte como salvaguarda de unos ejemplares de clásica pigmentación negro-amarilla (pero igual de coreanos) que suponían vivos y, de algún

todavía inconcreto modo, ayudarían a reflotar la población del tigre nacional.

Y entonces apareció el profesor Hang Lee. Lo habíamos localizado antes de salir de Barcelona, pero solo concretó la entrevista cuando le telefoneamos desde Seúl. Nos recibió en su polivalente despacho de profesor universitario, cepillándose los dientes en el lavamanos incluido en una habitación no muy grande pero abastecida con microondas, cafetera, un plegatín, un cactus, dos pesas y una silla almohadillada.

—El tigre de Amur y el tigre coreano no es que se parezcan —dijo tras enjuagarse la boca—, es que son el mismo: la *Panthera tigris altaica*.

Hang Lee había empezado a investigar a fondo al animal extrayendo su ADN a partir de raspaduras de hueso.

—Descubrimos que el tigre siberiano y el coreano eran idénticos —repitió.

—Un golpe bajo para el sentimiento nacional.

—Desde la invasión japonesa los coreanos son muy nacionalistas —aseguró el coreano—, cuidan mucho la línea de sangre. Pero después del primer impacto, se atisbó la nueva posibilidad: podíamos recuperar el tigre coreano. Qué más da el nombre. El tigre no tiene nacionalidad. La cuestión era que el animal que conocíamos, el nuestro, que en un sitio se llamaba de un modo y en otro de otro, pero el nuestro en cualquier caso, estaba vivo.

Los medios de comunicación se volcaron con la noticia. El ministerio coreano pidió un estudio piloto para reintroducir al tigre y al leopardo.

—En 2013 les presenté un informe indicando que no era posible reintroducirlo en Corea del Sur, pero sí en Corea del Norte. En la cordillera Bakdudaegan. Y en la zona china de Chanbeksan. Podríamos crear un corredor para que cruzara la frontera y basculara de un espacio a otro. También enviamos el estudio a China y sopesamos el interés de los rusos. Los rusos han sido muy importantes para el tigre.

Desde luego. En los años treinta, Lev Kaplanov, el fundador de la Reserva Natural Lazovsky, fue el primero en seguir a tigres para realizar un estudio, sin intención de matarlos. En el invierno de 1939 a 1940, presentó un recuento de los tigres de Amur. Rusia fue el primer país del mundo en reconocerlo como especie protegida, en 1947. Ese mismo año, Corea del Norte prohibió cazar sin licencia a todos los animales… excepto a osos, leopardos y tigres.

—En Rusia hay una organización para rescatar tigres, y se ha creado una policía que lo protege. Parece que funciona muy bien. La ventaja de un país comunista es que puedes controlar mejor a la gente.

Hang Lee calculó en noventa leopardos y veinte tigres los que se mueven en los alrededores de la frontera norcoreana.

—Pero Corea del Norte no se da cuenta de la importancia de cuidarlo. De emprender una colaboración con nosotros. No podemos obligar a la gente a leer historia coreana y demostrarles que los del Norte y el Sur somos la misma nación, pero quizá si les mostráramos la historia del tigre entenderían que compartimos un espacio común.

En Nueva York, el profesor había visitado el zoo del Bronx, el Museo de Historia Natural, el Nacional… y había vuelto impresionado por la cantidad de actividades educativas relacionadas con la naturaleza que allí se realizaban.

—Vi que los niños de Nueva York aprendían más cosas sobre los tigres que los niños coreanos. ¿Cuántos hay en el mundo? ¿Por qué desaparecieron de muchas zonas, entre ellas Corea del Sur? ¿Qué podríamos hacer por su conservación? Aquello me golpeó. Pensé: nuestra posición es equivocada. Los adultos no cambiarán su opinión sobre si la península es un tigre o un conejo, pero los niños sí pueden pensar más allá. Por eso, ante todo, hay que hacerles pensar en tigres.

Desde entonces, Hang Lee impulsaba programas educativos orientados a ilustrar a los niños coreanos sobre la historia de sus tigres. Aquel año había recibido más de seiscientos dibujos de tigres enviados por chavales de toda Corea. Sacó una carpeta de un cajón y empezó a enseñar algunos mientras contaba que a veces iba a guarderías a contar historias de tigres, y que trabajaba con un experto en obras de arte que cada año seleccionaba las mejores creaciones infantiles. Todos los jóvenes pintores crecían admirando la maravilla pintada durante el período Joseon por Kim Hong-do, *Tigre bajo un pino*, considerada la mejor representación pictórica de un tigre de la historia.

En un estudio de la pintura, el profesor de Historia del Arte Oh Juseok había escrito que «los tigres coreanos tienen rasgos físicos similares a la gente coreana: tienen amplias caderas y piernas cortas […] nuestros ancestros emigraron por heladas regiones montañosas de Siberia, y aquellos con largos brazos y piernas perecieron. […] Los coreanos tienen poco pelo corporal y piernas cortas. Nuestros pequeños ojos son también el resultado de adaptarse al frío severo. Aparte de que sus pequeñas pero firmes orejas hacen que el tigre coreano parezca fuerte y furioso».

—El tigre nos gusta a los coreanos —continuó Hang Lee—, pero solo es un símbolo. Rechazamos al tigre real. Al principio, yo no me daba cuenta de esa diferencia porque el tigre estaba por todas partes. Pero no es más que un símbolo. No tenemos grabaciones, filmaciones ni documentos de líderes o personalidades que antiguamente defendieran al animal. Se defendía a la bandera que representaba. Se

hablaba de su espíritu, no del cuerpo. Hay artistas que solo dibujan tigres, y cuando te acercas a ellos con la intención de crear una red que sirva para velar por el animal de carne y hueso, no les interesa. Nuestro objetivo es que los niños empiecen preocupándose por el animal que respira y después, cuando se hayan acercado a su espíritu, ya se verá.

Como hombre de ciencia, Hang Lee solo iba a apostar por objetivos factibles, y se animó al señalar que la reintroducción del leopardo en Corea del Sur era una posibilidad real. El leopardo también se había volatilizado del país después de padecer la cacería extensiva durante el período Joseon, cuando los cazadores contabilizaban pieles de tigre y leopardo sin distinguir muy bien unas de otras. Así fue hasta fines del siglo XX, cuando el leopardo se esfumó del sur. Aunque ahora podía gozar de una nueva oportunidad.

—Es más pequeño que el tigre, necesita menos espacio, no ataca al hombre… De momento, el Gobierno no ha respondido a la propuesta de reintroducción. Ya veremos, porque el leopardo no es tan simbólico.

—¿Y cuál sería su hábitat?

—La DMZ —respondió el profesor.

Es decir, la intrigante vastedad que volvía a extenderse ante nosotros después de superar varios controles que incluían cintas de púas, esferas claveteadas y obstáculos de hormigón adonde nos había acercado un taxista sobreexcitado por la presencia de extranjeros. Mientras rodábamos, el taxista cambió varias veces el precio del trayecto y, al ver que no nos iba a engañar tanto como esperaba, se pasó el viaje intentando desembarazarse de nosotros diciendo «*yogi, yogi, yogi*» —aquí, aquí, aquí—, pretendiendo dejarnos en destinos que no queríamos. Terminamos por enviarle a paseo en medio de ninguna parte, pagándole un dinero que no merecía.

Seguimos la carretera entre espantapájaros diseñados con mazorcas de maíz, cámaras de vigilancia, racimos de altavoces y el tendido eléctrico que cosía unas montañas con otras. Superado el pueblo de Inje, arreció la señalización castrense. El muro de un cuartel intentaba amortiguar la omnipresencia militar con bucólicos grafitis que representaban a pescadores, cervatillos, salmones… Sus garitas estaban ocupadas por muñecos de tamaño humano.

En la gasolinera a la entrada del villorrio de Cheondo-ri, a tres kilómetros del Peace Valley, preguntamos a los empleados por los extraños centinelas, y rieron.

—A veces se dan situaciones ridículas —dijo uno—. Esta es la zona donde más se habla de paz con señales de guerra. En Corea hay todo un *marketing* del conflicto, desde tanques de juguete a muñequitos, calendarios, esculturas y… lo que quieras. Normal, hay que mantener

la tensión. Esta zona exige responsabilidad. Lo malo es el aburrimiento. Pero para eso está este pueblo.

El hombre cabeceó hacia las cuatro calles rectilíneas cuesta abajo. Cheondo-ri ofrecía alguna destartalada sala de baile y locales de copas que habían cincelado insinuantes mujeres de piedra en las fachadas. El gasolinero y su colega rieron más cuando contaron «lo de los altavoces rodantes», una historia que corría de pueblo en pueblo sobre camiones del Ejército surcoreano que transportaban paneles de «al menos cien altavoces». Periódicamente, estos camiones se detenían en puntos donde la DMZ se estrechaba para proyectar contra sus enemigos el último éxito pop a todo volumen. «Se trata de comerles la moral, que sepan lo que se pierden».

En la oficina de la gasolinera, sonaba un cantante melódico latinoamericano de los años ochenta muy parecido al que habíamos escuchado en la casa de un vecino del albergue de Naesan-ri, y en la línea de otras tonadillas hispanas que amenizaron el viaje en dos de los autocares utilizados a partir de Seúl. Canciones melifluas muy adecuadas para mantener una «conversación coreana» como la que proponían los pinos de la región. El pino coreano es una institución nacional. Además de su madera, excelente para la construcción, produce unos piñones de apariencia tan discreta como cualquier otro piñón, más burdos y menos dulces que los de Europa o América del Norte quizás, pero fundamentales durante siglos para la sostenibilidad de la vida en aquellos bosques. John Vaillant los había definido como «el eje en torno al cual gira la rueda de la vida» en el vecino Primorje porque «quien no se come los piñones mismos se come a las criaturas que se los comen. Es maravilloso y aterrador al mismo tiempo pensar que, si desapareciera algo tan pequeño y tan humilde, todo un ecosistema —desde los tigres hasta los ratones— podría venirse abajo».

El papel que jugaban los piñones en las reuniones sociales de estas tierras fronterizas hizo que los antiguos pobladores del Extremo Oriente llamaran a los piñones «conversación siberiana». También recibieron el nombre de «pan del bosque», y es que habían alimentado tanto a alces como a ciervos o jabalíes, y se habían hallado en excrementos de tigre.

Aunque los piñones no iban a brindar la energía necesaria a una bestia así. Para reintroducir al tigre, primero había que certificar la existencia de un número de presas suficientes en su ámbito de influencia. Un tigre necesita comerse a un animal grande aproximadamente cada semana. Y entre el 30 y el 90 por ciento de las veces no lo consigue. De modo que, vistos los muchos mamíferos que habían preferido huir de Corea a territorios menos beligerantes, antes de cualquier otra acción habría que empezar reintroduciendo a, por

ejemplo, cérvidos que garantizaran el sustento del gran gato.

Pero eso, según el profesor Hang Lee, quedaba en manos de unos norcoreanos que de momento se hacían los sordos. Más factible resultaba convertir la DMZ en un hábitat agradable para la vida de los animales, el leopardo entre ellos. Conseguirlo pasaba por regenerar los alrededores de la DMZ, como mínimo el espacio donde Corea del Sur podía intervenir activamente.

Bae era un guarda forestal de la región, estudiante de ingeniería, que había invertido los últimos meses en caminatas de exploración para buscar rutas senderistas adaptables al cinturón ecológico que el Gobierno planeaba crear en la zona.

—Quieren producir carbón limpio, abrir carreteras y trazar senderos de *trekking* —anunció Bae.

El Gobierno también proyectaba abrir en Yanggu, una localidad al este, una universidad y un hospital especial para víctimas de las minas que habían quedado diseminadas por el área después de la guerra. Ese era otro tema: cabía confiar en que las minas que continuaban enterradas en la DMZ no acabaran con los leopardos.

La renovación del mundo llamaba a la puerta de una zona ya no tan aislada. Porque si Kia y Hyundai figuraban como las marcas suministradoras de automóviles al Ejército, Samsung potenciaba su implantación en la zona regalando una hamburguesa a los socios de aquel conglomerado empresarial que compraran bocadillos y zumos en un local modernamente impoluto anexo a la estación de autobuses. Con aire acondicionado, como todas las casas allí.

Afuera, campeaban el búho, las moscas y el pino. Hacia el este, en el bosque asomaban esporádicas granjas, alguna hilera de *bungalows* o semiemboscadas mansiones de corte centroeuropeo coherentes con la habitual convicción del nuevo rico: la discreción es cosa de pobres. Bae aseguró que el comportamiento de varios de ellos le había inclinado a echar en falta un buen tigre por las inmediaciones.

El Parque Nacional de Seoraksan es una cadena montañosa dividida en tres partes no comunicadas entre sí y lo suficientemente preservadas como para que la Unesco proteja su biosfera. La inexistencia de corredores humanos que enlacen los bosques del norte convierte esas escarpaduras en un tesoro natural propicio para el desarrollo de especies hostiles a la civilización, y en un área susceptible a experimentar la reintroducción de animales.

De todas formas, la barrera de la DMZ descartaba a Seoraksan como hábitat para el tigre porque, suponiendo que un animal así hallara un espacio favorable en aquellas montañas, necesitaría muchos más kilómetros para satisfacer su ansia territorial. El sur superpoblado no era una posibilidad, y de elegir el rumbo norte, toparía con las alambradas y los dispositivos militares.

Una sucesión de túneles atravesaban las entrañas rocosas del parque hasta derivar en la ciudad costera de Sokcho. El turismo arreciaba, pero la ciudad aún mimaba su carácter pescador. Su ubicación tan oriental la convierte en el lugar del país donde primero sale el sol y por eso, en Año Nuevo, miles de personas se desplazan a Sokcho para disfrutar de un amanecer inaugural que, se supone, les hará arrancar el año con suerte. Asistir a ese primigenio amanecer en Sokcho con un tigre colgado en la puerta de casa se antoja el colmo de la buenaventura.

Las calles a ras de mar destilaban una calma inédita después de las tensas montañas, de la reconcentrada Seúl. El aire olía a sal y menudeaban los viandantes en chanclas, cargados con cesta de mimbre, y caña o arpón. Los restaurantes estaban llenos de peceras que mostraban la comida inminente, una fiesta de pinzas y tentáculos en aquella meca de los masajistas, el cangrejo y el *sashimi* ideal para respirar distinto antes de embocar el último tramo al norte, donde la DMZ se hundía en el mar.

Sokcho era el eslabón natural antes del último observatorio militar, el de la Unificación de Goseong. A una hora y media de viaje hacia el norte, las concertinas se reproducían a ras de arena, a veces de agua, mientras solitarios soldados de guardia escrutaban las olas desde playas cerradas. Recientemente se había prohibido el acceso al observatorio a quien no pagara el peaje de la nueva autopista y la entrada al recinto, convirtiendo a Goseong en la versión oriental, con lagos y costa, del circo turístico de Panmunjeon.

A unos ocho kilómetros del destino había que decidir si pagabas por entrar o no. Tras esquivar a los chóferes apiñados frente a la instalación donde se expendían los billetes de autocar a Goseong y obviar un sinfín de propuestas abusivas para cubrir el trayecto en taxi, alguien contó que un buen tramo se podía recorrer a pie siguiendo la carretera antigua. Ese trecho, que no utilizaba prácticamente nadie, y desde luego que ningún turista, bordeaba una campiña solo a veces domesticada. Caía un chirimiri pertinaz. Una colmena de abejas junto a la última parada de bus inauguró la excursión. El camino cruzaba minúsculos pueblecitos desolados con banderas coreanas en los porches. ¿Cómo llevarían esos vecinos el anuncio de la vuelta del tigre? «¿La gente está preparada para aceptar tigres?», preguntaría más tarde Hang Lee. En un mundo capitalista cada vez más instalado en las comodidades, donde la diplomacia y el relativismo determinan gran parte del día a día, la pregunta del profesor planteaba un debate filosófico. El tigre había sido víctima de su fiereza, por muy inteligente que fuera. Su progresiva desaparición hacía pensar que temperamentos como el suyo empezaban a no tener cabida en el

mundo. Los humanos ya no admitimos una valentía tan limpia.

Encontramos a una mujer orinando en su jardín mientras se cepillaba los dientes a cinco metros del pavimento agrietado. Al detectar presencias, se incorporó ciñéndose la falda, escupió.

—No sigan —advirtió—. Aquí no hay nada. No pasarán del control militar.

«Nada» eran los bosques y el río. ¿De qué vivía esa gente?

—Mi marido pesca caballa y espadín. —La mujer señaló a un hombre rodeado de gallinas negras—. ¿Les gusta apostar a los caballos? Él puede ayudarles.

Preguntamos por los tigres.

—¿Qué tigres? Aquí no hay tigres. Por las noches, mi abuela decía que si no me dormía, vendría el tigre a comerme.

—¿Y usted lo creía?

—Antes sí. Ahora no. Ya no hay tigres.

—Cuando usted era pequeña tampoco había ya.

—Ahora, seguro que no.

El profesor Lim Jun-sun, también devoto del felino y uno de los investigadores más hábiles a la hora de comunicar sus teorías, defendía lo contrario y por eso abogaba por seguir buscando al tigre en Corea del Sur. Hang Lee discrepaba profundamente con él.

—Lim Jun-sun quiere creer —afirmó Hang Lee—. Supongo que también querrá creer que el tigre de aquí no es el mismo que el de Amur. Pese al ADN. Pese a las evidencias. Este hombre es un pseudocientífico que ha sabido publicitar su mensaje. Bueno, es otra forma de pensar en el tigre. Y se basa en una paradoja eficaz: nadie ha visto al tigre, pero él dice que existe. Dice que se sabe esconder muy bien, pero que está ahí. Entonces, ¿cómo demuestras que no existe? Siempre queda una esperanza, y hay gente que desea creer en ella.

Lim Jun-sun nunca respondió a nuestros intentos de comunicarnos con él.

Un control militar instaba a desviarse hasta la playa, a su vez blindada con concertinas, de modo que derivamos en el arcén de la autopista. Poco después apareció un peaje supervisado por militares. En adelante, solo se podía avanzar en automóvil tras haber pagado la tasa. Dos autobuses turísticos se detuvieron en las garitas de cobro. Cruzó un Alfa Romeo ocupado por un alto mando. El cielo pareció vibrar cuando tres avionetas nos sobrevolaron persiguiéndose en un simulacro lleno de detonaciones.

—Que el enemigo sepa que por ahí tampoco podrá —dijo sin alzar la vista el veinteañero que nos impedía el paso empuñando un fusil—. Que sepa lo que le espera al final de la DMZ.

Recordé las palabras pronunciadas días antes por el profesor Hang Lee:

—El rescate del tigre se convertiría en un ejemplo para una futura reunificación.

Di la vuelta y emprendí el regreso.

Danta

Aterricé en Caracas facturando una vacuna para un niño, tinte capilar y dos tabletas de chocolate europeo con el encargo de realizar entregas a personas que no encontraban esos productos en Venezuela, o no podían permitirse pagar su precio desorbitado a causa de la inflación. El padre del niño había venido al aeropuerto y, tras recibir la medicina, me estrechó la mano con emoción aunque yo no fuera más que el correo de su hermana residente en Barcelona.

El traspaso duró un instante, porque dos hombres y una mujer esperaban a cinco metros sosteniendo un cartelito donde se leía mi nombre. Me presenté con una sonrisa que ninguno correspondió.

—Muy bien. Vamos —dijo el hombre más bajo y corpulento, rapado al uno, sus gafas oscuras restallando en el interior del recinto. La mujer también gastaba una complexión maciza mientras que el otro hombre, delgado y con manos de intelectual, parecía descolocado.

Subimos a un cuatro por cuatro blindado, con el hombre corpulento al volante y la mujer de copiloto. Lancé frases cordialmente vagas para ver quién se definía como interlocutor, y solo encontré alguna réplica en mi compañero sentado atrás. Aquello era muy raro. Había atravesado un océano para visitar una reserva ecológica donde, se suponía, iban a ayudarme a rastrear dantas, el nombre que en Venezuela recibe el tapir. Mantuve varias conversaciones por correo electrónico y WhatsApp con Óscar Pietri, responsable de la Reserva Guáquira, a la que me habían dirigido varios fotógrafos, naturalistas y biólogos al conocer mi Proyecto Danta. Todo había resultado de una estimulante cortesía que se desvaneció al primer contacto «real».

Circulamos durante cerca de cuatro horas rumbo oeste, hacia el estado de Yaracuy, donde se levanta la cordillera central de la costa. La vegetación exuberante flanqueaba buena parte de la autopista, si bien menudeaban las calvas en laderas obviamente deforestadas. El asfalto se resquebrajaba en algunos tramos y la velocidad, siendo rápida, debía moderarse con frecuencia para evitar un reventón.

Cayó el sol mientras nos adentrábamos en las profundidades de uno de los países con mayor biodiversidad del planeta, donde habitan especies tan clave para la conservación global como el oso frontino, el puma, el jaguar o la danta. Si elegí seguir a la última, fue porque cada vez resultaba más esquiva y por su potente simbolismo nacional. De

hecho, al cruzar Caracas, antes de embocar la autopista de la costa, habíamos pasado junto a la gran escultura donde se representa a la reina María Lionza cabalgando a una danta. María Lionza es una divinidad protectora de la naturaleza, que a su vez tiene en la danta a su animal de cabecera.

Por si no bastara, faltaban pocos días para la celebración del Día de la Raza, el 12 de octubre, festividad liderada por tres mitos regionales, destacando esa reina como el principal. Con el calendario tuve suerte, la verdad. Pese a las dificultades para financiar nuevas expediciones de *Animales invisibles*, la Feria del Libro de Valencia —la venezolana— me había invitado a participar precisamente en esas fechas, de modo que todo cuadró, y pude cruzar el charco sin gastar un euro.

Añadiendo a la danta, serían seis los animales rastreados sobre el terreno en cuatro continentes, un volumen significativo para presentar un trabajo sólido a alguno de esos espónsores que, como aspirábamos Jordi Serrallonga y yo, deberían contribuir a acercarnos a los próximos animales padeciendo económicamente un poco menos. En el intervalo, habíamos soñado con un proyecto que incluyera un libro para niños sobre animales invisibles, una serie de cómics juveniles, una serie de novelas adultas, exposiciones fotográficas, rutas de viaje siguiendo los pasos de cada espécimen, una línea de *marketing* y, cómo no, una serie audiovisual, que sería la clave para financiar lo demás. De entrada, producir una serie sobre un animal al que muy probablemente nunca se iba a filmar descorazonaba a los inversores, pero Jordi y yo seguíamos convencidos de que la idea era lo bastante seductora como para que algún día no muy lejano terminara por conquistar a alguien capaz de costearla.

Era noche negra cuando llegamos al umbral de la selva. Poco después de abandonar la autopista, la vegetación se cernió sobre la carretera. Atravesamos un par de poblaciones pequeñas no demasiado iluminadas hasta detenernos frente a la verja que abrió un guarda, franqueando el paso a la Hacienda Guáquira. El bosque se intuía frondoso mientras avanzábamos despacio por un camino de tierra y socavones. El umbral, a dos mil hectáreas de selva húmeda tropical y nubosa, con varias zonas de bosque primario.

Al cabo de unos diez minutos se divisaron luces en la negrura, y poco después me sentaba en uno de los sofás dispuestos en el porche de una mansión de corte colonial, frente a Óscar Pietri. Mi anfitrión se comportó con la gentileza que auguraban los *e-mails*. Era un hombre maduro, fornido con equilibrio, calvo y tan dulce como contundente al hablar. Tras saludarme, terminó de explicar al treintañero sentado en un sillón anexo lo que quería de él.

—Vamos a impulsar un canal de YouTube con la idea de presentar

todo lo que ofrece La Guáquira —dijo Pietri—, y nos gustaría que hicieras unas filmaciones para arrancar. Por eso te he traído esto.

Pietri cogió un gran paquete rectangular y lo puso sobre la mesilla de centro.

—Ábrelo, es para ti.

Cuando el hombre desplegó la tapa, apareció un dron.

—Se trata de que trabajes a gusto —dijo Pietri.

—Muchas gracias, señor Óscar. Esto es *demasiaooo* —exclamó el nuevo cámara, que se había presentado como Aljobrito.

—Y ahora —continuó Pietri dirigiéndose a mí—, ¿me detallas un poco mejor lo que has venido a buscar?

Amplié lo que ya le había contado por escrito: que, siendo el mamífero terrestre más grande de Venezuela y uno de los mayores del Neotrópico —que abarca desde el sur de México a Argentina—, la danta estaba amenazada de extinción; que su supervivencia resultaba capital para la sostenibilidad de los bosques tropicales, porque los tapires son grandes diseminadores de semillas; y subrayé que La Guáquira y sus alrededores aportaban un sistema hidrológico excepcional de lo más atractivo para unos animales que adoran el agua.

—Y la noche —añadió Pietri, porque vivían sobre todo en la oscuridad, guiados por un olfato que también les servía para comunicarse cuando no emitían sus característicos sonidos de alta frecuencia semejantes a silbidos.

—La danta es muy difícil de ver —dijo—. La deforestación ha ido desplazando a los animales, pero hacia aquel lado —señaló al horizonte negro— se tiende un bosque frondoso donde aún hay esperanza.

Según Óscar, los últimos años habían sido demoledores para las montañas, y él había presenciado su destrucción en primera línea. Aseguró que las expropiaciones impulsadas por el anterior presidente del país, Hugo Chávez, habían entregado grandes extensiones de tierra a personas que con frecuencia no sabían trabajarla, y la mayoría de esos neófitos optó por la apuesta clásica: talar una cantidad innecesaria de árboles para convertir su dominio en un *potrero* donde en general pastaban cuatro vacas.

¿Por qué La Guáquira mantenía las frondas si esas montañas no fueron declaradas estación ecológica hasta 2004? Entonces mi anfitrión me advirtió de que estaba en una propiedad privada. La familia Pietri había adquirido la reserva hacía veinticinco años, cuando Óscar y uno de sus hermanos la seleccionaron entre un total de cinco opciones como hacienda familiar. Óscar se definió como un «ambientalista» amante de las excursiones.

—Caminando por el monte, vi enseguida que se trataba de un sitio especial. Entendí que aquí no podía meter un ganado que obligaría a cambiar la fisonomía del espacio. Fue instintivo, porque en aquel momento no había un movimiento ecologista ni nada parecido. Por eso, cuando en los montes de alrededor se empezaron a pelar tierras para poner potreros, vi aquel lugar como un ser vivo en el que había unos seres humanos nocivos y otros que debían actuar como plaquetas.

La batalla de los mundos focalizada en una hacienda. La historia prometía emociones fuertes, pero Óscar, el «señor» Óscar para Aljobrito y el personal empleado en La Guáquira, prefirió hablar de temas comunes con sus invitados.

—Ese proyecto de la danta es una maravilla —dijo—. Así que a partir de mañana, tú —miró a Aljobrito— vas a seguirle a él —me señaló— durante su investigación con la danta. Y vas a filmar todo con tu amigo…

—Dixon.

—Dixon. Y ahí ya tendremos un buenísimo primer documento audiovisual que además permitirá a Gabi presentar su proyecto de los animales invisibles con imágenes, como soñó.

Aljo —así pidió ser llamado en adelante el nuevo cámara— y yo cabeceamos sonriendo estupefactos de que, por una vez, las cosas pudieran ser tan fáciles.

—A veces hay confluencias que parecen mágicas —añadió Óscar— y diría que ahora mismo se está dando una de ellas. ¿Vamos a cenar?

El «señor» Óscar presidió una larga mesa de madera, me hizo sentar a su derecha. También estaba su secretaria, Yajaira, y tres veinteañeros a los que el anfitrión presentó como sus hombres de confianza en La Guáquira: Omar, Delvis y Cruz. Tres saludables y al parecer supercompetentes trabajadores que comían serios escuchando al hombre que les pagaba el sueldo.

Omar y Delvis habían sido seleccionados entre ciento veinte candidatos superando durísimas pruebas de aptitud. Óscar los presentó como auténticos todoterrenos. Sus habilidades abarcaban desde el rastreo de animales a la supervivencia en el bosque y podían practicar primeros auxilios, además de adiestrar en esas mismas técnicas a los grupos de niños que periódicamente venían de colonias a la hacienda. La especialidad de Cruz era la agricultura, y estaba sometiéndose a un período de prueba.

Pietri se dirigía con frecuencia al único otro hombre maduro de la mesa, Tomás Linares, amigo de la infancia que dirigía desde La Guáquira un proyecto para educar a niños de los pueblos

desfavorecidos. La iniciativa había arrancado cuatro años antes para ayudar a los chavales del pueblo más cercano a la reserva, La Marroquina, y se llamaba AmbLeMa, porque se les inculcaba ambientalismo, lectura y matemáticas.

—Teniendo eso ya se pueden mover por el mundo —dijo Tomás con el cuchillo y el tenedor empuñados—. Si no, la mayoría estarían condenados a ser delincuentes, drogadictos o macheteros.

AmbLeMa funcionaba tan bien que se había extendido a tres estados del país, formando una red de escuelas patrocinadas por cualquiera que deseara aportar tres mil euros anuales. Tres mil euros era lo que costaba una escuela.

Al cabo de una hora, me quedé a solas con Óscar. Los muebles estaban hechos de madera. Una vitrina contenía pequeñas cerámicas que representaban, sobre todo, la naturaleza alrededor. En las paredes colgaba algún cuadro familiar, pero, sobre todo, se adornaban con un sinfín de esos platillos típicos en las tiendas de *souvenirs* que llevan grabado el nombre de la ciudad en cuestión. Había nombres de ciudades de todo el mundo.

—Esos platos son de mi madre —dijo Óscar—. Tiene el récord Guinness por ser la persona que más veces ha ganado un campeonato mundial de algo. Lo suyo es el *bridge*.

Luego, comentó que su familia venía mucho por la finca, pero cuando empezaron los problemas con el Gobierno chavista, los parientes dejaron de ir. Él no.

—No iba a dejar que un espacio como este se perdiera. No ya para mi familia, sino como lugar. Aquí es posible crear una economía de escala para hacerla productiva. Hace dieciséis años busqué por Google Earth si quedaba alguna mata de cacao dentro de mi espacio. Y la encontré. ¿Sabes qué hicimos? Creamos una línea de chocolate para que la gente pudiera volver a disfrutar del gran cacao de Yaracuy, que llegó a ser bien famoso. Nuestra producción es reciente, pero nos acaban de seleccionar en el Salón del Chocolate de París y el mes que viene vamos allí invitados.

Óscar hablaba tan paciente como emotivamente, con un vocabulario medido que a veces recargaba de melosidades, si bien la inteligencia de su discurso minimizaba el tic. Subrayó que, además de AmbLeMa, de la recuperación del cacao y la organización de colonias y eventos, La Guáquira se había convertido en referencia de ornitólogos, con sus cerca de 299 especies que iban desde la garza silbadora a los colibríes, los arrendajos o la superestrella de la reserva, el cardenalito, un pájaro exclusivo de Venezuela cuya pureza estaba muy amenazada desde que a los humanos les había dado por cruzarlo con canarios.

—Y todo esto, por sesenta mil euros al año. Eso es lo que me

cuesta La Guáquira.

Hasta entonces, Óscar había hablado de los numerosos empleados que mantenían una hacienda donde él solo aparecía ocasionalmente porque vivía con su esposa y cuatro hijos en una ciudad que no llegó a mencionar, asumiendo su situación privilegiada en el país, cada vez más castigado por la pobreza, el hambre. Dijo haber comprado equipos de sonido y computadoras para los chicos de la aldea contigua, haber plantado 6.800 árboles que producían 8.000 kilos de cacao al año, y aseguró que la finca jamás había dado ganancias, si bien confiaba en que el plan estructural de recuperación del territorio que estaba acometiendo pronto demostraría los beneficios colectivos de una gestión eficaz.

—¿Y de dónde sacas el dinero? —pregunté.

Su respuesta me impactó.

Cuando veinte años antes viajé por primera vez a Caracas, me llamó la atención que Pepsi disfrutara de mucha mayor presencia que Coca-Cola. Era el primer país donde veía invertido el orden, uno de los pocos del mundo donde Pepsi ejercía el liderazgo.

—Fui gerente de Pepsi durante varios años —dijo Óscar—. Ideé la Barra Pepsi, un entretenimiento para los intermedios de los partidos de béisbol que triunfó y situó a Pepsi en lo más alto.

De modo que el creador de una idea que me había seducido dos décadas atrás se llamaba Óscar y me había sentado a su mesa en la selva. Sentí un escalofrío, la exaltación de ser partícipe de uno de esos instantes memorables fruto del azar.

—Mi profesión original es la publicidad, pero… aunque tú no las ves, ahora mismo nos están vigilando dos personas.

Eché un vistazo instantáneo a las varias puertas que rodeaban el salón, escruté el jardín oscuro. No vi a nadie.

—Hace cosa de año y medio intentaron secuestrarme. Desde entonces, viajo acompañado de cinco escoltas y mi secretaria. Tengo casa en Caracas, pero la mayor parte del tiempo la paso en Miami con mi familia. Me dedico a los bienes raíces. Pero no dejo de venir a La Guáquira. Lo que pasa es que nadie sabe cuándo voy a aparecer. Nunca aviso. A veces llego en helicóptero, como por la puerta de atrás, arreglo lo que deba arreglar y me vuelvo a Miami. Venezuela es el país número uno en secuestros. Yo aquí tengo un precio. Al menos, se supo que los paramilitares que venían a por mí eran de un grupo local. Eso me tranquilizó. Quiero decir que no los enviaba nadie de… arriba.

Por «arriba» se sobreentendía «el Gobierno».

—Es que para mucha gente yo no soy más que un oligarca al que hay que expropiar —dijo—. De hecho, La Guáquira está expropiada.

Hay un papel firmado que lo dice. Por eso, un día me llamaron diciendo que venían por la carretera trescientos campesinos con su excavadoras, sus camionetas y su mapita con las divisiones de la finca bien indicadas, señalando cómo se la iban a repartir. Pero aquí habíamos hecho un buen trabajo. Llamé a los vecinos y a la gente que estaba trabajando en la finca, en el cacao, en el bosque, con los niños… y vinieron trescientas personas del pueblo para decirles a los invasores que esas tierras ya eran del pueblo porque las trabajaban ellos, así que podían volver por donde habían venido.

Aunque conservó la finca gracias a sus vecinos, la distancia entre el «señor» Óscar y los funcionarios chavistas se mantenía en la etapa del presidente Nicolás Maduro.

—Por más que cuide de la selva y la montaña, en este país se ha extendido la idea de que los ricos somos unos coñomadres a los que hay que exterminar.

Explicó que la base de su riqueza radicaba en los apellidos. Un abuelo suyo había fundado una ciudad en la selva. Otro fue ministro de la Marina y de la Guerra. Definió a su familia como «de industriales», ahora bastante volcada en los bienes raíces que también le ocupaban a él.

—Somos de raza corsa —afirmó, quizás para subrayar su talento comerciante—. Creemos en la genealogía. Y en las cosas que se hacen bien.

Chasqueó los labios sin ruido antes de señalar que por primera vez se atisbaba una cierta esperanza para el país. La mala gestión política, la corrupción y el aumento de la desesperación general estaban impulsando al Gobierno a tomar iniciativas hasta hacía muy poco impensables:

—Han empezado a llamar a propietarios a los que expropiaron para devolverles sus propias fincas. Les preguntan si quieren recuperarlas.

Esta nueva coyuntura había animado a Óscar a romper su particular código de seguridad.

—Es la primera vez en cinco años que he anunciado que venía a La Guáquira —dijo cabeceando lento en negativo—. Qué país… Aquí debo hacer lo contrario que Saviano. —Se refería a Roberto Saviano, el escritor que vive protegido por guardaespaldas a sueldo del Gobierno italiano después de que la mafia le sentenciara a muerte tras publicar *Gomorra*, un libro que ofendió a la organización—. Aquí me debo proteger del Gobierno. De todas formas, si los malos vienen a por mí, con cinco escoltas no vamos a tener bastante.

Sonrió sin alegría.

—Pero hay cosas que deben hacerse. Uno tiene que defender su

lugar. Y esta historia de la danta llega en el momento justo. De ahí va a salir algo bueno.

Las habitaciones se concentraban en un ala separada del porche y los salones. Excepto Tomás y Yajaira, el resto del equipo no dormía en la hacienda, de modo que el grupo concentrado en la selva consistía en cuatro huéspedes y cinco escoltas. Sonaban crujidos de la madera y criaturas nocturnas cuando descubrí que los cuartos no se cerraban con llave.

La Estación Ecológica Guáquira fue fundada en 2004 por el profesor Carlos Rivero, y en ese intervalo de doce años no se habían producido avistamientos de dantas, aunque la camiseta de la estación que usaba Delvis llevaba estampado en su centro un dibujo del animal. El logotipo complicaba discernir el empaque de un bicho que podía alcanzar los dos metros de largo y los doscientos cincuenta kilos de peso, pero perfilaba a la perfección su trompa característica.

—Es como un burro con cabeza de elefante que camina sobre la punta de los dedos —resumió Delvis, acuclillado mientras afilaba el machete que desenvainaría de nuevo nada más entrar en la selva.

La probóscide inclinaba a emparentarlo con el elefante, pero se hallaba más cerca del rinoceronte y el caballo, incluyéndose en el grupo de los perisodáctilos por tener cuatro dedos en sus patas delanteras y tres en las de atrás. Era, en definitiva, un animal imponente aunque poco agraciado, y tal vez la estética fuera una razón por la que ningún miembro del equipo recordara casi ninguna obra artística o amuleto local que representara a una danta, más allá de las esculturas oficiales que la situaban entre las piernas de María Lionza. La tierra de las *misses*, las islas bonitas y el Salto del Ángel parecía eludir a aquel monstruo de perfil porcino con hábitos solitarios y amante del crepúsculo y la noche. Al margen de su conexión divina, era feo y huraño, garantías de impopularidad.

Esta simplona especulación venía, eso sí, acompañada por datos que evidenciaban el descenso de individuos de la especie detectado en las selvas al norte del río Orinoco, y su práctica desaparición de la cordillera andina. Parecía estar resistiendo, más o menos, en la cuenca del lago Maracaibo y en el Parque Nacional Guatopo, además de en la sierra de Aroa y las montañas colindantes.

—Lo que pasa es que se la comen —sentenció el ornitólogo Juan Carlos Fernández, que había madrugado para firmar un convenio que permitiría a la Fundación Científica Ara Macao monitorear y anillar a los pájaros de La Guáquira. Se trataba de una fundación especializada en guacamayos, y sumaba trescientos doce registrados allí.

Juan Carlos era un catalán que había aterrizado nueve años antes atraído por los pájaros, y se quedó. Vivía con su esposa venezolana a

cinco horas de La Guáquira, pero no le costaba subir a un autobús y traerse a los investigadores que hiciera falta para avistar aves en aquel santuario animal. Por otra parte, había aprendido a no salir a la calle después de las ocho de la tarde, a no subirse a mototaxis —los chóferes solían desplumar a sus clientes— o a llevar siempre algo de dinero suelto, porque si los malandros te encontraban sin nada, te podían asesinar. Su capacidad de adaptación la avalaba, por ejemplo, el premio (mil euros) que había ganado en la ampurdanesa Torroella de Montgrí por imitar el canto de los pájaros mejor que nadie. En la venezolana Cojedes, entendió que la vida sería más cara pero también más fácil comprando en el mercado negro, y creó una red de suministradores que, además de venderle pan, carne y otros productos necesarios, le contaban historias sobre gente que atraía a las dantas mezclando barro y gasoil, porque por lo visto les gusta ese olor. Los mezcladores se escondían y, al aparecer el animal, lo mataban.

—Dicen que su carne es exquisita —afirmó Juan Carlos—, pero en realidad eso da igual. Lo importante es que es comida. El otro día, en Cojedes se comieron dos pumas. La situación da pena.

—¡La danta es respeto! ¡Cómo se la pueden comer! —exclamó una anciana que se había detenido a escuchar. Luego supe que se llamaba María Parra y que sostenía una pequeña vaca de vetiver elaborada por ella misma en el taller que gestionaba en La Guáquira. Era una virtuosa trenzando los largos tallos de esa gramínea, que convertía en carros, caballos, jaguares, flamencos…

—Ese animal —añadió— es parte de nuestra religión, del misticismo. Protege Yaracuy. Es un símbolo del cuidado.

—¿Usted ha hecho alguna danta de vetiver? —pregunté.

La señora María Parra mantuvo la circunspección para responder que no.

—Bueno… —Comprimió la vaca con las dos manos—. Una vez hice una para unos señores chilenos. La pidieron expresamente. Y que fuera pequeñita, para poder subirla al avión.

—Desde luego que es curioso que no haya representaciones de danta mientras todo el mundo la menciona y la adora —dijo Óscar al volante de un Toyota Tacoma.

Las estribaciones de la cordillera occidental se tapizaban de un verde a esa hora desvaído por la potencia del radiante sol de octubre.

—Aunque tampoco debería extrañar tanto —continuó—. Nosotros exterminamos a los jirajaras y ahora son nuestro orgullo.

Nos dirigíamos a Cerro Zapatero, un confín de La Guáquira, con la intención de explorar la jungla espesa. El Toyota encabezaba un miniconvoy que incluía una camioneta tripulada por el equipo de grabación y un cuatro por cuatro lleno de guardaespaldas.

Circulábamos despacio junto a campos y casas pegadas a la carretera.

—¿Has visto qué lindos tienen sus jardines? —señaló Óscar—. Cuando llegué aquí, muchas de esas fincas eran puro desastre. Esto se ha conseguido a base de regalar una plantica aquí, un arbolito allá. Un vecino veía lo bien que le quedaba al otro, y lo copiaba. Así se ha ido poniendo bonito todo. No verás muchos otros pueblos de Venezuela así. Mira, ahí tienen calas verdes. Y eso es cayena.

Algodonillo, capacho, croto, malanga trepadora, cariaquito, blanca de noche, té hawaiano, flor del paraíso… Óscar fue señalando una flora de nomenclatura tan dulce que ayudaba a hermosear la mirada. Cuando aparecía un calvero, despotricaba contra «los desaprensivos ignorantes que fíjate qué huevonada han hecho».

La carretera se empinó, cada vez más sinuosa. Solo de vez en cuando aparecía una casa apuntalada al borde de un barranco. En una planicie, el convoy se escoró para franquear el paso a un rebaño de vacas pastoreadas por un *cowboy* y un hombre que avanzaba a pie machete en puño, la camisa anudada por encima del ombligo.

—Qué tal, mi don, cómo le va —saludó Óscar.

El jinete detuvo la montura junto al morro del Toyota. Los hombres se saludaron con expresiones ceremoniosas y echaron de menos la lluvia antes de introducir a la danta. El pastor no la había visto nunca.

—¿Danta? Yo no he visto danta. Pero ahí *p'arriba* sí han *matao* —dijo señalando el monte sobre nuestras cabezas.

—¿Las matan? *¿Pa'* qué? *¿Pa' comela?*

—*Pa' comela.*

—¿Usted ha *probao* carne de danta?

—Pues igualita a la carne de *ganao*. Lo que pasa es que pesa más.

—¿Y cómo se prepara?

—Igualita como el *ganao*: en bistec, salsa o sancocho.

—Ya. ¿Y dónde dice que se puede conseguir?

—*Pa'* lo arriba —respondió el jinete señalando de nuevo a las alturas—. Por ahí donde llaman San José.

—Gracias, mi don.

El jinete se tocó el sombrero, espoleó al caballo y galopó hacia su rebaño. Óscar puso primera mirándome a los ojos.

—Ya tú ves —murmuró—. Se la comen.

La carretera de tierra volvió a empinarse mostrando unas grietas profundas, solo aptas para conductores veteranos. La camioneta donde viajaban los cámaras quedaba trabada de vez en cuando. Entonces, de los vehículos descendíamos ocho hombres y empujábamos cuesta arriba hasta que las ruedas conseguían la adherencia necesaria.

En uno de los altos, un matrimonio de viejos campesinos que

descendía la cuesta preguntó qué hacíamos allí.

—Ojalá no la hallen —respondió la anciana aludiendo a la danta.

—¡Pero no la vamos a matar! —dijo Óscar—. El señor viene de España para conocer a la danta.

—Aaaah, bueno. Pues a veces van solas o con el pichoncito. Las huellas las veo siempre.

La mujer, que se llamaba Petra, aseguró que ella y su marido Gregorio eran conservacionistas —fue la palabra que empleó— y amantes de los recursos renovables. Apoyada en un palo de madera y retocándose el moño, hablaba con graciosa desenvoltura sobre los valores que ambos compartían con sus hijos, un ingeniero y un comercial, afincados en la ciudad.

De repente, algo explotó a nuestro lado.

—¡Uuuuh! ¡¿Qué es eso?! —gritó Petra.

Una nube envolvió al grupo. La humareda se esparcía desde el capó del Toyota.

—Esto es una adversidad —dijo Óscar.

Varios escoltas abrieron el capó y comenzaron a inspeccionar el motor mientras continuábamos la charla con los ancianos, que calcularon llevar un mes sin escuchar noticias de dantas. La última iba de una a la que se habían comido. Por lo visto, Petra había recriminado a los cazadores su osadía.

—Ustedes sí son malos, les dije. Pero se burlan de una.

—¿Eran jóvenes?

—Los que la comen son de todas las edades. Antes lo hacían igual por gusto, pero ahora se valen de la necesidad y dicen que es que hay que cazar para comer. Bah. Eso es como el *ladronismo*. Los ladrones dicen que lo hacen por hambre, pero no es tanto por eso como por mala fe.

—Y esa hambre…

—Yo creo que está relacionada con la política. Tiene que ser la política porque esto es una caída demasiado…, el país estaba bien y de repente se fue al suelo. Ahora, la plata no vale nada.

Petra y Gregorio se ganaban la vida trabajando la tierra.

—La danta es una protectora de la naturaleza —dije—, posee algo espiritual. ¿No cree que incluso quienes las matan pueden sentir algún dolor al hacerlo?

—Mire cómo está la humanidad —respondió Petra—. Si no les duele matar a una persona, qué les va a doler matar a un animal. ¡Pero si tiran a personas a zanjas como si fueran animales!

—Podemos seguir, señor Óscar —advirtió un escolta cerrando el capó.

En 2016, Caracas figuraba entre las ciudades más peligrosas del mundo. Al anochecer, los vehículos que pese a todo circulaban por las calles, se saltaban los semáforos en rojo para prevenir asaltos. Con inquietante frecuencia podían oírse gritos de amenaza, miedo o reyertas, además de tiroteos. En cuanto al resto de Venezuela, se había contagiado en buena parte de esa fiebre criminal. Juan Carlos, el ornitólogo asentado en Cojedes, no salía de casa más tarde de las ocho, aunque algunos recomendaban recogerse a las seis. Un horario del miedo que se extendía a muchísimas poblaciones, como pude comprobar en la populosa Valencia.

La búsqueda del alimento alcanzaba cotas pseudoprimitivas en numerosas áreas del país, asalvajando los instintos de miles o millones de personas que tampoco dudaban en esquilmar plantaciones o bosques con tal de garantizarse la comida durante un puñado de días. Óscar no lograba reprimir la rabia que le producía avistar un conuco arrasado o un potrero detrás de otro, porque esas deforestaciones contaban con el beneplácito administrativo y ¿cómo podía recuperarse el país si sus propios gobernantes no sabían gestionarlo?

El convoy se detuvo frente a una verja con cartel que anunciaba el inicio de una propiedad privada. Habíamos llegado a la cara sur de Cerro Zapatero, dejando La Guáquira al otro lado de las montañas visibles desde la loma. Tres escoltas quedaron al cuidado de los vehículos mientras el resto entrábamos en la propiedad en busca del campesino que la cuidaba. Al vernos, se puso una camiseta para cubrir el torso fibrado y moreno. Calzaba botas de agua. Lucía bigote y un cabello espeso algo sucio y despeinado. Vivía junto a un colega en una pequeña casa construida con ladrillos de barro, a cargo de tres o cuatro báquiros, unas pocas aves enjauladas y un puñado de huertos de subsistencia.

Los hombres se prestaron a guiarnos en el bosque nuboso, no llegué a saber si fue por voluntad o hubo dinero. En menos de cinco minutos estábamos ascendiendo la pronunciada ladera entre una hierba que nos llegaba por la cintura. Los guías se distanciaron del grupo sin esfuerzo, sus camisetas distinguiéndose entre la maleza y el verde alto, hasta que se detuvieron en un promontorio a las puertas del bosque. En cuanto el primero de nosotros les alcanzó, se adentraron en la humedad.

El bochorno que me había empapado en sudor durante el ascenso se transformó en un frescor repentino, casi frío, como si hubieran abierto la compuerta de una gigantesca nevera. Las copas ensambladas de los árboles creaban un compacto toldo que amortiguaba la luz y el calor. Los machetes empezaron a cortar.

Se escuchaban las pisadas del resto del equipo sobre el follaje. El golpeo de los filos contra las ramas. Trinos aislados. Como la densa

vegetación ocultaba enseguida a las personas que no caminaran muy cerca, los guías intercambiaban sonidos que imitaban a pájaros para localizar sus posiciones. A veces, alguno aguardaba junto a un tronco caído o un complejo entramado de ramas para ayudar a un rezagado. Vimos orugas con franjas de cebra, pájaros multicolores, insectos mastodónticos…, pero ningún animal de envergadura.

En Yaracuy hubo jaguares que hicieron de la danta su plato favorito, si bien la disminución de tapires decantó a los felinos por mamíferos más domésticos, y cuando empezaron a desgarrar vacas, caballos, ovejas, gallinas… los ganaderos reaccionaron. Los jaguares, que se habían situado en la cima de la cadena trófica yaracuyana, dependían de animales como la danta, a su vez encaminada a la extinción. Si su declive se consumaba, el equilibrio ecológico regional podría desmoronarse, porque la danta no solo ejercía de «arquitecta del bosque» al diseminar semillas por vastas extensiones de terreno, sino que servía de alimento a depredadores que, en el caso de que el tapir desapareciera, se esfumarían con él.

Helechos arbóreos de fantástica altura se desplegaban como sombrillas imperiales sobre nuestras cabezas mientras las hojas del suelo se movían bajo los pies, y troncos derribados de apariencia indestructible se partían al pisarlos, convirtiéndose en prácticamente polvo. Pensé que lo rastrero y lo aéreo tienen más posibilidades de ser salvajes. Que eludir la simple vista garantiza una cierta tranquilidad para llevar la vida que se desea.

—¡Huellaaaaa!

El grito asaeteó el bosque, la palabra varias veces repetida.

—¡Huella! ¡Aquí! ¡Huella!

Los expedicionarios avanzamos como pudimos hasta donde Argenis, Delvis y Omar se inclinaban acuclillados. Un dedo grueso y moreno señalaba a la hendidura sobre el barro que perfilaba una pezuña de tres dedos al borde de la charca donde flotaba un gran grumo gris.

—Eso es el excremento —dijo alguien.

La danta tiende a defecar en el agua. Usa el agua para defenderse de los depredadores y para aparearse, y se alimenta de las plantas que crecen al lado de los ríos, lagunas, fuentes, charcas, porque grandes cantidades de agua es lo que necesita para sobrevivir, además de una gran cobertura vegetal.

—¿Cuánto hace que estuvo aquí? —pregunté.

—Unos quince días.

—Es todo un éxito, ¿no? —dijo Óscar—. Una primera salida y encontramos una huella y un excremento.

—Sí, está muy bien —corroboró Argenis—. Pero son de hace

tiempo.

Sacamos fotos. Seguimos.

Los constantes obstáculos y desniveles volvieron a empaparme en sudor; me sentía aún más pringoso que los últimos días. Uno de los cámaras añadidos al equipo se atravesó la mano al apoyarse contra la ristra de espinas, tan enormes como camufladas, que acorazaban el tronco de un árbol. Había que esquivar las trampas de una fronda llena de agujas, salientes y asperezas que sin duda habían contribuido a endurecer la piel de la danta. La luz menguaba mientras caminábamos en silencio, escuchando nuestros pasos, nuestros saltos, algún silbido de localización.

Al salir del bosque recibí un golpe de calor que paradójicamente agradecí. El suelo se allanó en tres pasos, desaparecieron los obstáculos.

San Felipe era la población más cercana a La Guáquira, y donde vivían Aljobrito y varios empleados de la finca. Emergía como un nexo de comunicaciones entre el lago Maracaibo y Caracas que, sin embargo, padecía un abandono al cuadrado, por ser un enclave rural dentro de un país en ruinas. Aljo se había buscado la vida explotando su gusto por el *skate*, el vídeo y la música, y además de promover festivales más o menos domésticos, había montado la miniproductora de vídeos musicales que motivó la propuesta de Óscar para que dirigiera su canal de YouTube.

Pero aquella mañana Aljo iba a grabar algo distinto: la charla entre un escritor español y el cronista de San Felipe. Óscar había insistido en que debíamos visitarle.

El convoy habitual cruzó calles repletas de muros con pintadas que representaban el rostro de Chávez o Maduro y reproducían frases de ambos líderes. Entramos en un vulgar bloque de oficinas dividido en oscuros pasillos transitados por personas que vestían las prendas rojas características de los acólitos al chavismo. Los cristales estaban empapelados con pósteres de los próceres que tapaban la visión del interior de los despachos. El cronista Raúl Freytez nos recibió en el suyo con amabilidad. Freytez llevaba años ensalzando el trabajo que se desarrollaba en La Guáquira.

Óscar, Yajaira, los cámaras y yo nos apiñamos en el reducido cuarto mientras algunos funcionarios asomaban la cabeza para seguir una escena poco frecuente que Freytez estaba disfrutando en serio.

El cronista parecía haber hallado un oasis ideológico en la aventura del saber, como si el estudio y las letras fueran un escudo a prueba de idiotas que le permitía sumergirse en mundos que no eran aquel, y vivir un cierto sueño ilustrado. En ese contexto, nosotros debimos ser el equivalente a unas apariciones gloriosas, y eso explicaría su devoción al hablar de la danta, a la que llegó después de

abordar la importancia de María Lionza.

—Se reconoce a María Lionza como una deidad mítica desde el punto de vista de la mujer indígena, pero también es reina del amor, de la belleza y, sobre todo, reina del ambiente. Pero no hay que considerar todo eso que le endilgan de hechizo, brujería, tabaco, aguardiente…, yo lo respeto, pero no lo comparto, porque con toda seguridad, si existe una María Lionza, ella es verde. —Freytez revestía sus extensos monólogos del ampuloso dramatismo típico en los actores antiguos—. Porque María Lionza es montaña. María Lionza es río. María Lionza es danta, venado, jaguar, tigre, puma. Es naturaleza.

En ese punto me obsequió con un libro donde al parecer se corroboraba todo aquello, y con un cuento sobre la danta escrito por él pensando en su hija, muchos años atrás. Luego afirmó que Yaracuy era un edén.

—Aquí es donde viene Dios a pasar las vacaciones. Nuestra flora es la más preciosa del mundo. —Óscar afirmaba con la cabeza—. Si hay tierra más hermosa que Yaracuy, ¡por Dios que me lo digan, quiero conocerla! Y en todas esas montañas hay tapires, hay dantas. Pero el hombre en su afán de dominar la tierra… debería darse cuenta de que cada vez que mata a un animal se está matando a sí mismo. Cada vez que corta un árbol se está matando a sí mismo, porque está matando a su propia naturaleza. Y por eso la danta está en peligro de extinción.

La sentencia de Freytez retumbó en el despacho. Resultaba llamativo, dije, que, siendo la danta tan significativa, los artistas casi no la hubieran incluido en sus obras. Freytez mencionó la escultura de Alejandro Colina, de la que habíamos visto una réplica al cruzar Caracas; subrayó la importancia del animal en la prosa y la poesía, pero no ilustró con ejemplos esa presunta relevancia; y entonó, eso sí, la tonadilla de la canción que Rubén Blades dedicó a Yaracuy, si bien el músico había borrado de su letra a la danta prefiriendo que a María Lionza la acompañara una onza, porque rimaba mejor y porque no es lo mismo una reina escoltada por un felino que por una especie de aleación entre el cerdo y el oso hormiguero.

—Es impresionante —dijo Óscar bajando las escaleras del edificio — que la danta no se vea mucho más en las calles. La tenemos en la cabeza, ¡pero no se ve! Es increíble que hasta ahora no hayamos pensado en ello. Increíble.

Entramos en el Toyota hablando sobre cómo algunos animales proyectaban la imagen de sus territorios, por ejemplo el toro, en torno al cual España había desplegado un *marketing* que alcanzaba desde vallas de publicidad o etiquetas de aceite a llaveros, convirtiéndose en una marca nacional. Pensar en el dodo remitía de forma automática a Isla Mauricio, y al revés. Igual que el oso panda equivalía a China o el kiwi a Nueva Zelanda, el quetzal era Guatemala, la vicuña Perú, el

canguro Australia, el tilacino Tasmania o, entre las leyendas, el monstruo del lago Ness situaba de inmediato en Escocia. El yeti, en el Tíbet. El ave Roc en Socotra… La lista podía ser tan extensa como el mundo si los nativos de cada país se preocuparan por presentar a sus animales, visibles o no, con un aura lo bastante atractiva. Y resultaba que Venezuela tenía un estupendo candidato a formar parte del grupo, la danta, creyendo incluso que la veneraba, aunque si indagabas un poquito te dabas cuenta de que el tapir que a duras penas resistía por los montes no solo había sido prácticamente eliminado como representación física, no solo se le privaba de ser querido, por ejemplo, por los niños en forma de muñeco o dibujo, sino que ahora corría peligro de ser aniquilado.

A mediodía, comimos en el hotel Antigua Misión, integrado en el Parque de la Exótica Flora Tropical, producto de la debilidad por el mundo vegetal de otro histórico terrateniente de Yaracuy. Además de producir y vender flores tropicales, La Misión había crecido a base de la leche y la carne propiciadas por la ganadería, de sembrar limones y espárragos, y gracias también al impulso que le dio en su día el tabaco. Un prólogo de enormes palmeras nos había llevado a las puertas de aquel hotel con forma de castillo de cuento, incluidos los largos y luminosos corredores que iban de una nave a otra rodeando el espléndido patio español donde una fuente adornada con plantas frondosas arrullaba las charlas de los comensales del restaurante.

El «señor» Esteban —como le llamaba el personal— se abrió la americana para ceñir la camisa dentro del pantalón sobre su oronda barriga, y se sentó en la mesa de al lado. Dijo que era piloto y que había descubierto aquella finca en avión.

—Me enamoró lo verde y lo fértil —dijo el señor Esteban.

Luego, dijo que en La Misión habían cuidado desde 1998 de la danta que fue mascota durante los Juegos Nacionales Juveniles en 1997. Ese había sido el último gran momento público del animal. Si los Juegos Olímpicos de Sídney se habían proyectado con las caricaturas de tres animales autóctonos como la cucaburra, el ornitorrinco y la equidna, Moscú había recurrido a un oso, Los Ángeles a un águila calva, Pekín nada menos que a un pez, un antílope, un oso panda y una golondrina (además de a la llama olímpica), Seúl a un tigre, Montreal a un castor y Múnich a un perro salchicha, el estado venezolano de Yaracuy optó por divulgar sus Juegos caricaturizando a un mamífero perisodáctilo al que llamaron Danti. Días más tarde visitaríamos un recinto deportivo presidido por una enorme Danti inflable a las puertas.

—En La Guáquira vivió una danta —dijo Óscar por la tarde, ya sentado en el porche de su hacienda. Contó que unos trabajadores de

la finca habían encontrado a un pequeño ejemplar acorralado por perros. Vieron el tamaño y las manchas blancas típicas de los cachorros, y decidieron atraparla para criarla.

—En realidad era un danto —matizó Óscar—. Le llamamos Pancho y se hizo nuestra mascota. Todo el mundo lo sobaba, daba gusto tocar su pelo duro. Era tan dócil…

Óscar empezó a amamantarlo con biberones de guayaba y yuca, que el danto no digirió bien. Al detectar que no comía cualquier cosa, buscaron una dieta adecuada. Le asignaron un espacio de cinco mil metros cuadrados que incluía una lagunita en el interior del perímetro, y allí vivió Pancho durante «diez o doce años», recibiendo periódicas visitas de algunas dantas en libertad que, cuenta la leyenda, se situaban al otro lado de la cerca. Óscar dedujo que podían ser «familiares suyos», pero la duda y el cariño por el danto le persuadieron de soltarlo. Un día, uno de sus sobrinos, «que andaba jugando solo», abrió la puerta de la cerca y la danta salió al exterior. Nunca volvieron a verla. Óscar no creía que Pancho fuera «malagradecido» ni que se sintiera mal en la finca, sino que salió a echar un vistazo y, acostumbrado como estaba a confiar en el ser humano, «terminó caminando hacia su invisibilidad».

Un par de horas después, en la cocina de un hostal miembro del Circuito de la Excelencia, pregunté a la dueña, Aura, si alguna vez había pensado en cocinar, por ejemplo, un Pancho fileteado.

—¡Noooooooo! —respondió muy seria, señalando que ese animal era para ella intocable. A cambio, recomendó el asado negro de muchacho redondo, un plato yaracuyano basado en la carne de cerdo o pollo.

—Pero danta, jamás.

Nos invitó a café y postres caseros.

—¿Irán a Sorte? —preguntó Aura, porque faltaban dos días para que en la no muy lejana montaña de Sorte se celebrara el Día de la Raza. La noche entre el 11 y el 12 de octubre, miles de personas llegadas de toda Venezuela iban a asistir a un culto espiritista ancestral para venerar a la diosa María Lionza. Los peregrinos la invocarían en altares, serían poseídos por espíritus, y algunos elegidos bailarían descalzos sobre brasas.

—Es un lugar obligado para rastrear a la danta —respondí.

Todos los presentes rescataron momentos vividos aquel día, y leyendas o historias que a menudo infundían temor.

—Empiezan a bailar encima de las brasas, y suenan unos tambores que mira, ¡uh! —Aura se frotó el brazo, porque se le había erizado la piel.

—Así llaman a los espíritus —dijo Óscar.

—Sí —confirmó Aura—. Y entonces empiezan a gritar: «¡Fuerza! ¡Fuerza!».

—«¡Que le den, que le den!».

—«¡Fuerza! ¡Que le den, que le den!».

—Y tú te pones…, hay una energía ahí…

—Ese es el secreto: la energía.

La aparición de los primeros tapíridos se fecha en el Eoceno, hace aproximadamente 55 millones de años, aunque los registros fósiles más antiguos son de hace 33 millones. El tapir aún es uno de los mamíferos terrestres más grandes del Neotrópico, concentrando tres de sus cuatro especies en el espacio que va de México a Argentina. El cuarto es el tapir malayo. El de Venezuela responde al grupo del tapir común sudamericano, que en el país recibe el nombre vernáculo de danta. De todos modos, algunas etnias lo identifican con zoónimos propios como *wasadi, aerjba, saesaera, shama, dandil, camale*…

Son informaciones públicas de fácil acceso que resultaban desconocidas para la mayoría de venezolanos. Antes de despedirnos, Aura nos llevó a la tiendecita donde ella misma ofrecía a los clientes toda clase de productos típicos regionales, entre ellos un abanico de miniaturas que representaban a seres vivos característicos de la región. Se dio cuenta de que no tenía una sola representación de danta.

—Cuando vuelvas a Yaracuy —dijo Óscar minutos después al volante de su Toyota— vas a poder comer chocolatinas con forma de danta.

Durante las siguientes cuarenta y ocho horas, Óscar se centró en mostrarme el dormido potencial turístico del pueblo de San Felipe y sus alrededores. Condujo hasta la estación abandonada que en 1954 se había construido como término del Tren de la Selva, que conectaba el interior con el mar y servía, por ejemplo, para transportar petróleo entre esa región y Puerto Cabello, a unos sesenta kilómetros. La maleza había invadido las vías, el edificio de la estación estaba herméticamente cerrado y en la explanada que debía servir de aparcamiento se amontonaban fragmentos de raíl y cientos o miles de listones metálicos desparramados por todas partes. Unos chicos estaban metiendo algunos de esos listones en bolsas cuando nos vieron aparecer. Entonces, subieron a sus motos y se marcharon con las bolsas llenas.

Luego nos dirigimos al aeropuerto moderno pero sin vuelos que, según Óscar, era la clave para asociarse con la vecina isla Margarita y ofrecer a los turistas que recalaban en aquel paraíso la oportunidad de realizar una visita continental de una sola jornada —«si no quieren

dormir aquí, pueden volver ese mismo día a la isla»— que les descubriera el impresionante Yaracuy mientras dejaban al menos un poco de dinero, que a la población local le iría de maravilla.

Óscar habló mucho tiempo sobre las potencialidades de esa geografía, y en cada lugar que nos deteníamos me presentaba más o menos como «un escritor español que ha venido a ver nuestro hermoso Estado siguiendo a la danta», espoleta que servía para de inmediato abordar los temas prácticos que a él le interesaban como dueño de La Guáquira y empresario. El canje me pareció bien: utilizarnos mutuamente para abrir puertas de la mano de la danta. Así fue como entramos en la oficina central de turismo de San Felipe, donde nos recibió Betty vestida con una camisa tan roja como la de todos sus compañeros y como las que lucían Chávez y Maduro en los pósteres y fotografías del recinto. Nos mostró un mapa de la montaña de Sorte, adonde pretendíamos ir la noche del día siguiente. Y, como queríamos entrar con cámaras en el círculo donde se realizaba la danza del fuego, debíamos conseguir su permiso.

El mapa en pantalla mostraba los accesos principales a la montaña, los diversos enormes solares que servirían de aparcamiento, la zona destinada a los vendedores ambulantes y el círculo del baile en Quibayo. Como el espectáculo se había popularizado sobremanera y cada año recibía más visitantes, extranjeros también, Betty tecleó en la máquina para enseñarnos el diseño de un nuevo y ambicioso proyecto: el Baile en Candela, que hasta entonces el público contemplaba a ras de suelo, pronto podría presenciarse desde las gradas del enorme anfiteatro que acababa de aparecer en pantalla.

Betty dio detalles de cómo ese plan permitiría acomodar mucho mejor a los asistentes para que nadie se perdiera el rito central de Quibayo, protagonizado en exclusiva por indios. Luego, dijo que por supuesto que nos concedía el permiso para filmar, que el Gobierno venezolano estaba orgulloso de que desde España nos interesáramos por su cultura, y nos citó para, el día siguiente, formar parte del séquito municipal que asistiría a la celebración en Sorte.

—He intentado reimpulsar la finca tres veces —dijo Óscar conduciendo de vuelta a La Guáquira—. Pero creo que esta es la buena.

Según había ido observando Óscar durante esos días, tanto los vecinos de la reserva como las personas de cierto peso estratégico en la vida de San Felipe se mostraban más receptivas a su presencia que de costumbre. El innegable derrumbe económico y moral del país estaba obligando a abrir líneas de comunicación entre perfiles presuntamente antagónicos, y la solvencia demostrada por La Guáquira invitaba a colaborar con ella.

Aunque en 1974 Venezuela fue el primer país sudamericano en contar con un ministerio del medio ambiente y de los recursos renovables, en 2006 ese ministerio fue prácticamente desarbolado a favor de lo que a la postre figuraría como el Ministerio del Poder Popular para Ecosocialismo y Aguas.

—Con ese nombre ya te puedes imaginar… —deslizó Ernesto Boede, un veterinario muy implicado en la protección de especies al que entrevistaría varias jornadas después en Valencia—. El Gobierno no tiene ningún programa de guardería ambiental, y cede la vigilancia de los Parques Nacionales a la Guardia Nacional, que son los primeros que trafican con animales.

—¿Y qué tienen que decir los investigadores?

—Para el Gobierno, somos opositores. Los que no son revolucionarios es como si no existieran, y los revolucionarios no suelen estar bien preparados. Conclusión: no se puede hacer nada decente. ¿Quién va a estudiar Biología o Zoología en este país viendo el futuro que tiene? Nadie.

La *Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza* (UICN) había cifrado en unos cien ejemplares las dantas de la zona, cuando se calculaba en quinientos los necesarios para lograr una población sostenible. La danta vivía una situación tan límite como la de los pueblos de Venezuela. Y ambas coyunturas coincidían dramáticamente en Yaracuy, donde numerosos exvotantes de Chávez ya expresaban en baja o incluso no tan baja voz su malestar con la presidencia de Maduro, en buena parte responsable de un desastre que se expandía hasta la frontera colombiana, donde corrían rumores de un hambre que había propiciado hasta comerse a los animales de un zoológico, y rumores de canibalismo.

«El futuro sin estrategia de conservación es básicamente nada», había dicho Delvis durante la incursión en Cerro Zapatero, y Yaracuy servía como excelente ejemplo. Durante las jornadas venezolanas vi larguísimas colas frente a las tiendas de alimentos. Las carreteras desplegaban la magnitud de la calamidad en forma de una mujer descalza que, cafetera en mano, pasaba junto a los vehículos en caravana ofreciendo un vaso; de hombres apalancados en sillones de barbero (que a saber cómo habían desplazado hasta ahí) a la espera de vender latas de aceite para automóviles a los conductores que se detenían a escasos metros de un control militar, otro control de esos en los que, según decenas de ciudadanos con los que hablé, los soldados exigían un peaje, una mordida, un soborno, para franquear el paso a los vehículos. Y también vi a Óscar interrogado arbitrariamente en uno de esos controles, y cómo, para que el teniente Leal —«¿Los escogen por el apellido?»— le permitiera seguir su ruta en paz, Óscar le ofreció un curso de dos días en La Guáquira para él y ochenta de

sus hombres, que conformaban la guarnición más próxima a la finca y a la que sin duda le convenía seducir.

—Los escoltas van armados —dijo Óscar al dejar el control atrás, seguido del todoterreno lleno de guardaespaldas—. Si nos hubieran registrado… ahí habría surgido un problema.

Un niño de unos siete años y otro de quizás cinco cruzaron la autopista a la carrera cogidos de la mano. El peligro que corrían me proyectó de nuevo a la danta. ¿Quién dice que la danta no cruza la autopista?, preguntaban algunos conservacionistas expertos.

—Hemos registrado dantas macho en lugares donde no había registro desde hace sesenta años —indicaría Boede—. Se están movilizando, quieren sobrevivir. Y tampoco debería sorprendernos tanto encontrarlas en según qué sitios, porque sabemos bien poco sobre ellas. Hubo unas investigaciones básicas sobre su distribución en los años cincuenta y sesenta y poco más. Cuanto más conocemos, menos sabemos. ¿Quién dice que no cruzan por lugares quebrados, por carreteras, por canales de drenaje? Nos gustaría hacer corredores ecológicos. La mala noticia es que estamos como estamos. La buena, que aparecen en sitios donde se creían extintas. Que pese al desorden conservacionista aún haya dantas en Yaracuy es increíble. Estos animales saben leer y escribir.

Y, al igual que las dantas buscaban nuevas sendas para seguir adelante, Betty y Óscar, la militante chavista y el terrateniente, se estaban encontrando en un «lugar» donde veinte años atrás, incluso cuarenta, hubiera sido raro, si no imposible, verlos juntos. A ellos o a sus familias. Simplemente, como la danta, pretendían sobrevivir. Y que los suyos sobrevivieran también.

—Me pongo con vosotros porque así será más fácil pasar los controles —dijo Betty. Subió al Toyota de Óscar con una chaqueta roja encima de la camisa roja, el cabello recién alisado. Nos seguían: el vehículo de Aljobrito y los cámaras, el de los guardaespaldas y otras tres grandes carrocerías ocupadas por funcionarios del Gobierno municipal de San Felipe. Me fascinó que la idea de visibilizar a un animal hubiera sido capaz de colocar en fila seis motores. Aún hoy, al escribirlo, se me eriza la piel ante las posibilidades de una idea. Una idea que un día aparece como utopía o locura, pero que el tiempo va amasando hasta demostrar que su sustancia era al menos lo bastante real, lo bastante común como para ilusionar a otras personas. Aún me emociono al recordar aquel extraño y extenso convoy, sí. Todo por la danta.

Los automóviles atravesaron la despejada autopista a buena velocidad, superando *pickups* con el volquete saturado de piñas; camiones pequeños cuya carga invisibilizaban las lonas; un coche de

los setenta con el maletero rebosante de yucas. Oscurecía cuando cruzamos ante una discreta reproducción de la escultura de María Lionza y la danta. Giramos para entrar en Chivacoa. Centenares de personas ralentizaban el tráfico de las calles principales, agolpándose en las tiendas donde se vendían collares, cirios y toda esa imaginería santera que distingue al pueblo como centro nacional del culto indígena. Una capa de humo velaba el lento avance de los autos, y en parte era por la mucha gente que fumaba, a menudo puros de gran calibre. Ante el Toyota cruzaron grupos alegres, borrachos, reconcentrados. Algunas personas parecían extraviadas, sin duda absortas. La temperatura había bajado a gradación de chaqueta, pero numerosos hombres, la mayoría jóvenes, iban en manga corta o con el tórax descubierto, menudeando los rapados al cero. Chivacoa destilaba espiritualidad fiera, los cuerpos aspirando a embriagarse de un no sé qué flotante, las lumbres de cigarros, puros, hornillos, mechas encendidas por doquier.

Al final del área urbanizada, antes de la curva que lanzaba hacia el camino oscuro y polvoriento, una construcción rudimentaria albergaba estatuillas de las principales divinidades locales. Alrededor de cada una había velas ardiendo o emplastos de cera derretida, y la figura que más cera concentraba en su base era la de María Lionza. Un hombre mestizo vigilaba el recinto blandiendo un gran bastón, pidiendo a los visitantes que se quitaran los zapatos al ir a expresar su voto.

A partir de ahí, las nubes de humo se transformaron en polvo. El convoy avanzó despacio en la niebla. Nos guiaban las luces traseras de los coches, encorsetados por los campos oscuros, atisbando de vez en cuando las estrellas en el cielo limpio.

Betty se asomó por la ventanilla en los tres ¿o fueron cuatro? controles militares que todos los autos debieron superar. Los soldados blandían fusiles ametralladores o pistolas e iban protegidos con chalecos antibalas.

Alcanzamos una especie de valle encajonado entre montañas: Quibayo, donde se celebraría el acto central a medianoche. Saltamos a la oscura explanada de hierba húmeda reservada para aparcar. Había soldados y policías armados de al menos tres cuerpos de seguridad acordonando distintas zonas. Faltaban casi tres horas para el baile. A unos doscientos metros del círculo de los danzantes se abría un improvisado paseo de tierra donde una muchedumbre bullía en torno a las casetas ambulantes que ofrecían pulseras, cremas, velas, puros, churros, cruces, arepas, hamburguesas, refrescos, sombreros, llaveros, plumas, cuerdas, helados…, el murmullo del gentío se mezclaba con gritos, invocaciones, músicas venidas de cualquier parte. Hacía pensar en viejas ferias del *Far West*.

—Vamos —dijo Óscar caminando hacia la aglomeración.

Los tres guardaespaldas a mi lado se miraron entre ellos. Ahí adentro se contaban por docenas los potenciales agresores, bastaba ver las pintas. Las bandas de malandros se nutrían de gente así.

—Señor Óscar —dijo uno—, quizá no sea una buena idea.

Si Óscar lo oyó, nunca lo sabremos. El hombre que casi fue secuestrado acababa de adentrarse en el marasmo seguido por el equipo de grabación y unos escoltas que comenzaron a esquivar o chocar con peregrinos no siempre biencarados para mantenerse tan cerca del jefe como pudieran. Óscar cruzó entre las dos filas de militares custodios del puente sobre el río que conectaba descampado y montaña —al parecer era una zona caliente—, y entramos en el bosque negro guiados por linternas de mano y las luces de los teléfonos móviles.

El ruido quedó atrás. Podíamos escuchar nuestros pasos, el chasquido de una rama al partirse. Entre los troncos se veían pequeñas hogueras donde a veces murmuraban grupos en torno a personas estiradas en el suelo boca arriba y silueteadas por ristras de velas.

Nuestro paso perturbó alguna ceremonia, y al recibir la mirada de los peregrinos sentí temor. Pasábamos veloces, levantando las manos en señal de disculpa o mirando al suelo. Caminábamos en fila de a uno procurando no despegarnos. Descendimos hasta el río, donde algunas personas hundían a otras en el agua, culminando la purificación iniciada a base de humo y fuego. Había algo poderoso y primitivo ajeno a todos nosotros. Saltamos rocas intentando no resbalar, intimidados por la fuerza de los creyentes, mirando de reojo las inmersiones y las invocaciones y los rostros congestionados o torcidos o extrañamente distintos que fuimos hallando hasta alcanzar de nuevo el puente. La avenida nos pareció un remanso de luz y ruido.

Casi una hora antes del baile, los militares nos autorizaron el paso al borde del círculo donde se produciría la danza. Un cinturón de soldados mantenía a la multitud a unos quince metros de distancia. Al fondo del círculo, un gran altar acogía la figura central de María Lionza flanqueada por el heroico cacique Guaicaipuro y el Indio Macho. Ellos eran las Tres Potencias, los protagonistas del Día de la Raza, los personajes que resumían el sincretismo inherente a aquella sociedad.

En el centro del círculo, tres piras de madera empezaron a arder poco antes de medianoche. El «escenario» estaba ligeramente elevado respecto al público, y en el perímetro exterior se sentaba cada danzante junto a su respectivo guía espiritual. Ambos fumaban puros que un hombre suministraba a puñados, y bebían ron a gollete de las botellas.

Superada la medianoche, con las piras a un tercio de ser

consumidas, el espiritualista mayor procedió a dar el visto bueno a cada uno de los danzantes, acreditando que estaban preparados para el ritual. Todos eran indios, y por lo general llevaban un calzón blanco que les caía hasta las rodillas y un tocado de plumas que recordaba al de indios norteamericanos como los sioux o los cheyenes.

—No sé por qué se ponen eso en la cabeza. Esos plumajes no son de los indios de aquí —dijo un antropólogo que observaba a nuestro lado, porque en la zona VIP menudeaban los políticos y los profesores.

En un margen del círculo, un grupo de músicos había comenzado a golpear tambores a un ritmo tan idéntico como, por eso, hipnótico mientras una mujer gritaba: «¡Fuerza! ¡Fuerza! ¡Que le den, que le den!». Y así seguirían hasta que el fuego se extinguiera, durante horas. Las llamas consumiendo poco a poco la madera. Los danzantes untándose de arcilla las piernas y los pies desnudos, fumando, bebiendo alcohol. ¡Fuerza! ¡Fuerza! ¡Que le den, que le den! La gente impacientándose porque llevaba más de una hora esperando a que arrancara el espectáculo y aquella maldita leña no acababa de arder, y eso significaba que los dioses no estaban por la labor de que la ceremonia se consumara. ¡Fuerza! ¡Fuerza! La cantante invocando a los espíritus, invitándoles a que contribuyeran a que el día acabara tan feliz como todos los allí presentes anhelaban. ¡Fuerza! Los militares echando reojos a las llamas todavía muy altas y al público que empezaba a silbar, a gritar. ¡Que empiece ya! ¿Por qué no encendisteis las piras antes? ¡Vaya mierda! ¡Fuerza! ¡Fuerza! ¡Que le den, que le den! Y los guías espirituales murmurando a cinco pasos de nosotros, «cómo pueden decir esas cosas aquí», «vaya falta de educación». ¡Fuerza! ¡Fuerza!

Después de casi dos horas, la madera se consumió. Los danzantes comenzaron a saltar sobre las brasas seguidos por sus guías, que les escupían chorros de alcohol en las piernas, persiguiendo a los bailarines hasta las brasas mismas, quemándose junto a ellos. ¡Fuerza! Y el público, ahora sí, jaleando a los danzantes, sobre todo a los que de repente realizaban una maniobra aún más bestial, agarrando un tizón entre las manos para cambiárselo de una a otra como si se tratara de una pelota, o metiéndolo entre los dientes y dando dos, tres pasos hacia el respetable para mostrar sus fauces al rojo vivo. ¡Fuerza! ¡Fuerza!

Salimos de allí de madrugada pero todavía en noche negra. Aquella fiesta me había aclarado el lugar que ocupaba la danta en el imaginario de los creyentes: cuando pregunté al espiritualista mayor qué representaba la danta, el hombre titubeó sin saber qué decir y, como en ese momento estaba rodeado de periodistas que cubrían la ceremonia, se enfrascó en una retahíla de lugares comunes para acabar hablando de «la divina» María Lionza. El líder, como la

mayoría de gente allí, no sabía gran cosa del animal que cabalgaba su reina.

Confié en que la danta interpretara mi presencia en la fiesta como un sincero gesto de cariño, y apreciara mi voluntad de reivindicarla mostrándose, por ejemplo, durante la expedición que el día siguiente realizaríamos a la montaña del Tigre.

Partimos a media tarde sin Óscar, que debía ultimar los preparativos para la presentación de su nuevo chocolate en París. Ángel, uno de sus escoltas, se puso al volante del todoterreno en el que viajábamos ocho personas: Aljobrito, Dixon, Delvis, Rusbeli —naturalista y única mujer del grupo—, los biólogos Andrés Pacheco y Alberto, el escolta y yo.

Andrés Pacheco llevaba quince años trabajando en la dirección del Instituto Nacional de Parques de Venezuela (Inparques), y se declaraba empedernido fan de los pájaros. Venía de pasar unos días enfermo después de que le picara en el paladar la avispa que se le había colado en un sándwich, pero estaba lo bastante recuperado para viajar junto a su joven colaborador, Alberto.

Remontando suaves pendientes, Ángel contó que había sido policía y que, cuando patrullaba los barrios, algunos maleantes asaltaban bancos armados con granadas y fusiles. Hacía once años que dejó aquel estresante día a día y fichó por Polar, la todopoderosa compañía para la que también trabajaba Óscar. De ahí la asociación entre ambos.

Superamos barracas de carretera que vendían queso y chicharrones. Las lianas y las ramas comenzaron a invadir el pavimento, que pronto se convirtió en pista de tierra, y una formidable y resquebrajada pendiente puso a prueba la tracción del todoterreno.

Si en la sierra de Aroa se levantaba el cerro del Tigre era porque allí no se aventuraba cualquiera. Durante centurias, habían sido montañas propicias para el tigre, el puma y el motanegra, como los autóctonos llamaban al jaguar, animales que precisan de ochenta kilómetros cuadrados para vivir bien, además de la existencia de otros animales grandes para alimentarse. Decían que aún quedaba alguno en aquellas montañas fértiles en historias de carnívoros.

Llegamos con el crepúsculo al precario rancho de Luis Aular. La casa estaba al filo de un barranco, y amortizaba el desnivel para plantar café, cacao, calabaza, cebolla, carumbe… Se trataba de un refugio de montaña levantado por el propio Luis. Los grifos, el horno, el lavabo…, todo estaba facturado por unas manos no precisamente expertas. Las paredes eran de cemento mezclado con cañas, aloe y sal. Un tronco sin pulir hacía las funciones de banco. Cables de

electricidad mal trenzados colgaban de cualquier manera por el techo y los rincones. El suelo estaba sucio, como la casa en su totalidad. Pero el cuchitril servía a Luis de guarida antes de lanzarse a la montaña en busca de animales.

Luis era médico con un posgrado en Medicina Homeopática y, en los años ochenta, había fundado una oenegé que le permitió entrar en contacto con biólogos y fomentar su inclinación naturalista. Cuando se enteró de que la barraca donde ahora estábamos quedaba libre, vendió su coche, un Caprice, y compró el refugio para explorar con calma las cavernas artificiales hechas por los mineros ingleses del cobre, y ahora tan amortizadas por los guácharos de sus amores. Su entusiasmo por esos pájaros le llevó a impulsar una asociación para estudiarlos. Claro que el entorno también le había enseñado sobre el comportamiento de las lapas, el picure, el báquiro, los zorros y, por supuesto, la danta.

—Se la escucha de noche, pasa cercana. Pero no la veo —dijo Luis —. Es como un burro cuando pisa. Lo que sí oigo son los araguatos. Aúllan toda la noche. Bueno, ¿salimos a buscar dantas? Porque para eso habéis venido, ¿no?

Delvis y los científicos se colocaron las luces frontales en la cabeza. Los demás nos repartimos las linternas de mano. Una sinfonía pajarera amenizó la ascensión por el sendero angosto.

—Por aquí —dijo Luis, y saltó a la jungla.

Al seguirle, entre la enramada descubrimos una minúscula vía de paso probablemente abierta por el propio Luis a machetazos, los mismos que ahora asestaba varios metros por delante.

Intentábamos no perder su estela trepando por un monte a menudo casi vertical que obligaba a gatear, a tomar impulso apoyándonos en troncos o ramas revestidos de musgos o resinas. Pacheco y Alberto se detenían con frecuencia para disparar fotos a lombrices, a pájaros cegados por las frontales, a mariposas e insectos enormes, a lechuzas. Los guías se gritaban y silbaban, orientándose. Sus luces alumbraban unos metros por encima sirviendo de referencia, pero de repente desaparecían, opacadas por la vegetación. Entonces, un silbido sugería el camino, o uno de los expertos murmuraba: «Por aquí».

Delvis consultó el medidor de altitud.

—Estamos a mil cuatrocientos —dijo—. La cima está a mil novecientos.

Entrábamos en el área natural de las dantas. El bosque denso de entre mil doscientos y mil seiscientos metros de altura salpicado de charcas o lagunas era su hábitat preferido, y Luis acababa de decir que había una laguna cerca. La danta no suele sobrepasar los mil seiscientos metros, pero precisamente en Venezuela, en el pico

occidental de la Silla de Caracas, se había identificado a una danta en 1843 por encima de los 2.600 metros.

De nuevo, empecé a sudar pese al frío. La ascensión era exigente y el manto vegetal incrementaba la transpiración. Delvis iba cantando la altura:

—¡Mil cuatrocientos cincuenta!

Tras casi dos horas escudriñando la oscuridad, se escucharon gritos ininteligibles.

—*¡Exto dat!*

Subí unos cuantos metros oyendo más gritos, voces alteradas.

—¡Excremento de danta!

Al coronar la ladera, vi una escena entre policíaca y de ciencia ficción. Dos frontales, una linterna de mano y una cámara fotográfica enfocaban en la oscuridad a un mismo punto del manto vegetal terrestre. La reverberación de las luces y los rayos filtrados por la luna y las estrellas permitían distinguir la laguna encajada entre los árboles que se extendía a pocos metros aprovechando al límite la llanura de una inesperada meseta.

—¡Huella y excremento de Danta! —gritó Delvis mirándome.

Un pequeño montón de heces marrón claro evidentemente frescas se levantaba junto a una huella igual de radiante que Pacheco atribuyó al animal.

—Se estaría bañando cuando nos escuchó llegar —dijo Pacheco—. Tiene que estar cerca.

—Tiene que estar cerca —suscribió Luis—. Aunque no la vamos a encontrar. Este es su medio, es de noche y sabe no dejarse ver.

«Dicen que la naturaleza se oculta con indiferencia y que la visión es un regalo deliberado», había escrito Annie Dillard en un libro inolvidable. Cabía suponer que éramos demasiado ruidosos para hacernos acreedores de ese regalo.

Alberto bordeó la laguna apuntando con su frontal al suelo. El equipo de grabación y yo le seguimos mientras el resto escrutaba los alrededores de la huella y el excremento.

—Aquí —dijo Alberto apuntando con el dedo a la base de un tronco, que tocó—. Está mojado. Pero aquellos —señaló a los troncos de enfrente— no. Al oírnos, la danta salió por este lado de la laguna, se rozó contra el tronco del árbol y, como estaba mojada, lo empapó. Tocad.

Varios tocamos el tronco.

—Nos ha ido de veinte, quince…, quizá cinco minutos.

—Esto es un éxito —dijo Luis al reagruparnos—. En una primera salida encontrar un excremento fresco…

Llegamos de madrugada al refugio. Tendimos hamacas, unas cruzadas con otras, y nos repartimos entre ellas y los catres polvorientos utilizando como abrigo algunas mantas y las chaquetas. La mugre y el frío se rindieron pronto al cansancio.

—Cangrejito. Aguanegra. Atascadero. Tierrafría.

Al nombrarlas, Luis apuntaba con el índice a las colinas de enfrente, la inmensa espesura verde donde aún habitaba la danta. Y, quizás, algún jaguar. *Aroa* significa «jaguar» en lengua indígena, y estábamos en la sierra de Aroa. Para saber «de verdad», Luis aconsejó que charláramos con su vecino Vicente, el de la casita contigua, treinta metros más arriba. Era una construcción tan modesta como sólida, las paredes pulidas, la entrada plana y barrida. Nos recibió un hombre que pasaba la escoba frente al umbral. Se presentó como «el sobrino», y nos llevó (a Aljobrito, a Dixon y a mí) hasta su tío. Vicente tenía cincuenta y seis años, una piel curtidísima que le avejentaba casi una década y un reguero de miniprotuberancias en rostro y cuello.

Nos mostró la chimenea, el fregadero, la cocina. Había nacido en aquel lugar, pero su padre se lo llevó de niño a causa de la guerrilla. Cuando volvió, hacía treinta y seis años, era ya un hombre dispuesto a no moverse de aquella «fila» (cordillera) denominada El Silencio.

—¿Por lo que se escucha? —pregunté.

—Por lo que se escucha.

—Aunque esto es el cerro del Tigre.

—Sí, señor. Antes había mucho tigre. Mataban hasta a los burros.

—¿Llegó a ver tigre?

—León sí he visto.

Por leones, Vicente se refería a otra cosa. Distinguió entre el puma y el motanegra, que según su descripción se trataba del jaguar, un gran cazador de dantas. Dantas, sí. Él había visto alguna.

—Cuando uno no carga perro, las puede ver porque se acercan hasta una distancia como de esa mata de romero. —La mata se hallaba a cinco metros.

—¿Van solas?

—A veces solas, pero si están en celo andan dos, y el compañero con ella.

La danta, con su pareja o su cría, era una estampa usual. Sola o acompañada, no buscaba problemas, pero como menudeaban los cazadores que «hacían maldad», Vicente guardaba una cámara fotográfica que le ayudaba a denunciar a los furtivos.

Según dijo, la multa por cazar un animal protegido como la danta podía ser de treinta millones de bolívares y sesenta años de cárcel. Esas cifras resultaban más deseo que realidad, pero la ilusión de

erigirse, como él definió, en cazador de cazadores, abrillantaba sus jornadas de aislamiento. Porque cuando Luis volviera a la ciudad, y lo haría en un par de días, Vicente se quedaría de nuevo a solas con el sobrino que le ayudaba a cultivar el cambur y la caraota ahora que un problema pulmonar limitaba hasta lo impensable sus actos.

¿Y cuándo baja al pueblo?

—Hace seis meses que no voy —dijo riendo—. Aquí no peligra uno. Porque en el pueblo te ven y dicen: «Coño, ese ha *bajao*, debe cargar plata». ¿Para qué correr peligro? *Na'*.

Prefirió hablar de cómo se le estira el hocico a la danta y de la piel dura que le permitía amortiguar las garras de los tigres que pretendían cazarla y de cómo se los sacaba del lomo emprendiendo una carrera loca a través del bosque para golpear al felino contra troncos, ramas, piedras…

Cuando volvimos al refugio, Luis dijo que quizá nos interesara ver algo antes de marchar. Tendió un *pen drive* a Dixon, que lo insertó en su ordenador portátil. Todos nos arremolinamos en torno a la pantalla. Aparecieron una pequeña charca y un bosque en blanco y negro.

—Son imágenes de una de las cámaras de fototrampeo —dijo Luis tocándose la visera de la gorra.

Del fondo de los troncos asomó el morro de una danta que se aproximaba al agua caminando de frente hacia la cámara, que debía estar colocada en la otra orilla. El animal avanzaba despacio, con aplomo. Se ladeó ligeramente. Mojó sus patas en el agua.

—Es preciosa.

—Qué animal…

—Guau.

—Ahí está.

La danta se ladeó mostrando su perfil completo en el mismo centro de la imagen. Era un animal magníficamente robusto, una bestia de las montañas con esa simpática trompa que le confería un exotismo hechizante. Luis tenía una perla. La simple visión de la danta bastaba para interesarse aún más por ella. Esa imagen tiene que divulgarse, pensé.

—Lo conseguimos —dije—. Felicidades a todo el equipo. Muchas gracias, Luis.

Nos estrechamos las manos.

Pedí varias veces, a saber cuántas, muchas, ver de nuevo la captura audiovisual. Después de escrutar los detalles de la bestia y de sencillamente embobarme con su presencia, reparé en la esquina de la pantalla donde se había registrado la fecha y la hora de la toma. Era de 2011. De cinco años atrás. Luis había conservado aquel tesoro cinco años sin difundirlo, enseñándolo en exclusiva a quienes alguna

vez se habían animado a remontar la semivertical carretera agrietada para explorar el cerro del Tigre, la sierra de Aroa. Aún quedaba gente así. Enamorado de la investigación genuina, para Luis el triunfo había sido verla, encontrar a la danta, y poseer aquella imagen colmaba de algún modo su objetivo: probarse a sí mismo la existencia del animal. Después, ¿para qué llamar la atención? Quizá temiera que los curiosos irrumpieran en su jungla alterando la pureza que le daba tanta vida, molestándolos a él y a la danta, cambiando algo que quizá no debía ser cambiado. Yo podría haberle preguntado por qué. ¿Por qué había guardado el secreto en el *pen*? Pero formular la pregunta se antojaba ridículo, el arrebato curioso de un entrometido urbanita más atento a propagar que a mantener. Yo estaba de paso allí, y necesitaría un tiempo del que no disponía para apenas intuir las razones profundas del naturalista.

Saber que Luis había preservado la intimidad de la danta arrinconando cualquier protagonismo, me mostró la magnitud de una pureza que yo no tenía. Pero también es cierto que soy de ciudad. Que vengo de un lugar hecho de hormigón y cristal donde es bueno recordar a los niños que en algunos sitios hay gente que aún escucha el gruñido de yetis, bucea junto a corales, sueña el vuelo de picozapatos, la caza del moa o la carrera de tigres blancos. Un lugar donde, antes de aspirar a comportarse como lo hace Luis, hay que convencerse de que Luis es una auténtica posibilidad, porque existe y se encuentra en el cerro del Tigre.

Regresamos de noche a La Guáquira, donde Óscar se bañaba en la piscina. Los preparativos para presentar su chocolate en París iban por buen camino. Le hablamos de las estupendas imágenes que Luis nos había cedido en un *pen*.

—Venga, daos un baño —invitó.

Menos Rusbeli y Ángel, el guardaespaldas, el equipo al completo se quedó en calzoncillos. Nos metimos en el agua. Estaba templada, ideal. Las estrellas iluminaban donde la luz de la finca no alcanzaba.

—¿Cómo habéis pensando enfocar el documental?

El rapero del pueblo que ahora tenía un dron y sus nuevos colegas de expediciones ofrecieron estimulantes puntos de vista chapoteando en el agua, regalándose risas y zambullidas. Todo parecía irreal. Vaya… De modo que a veces la vida podía ser así. Y lo había hecho posible la danta. Un animal invisible.

Diciembre de 2017

CATALEJOS

Muchas gracias por ayudarme a ver donde antes no a:

Anna Ayats, Ana Lucía de Bastos, Pep Bernadas, Rafael Bueno, Ih-joon Chang, Cammy Cho, Daniel Centeno, Josep García, Harry Harrison, Diana Hérnandez, Hisham, Lourdes Iglesias, Han Kang, Abdul Khaliq, K-Lee, Kisembo, familia de Jordi Magraner (muy especialmente a Dolores, Esperanza y Andrés), Bartomeu Marí, Carles Mercader, Jafar Mirgani, Mokhtar, Iván Niño, Pere Ortín, Albert Padrol, Franklin Rojas, Andrés Felipe Solano, Tanasibe, Clara Usón, Waheed, Wilderness Challenge, Kim Shi-woo, Jun Woo Park y Sun-me Yoon.

ANIMALES INVISIBLES

Animales invisibles es un proyecto sobre animales misteriosos, sea por pertenecer a las leyendas de los diferentes lugares, por estar presuntamente extinguidos o por ser casi imposibles de localizar. El libro propone una aventura literal en cada una de sus presentaciones, durante las que se sigue el rastro de un animal simbólico en el territorio explorado. A través de la relación que los habitantes tienen con ese animal, de su forma de cuidarlo, perseguirlo o recordarlo, el público va a descubrir no solo una geografía sino también el imaginario de una sociedad. Pivotando entorno a la idea del viaje, cada capítulo introduce el suspense proponiendo una aventura literal en la que los lectores, los viajeros potenciales, parten en busca de un objetivo: un animal.

GABI MARTÍNEZ

Es autor prolífico y consolidado de narrativa, ficción, ensayo y viajes (Barcelona 1971). Está considerado un pionero de su generación a la hora de romper géneros y un máximo representante español de literature de viajes. Su obra narrativa incluye Ático (2004), por el que fue seleccionado por la Palgrave/MacMillan como uno de los cinco autores más representativos de la vanguardia española de los últimos veinte años; Sudd (2007), que fue adaptado al cómic; Los mares de Wang (2008), Mejor Libro de No Ficción del año según Condé Nast Traveller, finalista del II Premio Internacional.

Animales invisibles es un proyecto sobre animales misteriosos, sea por pertenecer a las leyendas de los diferentes lugares, por estar presuntamente extinguidos o por ser casi imposibles de localizar. El libro propone una aventura literal en cada una de sus presentaciones, durante las que se sigue el rastro de un animal simbólico en el territorio explorado. A través de la relación que los habitantes tienen con ese animal, de su forma de cuidarlo, perseguirlo o recordarlo, el público va a descubrir no solo una geografía sino también el imaginario de una sociedad.

Un libro de viajes diferente en el que descubriremos leyendas, lugares míticos, espacios donde se daba caza o donde se escondían estos animales.

«Cuando leo a Gabi Martínez me dan ganas de leer más, pero, sobre todo, de vivir más».
Carlos Zanón

«Gabi Martínez es un escritor de viajes introspectivo que encierra un pequeño Homero dentro mucho más revolucionario que en otros escritores. Ha sabido encontrar la manera de renovar la literatura viajera mediante enfoques inusuales, dejándose llevar por la misma osadía —y lucidez— que tuvo su precedente más claro y confeso: Bruce Chatwin, con quien comparte la capacidad de ruptura y de recreación».
Adolfo García Ortega

Capitán Swing Nørdicalibros